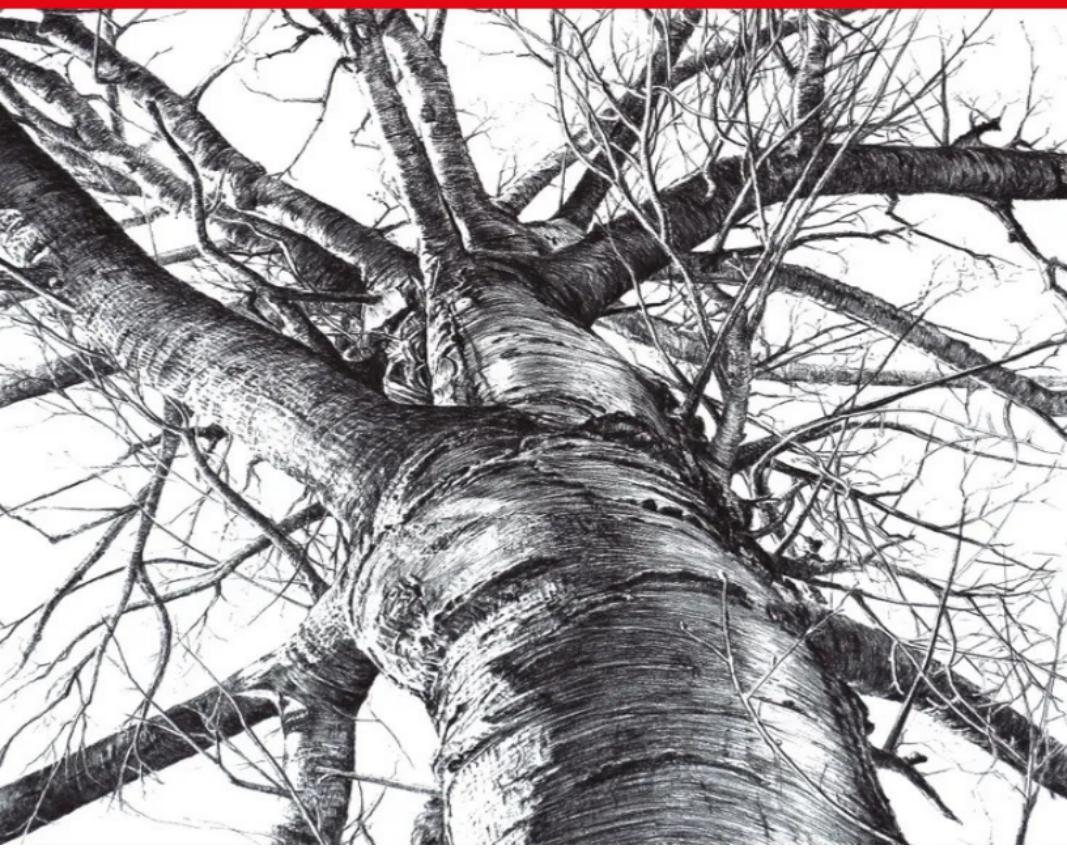
Munir Hachemi

EL ÁRBOL VIENE

PERIFÉRICA



EL ÁRBOL VIENE

MUNIR HACHEMI

EDITORIAL PERIFERICA

LARGO RECORRIDO, 188

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2023
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez
MAQUETACIÓN DIGITAL: Grafime

© Munir Hachemi, 2023
Casanovas & Lynch Literary Agency, S. L.
© de esta edición, Editorial Periférica, 2023. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18838-76-7

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Un golpe con la cabeza baja, el mentón pegado al pecho, y gritaban:
—¡Nunca voy a mostrar la lengua! Golpe.
[…]
—¡Si se grita no se ve la boca! Golpe.
[…]
—¡La frase final! —aulló el secretario.
—¡Boca cerrada! ¡Boca cerrada! ¡Boca cerrada! —contestaron los tres.

Plop, RAFAEL PINEDO

Por ejemplo: no hay palabra que corresponda a la palabra *luna*, pero hay un verbo que sería en español *lunecer o lunar. Surgió la luna sobre el río* se dice hlór u fang axaxaxas mlo o sea en su orden: hacia arriba (*upward*) detrás duradero-fluir luneció.

Tlón, Uqbar, Orbis Tertius,
JORGE LUIS BORGES

FATHER: Her traumatic stress is treatable. You shouldn't tamper with the natural process. It's like that old saying on Earth, Mother: «let nature run its course».
MOTHER: Nature has no course.

Raised by Wolves

Como era en los primeros años, y como las palabras significaban, para ellos, tantas cosas a la vez, no estoy seguro de que lo que el indio dijo haya sido exactamente eso, y todo lo que creo saber de ellos me viene de indicios inciertos, de recuerdos dudosos, de interpretaciones, así que, en cierto sentido, también mi relato puede significar muchas cosas a la vez, sin que ninguna, viniendo de fuentes tan poco claras, sea necesariamente cierta.

El entenado, JUAN JÓSE SAER

El futuro ya fue.

El árbol de Saussure. Una utopía,
HECTOR LIBERTELLA

1

EL ARQUEÓLOGO

Diario de la segunda visita del Dr. Cordonero a los mulai
Circa *año 189*[1]

El futuro ya fue = el árbol ya vino. El árbol ya vino. El futuro ya fue. La Futuro ya fue. Qué raro juego de palabras (todas las palabras son un juego de palabras). Desierto, el desierto. Una vez intenté enseñarle castellano a Idri. Me escuchaba atenta. Idri, mi Idri, ¿dónde estás? No en el desierto, el desierto lo borra todo, el desierto es un verbo, el verbo borrar. «Ay, qué tonto —dijo, entre risas—, si eso es nuestra lengua, ¡es mulai!» Tenía razón. Aunque entonces creí que se equivocaba, no sé por qué. Ay, qué tonto.

Desierto, despierto, desertor, estertor, incierto, encierro. En desierto de los sonidos sopla un viento… Las palabras, polvo que se reúne para formar un sonido, una letra. Idri, digo Faida, ¿dónde estás? Si el desierto sólo borra, siempre piso tus huellas, lluevo sobre mojado. El gaoshar una vez dijo: «Mujer, arquera, te necesito». ¿Dónde he oído eso antes? Fue ahora, mañana, en el desierto. Fluke, digo Faida, ¿estás ahí? ¿Me esperáis? ¿Mu, Sheipa? El gaoshar utilizaba para sus relatos palabras del desierto, del futuro, que ya fue. Faida, Faida, digo Faida: te necesito.

2

FLUKE[2]

Año o d. C.

Esta historia comienza cuando los mulai dejan de recibir los cajones de suministros, en una época en que no conocen la radiación ionizante ni han inventado aún la travesía.

En aquel momento, Fluke la Procuradora no reaccionó con horror ni con desesperación. Tomó la silla del scriptorium y la plantó en la gran plaza central. Se sentó a esperar a que hubiera un número importante de personas a su alrededor. Entonces dijo:

—Es hora de que reconozcamos que no van a llegar más.

Nadie habló. Alguien podría haber conjeturado que se trataba de un retraso en la entrega, pero ¿de quién?

—Propongo que comencemos a buscar otras formas de supervivencia.

No dijo eso. Dijo «debemos». En aquel entonces sólo había dos motivos para abandonar el domo: ir a recoger los suministros de los containers era uno de ellos.

—Activemos los domillos.

O «activaremos».

Nadie respondió.

—Trataremos de cultivar nuestros alimentos en el suelo.

Entonces sí comenzó a crecer un murmullo entre la concurrencia.

—Criaremos culebras, lobos y alacranes.

El murmullo se hizo cada vez más fuerte. Como era costumbre.

—Exploraremos el templo en busca de recursos.

Por aquel entonces le decían *el templo* a modo de broma. O tal vez ya hubieran olvidado que era una broma.

Alguien habló:

—¿Cómo haríamos algo tal que eso, Fluke? ¿Acaso sabes cómo se multiplican los animales? ¿Sabes siquiera si lo hacen? Y lo más importante: ¿planeas marchar sola?

Otra añadió:

—Ir al templo e incumplir las instrucciones es peligroso. Acceder para cualquier cosa otra que recibir la fecundación es cruzar las instrucciones.

Fluke respondió:

—Nadie lo ha intentado. He revisado el scriptorium. Nadie lo ha intentado.

La mayor parte del grupo se retiró a deliberar. Algunos no mostraron tanto interés y se recluyeron en las habitaciones oscuras; estaban en sif y hacía calor. Un niño se acercó a Fluke y le pidió que le cediera el asiento. Quería escribir. Ella se lo alargó y se cruzó de piernas en el suelo. Apoyó el peso en las palmas de las manos y se inclinó hacia atrás.

Al rato la multitud se reunió de nuevo. Alguien dijo:

—Las puertas del domo sólo se abren en una dirección.

Los demás repitieron la frase como si rezaran.

«Las puertas del domo sólo se abren en una dirección.» Una vez más: «Las puertas del domo sólo se abren en una dirección».

—Conoces las instrucciones.

Las instrucciones eran: no salir más que en los supuestos permitidos, no comer nada del exterior, ir en un número de personas múltiplo de tres y nunca menor que nueve —salvo para el rito de la reproducción—, llevar un hisopo de vidrio lleno de agua limpia que debía volver intacto, no entrar en los domillos. Nadie recordaba dónde habían encontrado esas instrucciones. Tal vez aún anduvieran por algún rincón del scriptorium. No se molestaban en comprobarlo.

Fluke no cumplía ninguno de los requisitos.

—Eres libre de marcharte.

(Probablemente eso ni siquiera tuvieron que aclararlo.)

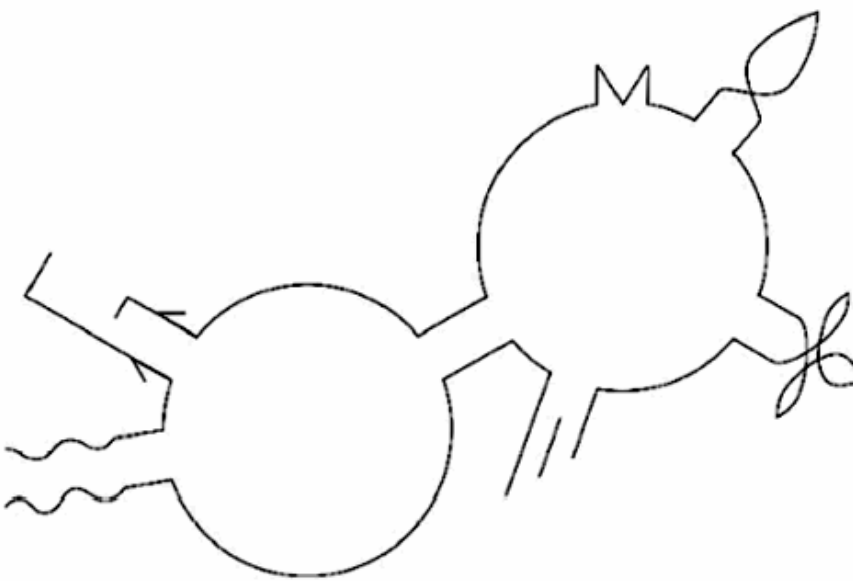
Fluke sabía que no iba a servir de nada, pero alegó que quedarse en el domo también sería peligroso. Aquella noche la pasó con su trinomio. Como las tres eran mujeres, follaron al aire libre en la agradable noche de sif y charlaron durante horas. Algunos se alejaron de ellas; a otros no les molestaron las voces ni los gemidos. En algún momento el niño que le había pedido la silla a Fluke se les acercó y dijo que había terminado, que la quería de vuelta. Fluke miró hacia el scriptorium y pensó en las innumerables horas que había pasado allí revisando textos y tomando notas. Besó al crío y le dijo que no hacía falta.

Luhen, una de las compañeras de trinomio de Fluke, le regaló una pequeña talla del domo. Raura, la otra, le preparó un bastón de viaje con un buen agarre y terminado en punta, por si necesitaba defenderse. No trató de convencerlas para que la acompañaran.

Al amanecer, Luhen le propuso que aprovechara para escribir por primera vez sola en algún lugar apartado.

—Te marchas de todos modos.

Decidió probarlo. Se levantó y tomó papel y lápiz del scriptorium. Nadie la miró: era como si ya se hubiera ido. Se acuclilló a la sombra de una de las cámaras oscuras y se preguntó qué podía escribir. Ella, que había escrito tanto, decenas y decenas de palabras. Pero no se le ocurría nada. Era incapaz de hacerlo si no sentía a los demás pasando por su lado, si no le llegaba el rumor de las conversaciones, si nadie la interrumpía. Finalmente ensayó una palabra rara:



Era algo que había leído en el templo, escrito en arcaico, durante su primer y único viaje de fecundación. *Mulai* o «el árbol viene».

Devolvió el papel y el lápiz al scriptorium. Pensó en llevárselos y luego que mejor no, que para qué.

Dos horas después se marchó. Nadie fue a despedirla.

3

EL ARQUEÓLOGO

Informe del doctor Nahum Cordonero (editado)
Encargado en el año 159 *d.* C.
Desclasificado en el año 183 d. C.

En rigor, este informe debería comenzar con la transcripción del mensaje que nos puso en conocimiento de la existencia de los mulai. Por lo que los técnicos del departamento de Xxxxxxx xx Xxxxxxxxxxx han podido averiguar, hacía ya mucho que nadie se preocupaba por el proyecto. Fue una pequeña sonda la que captó, casi por casualidad, la primera emisión. Unos minutos después, un remoto funcionario encadenaba varias llamadas apremiantes.

Al principio se pensó que el mensaje llevaba algún cifrado desconocido. La extrañeza que producía no radicaba en que fuera incomprensible, sino precisamente en que se sentía vagamente familiar. Nadie recordaba la misión «Futuro»; aún no éramos capaces de imaginar su origen. Alguien apuntó a que durante la Primera Guerra Mundial el ejército de Estados Unidos (actuales Xxxx Xxxxx, Xxxxxxxxx y Xxx Xxxxxx) reclutó a hablantes de navajo para enviar mensajes en clave, pero la filiación se descartó de inmediato. Hoy, tras varios años en la comunidad, estoy listo para reconstruir parte del sentido original. En toda reconstrucción hay algo que se pierde y algo que se gana; creo que lo que estamos por ganar es más de lo que hemos perdido.

Se suele decir que accedemos a lo nuevo por semejanza con lo conocido. Quizá por eso traduje así la primera frase: «Dog, tu domo es el cielo».[3] Y la segunda: «Eres el tres y Fluke es tu profeta» (sería mejor traducir: *mensajero*). Esas versiones son coherentes con la naturaleza mestiza de la cultura mulai, pero incurren siempre en una reducción extrema. «Vengan a nosotros tus containers celestiales.» «Daños ma para cultivar y sif para preparar nuestros alimentos.» «Completa, Dog, nuestro trinomio: sabemos cómo hacerte sentir placer y a cambio nos darás tu radiación ionizante.»

Uno de los factores que retrasaron la recepción de la señal fue que quienes la enviaban concentraban la emisión en lo que llamaban *el orbital*, un enorme espejo estratosférico que según Xxxxxxxxxxxx era responsable de los cambios bruscos en la climatología del área habitable que rodeaba el domo. Como creían que el orbital era su forma de comunicarse con Dog, sólo emitían cuando lo veían desde su posición. Esto ocurría más a menudo de lo que se pueda pensar, ya que, si bien el espejo no estaba estacionario, lo cierto es que ellas llamaban *orbital* a lo que en realidad eran varios orbitales (los mulai creían que sólo había uno; o para ellos varios objetos idénticos y remotos son, de hecho, uno solo).

La transmisión variaba con cada repetición (al principio creímos erróneamente que esto se debía a que no estaba consignada por escrito, a que la decían de memoria). Propongo como tarea futura el estudio de esas leves modulaciones. En ocasiones, por ejemplo, recitaban el mensaje tres veces sin modificarlo. También lo hacían con cada frase, o con cada palabra o cada sílaba. Sorprendentemente, no se trataba de versiones sucesivas de un original, sino más bien de variaciones que oscilaban en torno a un centro de gravedad.

El arqueólogo que permanezca atento a los cambios en el mensaje terminará por descubrir aquello que se mantiene idéntico: las abundantes menciones a la radiación ionizante o un breve temblor en la voz de las hablantes cuando se refieren a la reproducción. El motivo más recurrente es, sin duda, el cierre de las plegarias, que siempre es ternario. «El árbol viene.» «El árbol viene.» «El árbol viene.»

La comisión de Xxxxxxx Xxxxxxxxxxxxxxx me ha encargado este informe para determinar la naturaleza de los mulai. En el punto diecinueve del encargo se me insta a declarar si ésta es xxxxx o xxxx. Mi investigación apunta a una idea mucho más compleja: los mulai xxxxxxx xxxxxxxxxxxxxxx xxx xxxxxxx. Los futuros estudios de su comunidad, de sus formas de relacionarse, serán, sin embargo, extremadamente provechosos para nosotros no sólo por las posibilidades que ofrecen como objeto de nuestras ciencias, sino también por lo que podríamos aprender de ellos. Si las hipótesis de la xxxxxxxxxxx xx xx xxxxxx son correctas, de hecho, podríamos hacer avances definitivos en el campo de la arqueología, es decir, en el campo del estudio de las relaciones. Pero no sólo eso: también podríamos llegar a comprender cómo los mulai han creado un mundo otro, un mundo radicalmente distinto que sin embargo ya está, hoy, aquí.

4

FAIDA

Circa *año 154 d.* C.

Decidió remedar el gesto que Fluke hiciera mucho tiempo atrás, miles de lunas grandes. Tomó la silla del scriptorium y se sentó en mitad de la plaza. Comprendía que hay algo litúrgico en la repetición del pasado, de lo que está escrito. También algo de iconoclastia.

Faida notó al instante la animadversión y pensó que estaba justificada. Llevaba algunas lunas chicas consagrada a la escritura. Con todo, nadie la odiaba ni la despreciaba. No habrían podido considerarla egoísta; sabían que, a diferencia de quien cultiva o deshidrata, quien se obstina en las palabras tiene muy poco que compartir. ¿Qué iba a enseñarles? ¿Su propia lengua?

Hacía tiempo que pensaba en compartir sus hipótesis. Hacía muchas más que tres elevado a tres elevado a tres lunas grandes que los suministros habían cesado y la comunidad se organizaba en torno a esa ausencia. Para Faida, los mulai habían malinterpretado las ideas de Fluke: no basta con sobrevivir, como las culebras o los lobos o los arbustos o los alacranes. Debían acumular la suficiente radiación ionizante para atraer de nuevo los containers.

La noche anterior Ummat le había contado que quería emprender la Travesía, que era hora de que la comunidad creciera y que se había ofrecido voluntaria. «Es buena idea, necesito alejarme», pensó Faida.

Cuando le prestaron atención, les dijo algo tan ajeno al sentido común que ni siquiera la entendieron: que tal vez existiera una diferencia radical —como la que separa el domo de lo que no es domo — entre las culebras y el parlante, entre el viento y el sistema experto, entre el proceso de reciclado del pis y el del agua en suspensión en los días de ma. Tal vez —aunque ni siquiera Faida estaba segura— los dioses, Dog, hubieran creado algunas de las cosas y no otras. Pero ¿los lobos o los alacranes, el módulo de reproducción o los guijarros rojizos del suelo? Intuía que en la respuesta a esa pregunta residía la clave para recuperar la radiación ionizante y, con ella, los containers

de suministros.

No le sorprendió despertar rechazo; se levantó y abandonó el cónclave en silencio. Sabía que lo más importante era poner la idea a circular; toda posición, a favor o en contra, la fortalecería, fortalecería su existencia material a fuerza de repeticiones. Además, esperaba madurarla en la travesía.

Cuatro lunas chicas más tarde Faida, Ummat y Kbale hicieron el matrinomio. Se sintió como una despedida. A la mañana siguiente el trío emprendió la marcha.

5

EL ARQUEÓLOGO

Diario personal del Dr. Cordonero
Año 759 d. C.

Día 0

Llegamos de noche para no alarmarlos. Uno de los Rover nos va a llevar desde el borde de la zona habitable al domo, y otro cargará los cajones de suministros. Son una ofrenda y también algo más elemental, una primera forma de comunicación: se los traemos porque nos los pidieron.

Día 1

Los mulai nos han encontrado esperando en la puerta del domo al amanecer. La misión puso mucho empeño en que los containers —como los llaman los mulai— fueran idénticos a los que les enviábamos hace ciento cincuenta años, así que los han debido de reconocer en el acto.

Trato de conservar cierta frialdad en este diario, pero no me resisto a escribir que hoy ha sido el día más importante de mi vida.

Cuando se han acercado me he puesto tenso, pero han pasado de largo hacia los containers. Nos ha sorprendido que recordaran cómo abrirlos. No parecían contentos ni entusiasmados. Aún no logro entenderlo. Han empezado a trabajar en silencio. He sentido que estaba ante los mismos mulai que vivieron ciento cincuenta años atrás. No es cierto, claro: los informes de los biólogos, los médicos y el propio sentido común excluyen esa posibilidad. Creo más bien que, de un modo que se me escapa, la dimensión comunitaria es tan fuerte en ellos que de algún modo todos son un solo individuo eterno; además, ese individuo también seríamos nosotros. Dicho de otra manera, intuyo que para los mulai toda memoria, toda decisión y cada mínimo acto son colectivos. Creo que detrás de esa idea se esconde una verdad

que aún no me animo a nombrar.

En cuanto a su reacción ante nuestra presencia…, no han reaccionado. Nosotros somos Dog, su dios, sus dioses, pero imaginemos qué le exigirían los creyentes de nuestro mundo a una encarnación divina, qué forma de la materia sería suficiente para contener la palabra *dios*. Ahí me he dado cuenta de lo simples que hemos sido; la idea de que Dog no solo sea una cosa concreta, sino además tan parecida a ellos, es ridicula. Por otra parte, no nos hemos atrevido a hablar, y el silencio es más propio de los creyentes que de sus dioses. Por fin, he tomado la palabra para pedirles a los chicos que se quiten la ropa y yo he hecho lo mismo. «¿También los calzoncillos?», ha preguntado Daan, el meteorólogo del grupo, que se ha percatado de que ningún mulai hombre muestra el pene. «No», he respondido. La desnudez ha invitado a nuestra primera interacción con la comunidad; un pequeño grupo se ha acercado a darnos unos taparrabos como los que visten ellos. Una niña se ha reído de nosotros. Quiero decir: se ríen.

Para entonces serían las nueve de la mañana. El sol ya estaba alto, pero fuera del domo hacía frío. He buscado con la mirada algo, un símbolo, una sortija, un tatuaje o una pintura que me indiquen cuál de los mulai es el líder. Ahí, moviendo el cuello y parpadeando ante esa masa, he reparado en que es muy difícil distinguirlos. Aunque son diferentes, también son extrañamente ¡guales. He intentado contarlos, pero todas las veces he perdido la cuenta y al final he desistido. En algunas culturas el líder sólo se da a ver en momentos excepcionales, y en otras no se muestra jamás, lo que habilita la posibilidad de que no haya ningún líder, de que los gobierne el vacío. He razonado que quizá ése sea el caso de los mulai. Ante la imposibilidad de saberlo, he balbuceado la bienvenida que nos prepararon los lingüistas, pero ellos han seguido pasando, como hormigas, a nuestro lado, cargando suministros sin dar muestra alguna de haberme escuchado. Me he acercado a uno de ellos y me he señalado a mí mismo y luego al domo; a cambio me ha mirado con una profunda extrañeza.

Una hora después, estábamos ateridos. Ya no quedaba ningún mulai fuera del domo. Nos hemos mirado confusos, pero nadie ha dicho nada. No esperábamos esto. Lee, la bióloga, parecía menos desconcertada o menos incómoda que los demás y por fin ha propuesto: «A lo mejor podemos entrar y ya». La fascinación seguía ahí, pero el frío y el miedo no son menos convincentes, así que hemos votado y hemos decidido entrar. Al cruzar el umbral, no nos han prestado atención. Creo que los mulai no conciben la idea de dar *permiso*.

Aunque el domo es semitransparente, sólo desde dentro hemos podido apreciar el lugar. Me ha sorprendido la presencia de unas

casitas hechas con restos y chatarra, así como la de una especie de gran plaza central en la que hay un enorme escritorio repleto de manuscritos. Asimismo, hay una suerte de cuerda de tender de la que cuelgan, como para secarlos o exhibirlos o airearlos, muchos de esos papeles, además de varias sábanas pintarrajeadas. También me he fijado en que todos los suministros estaban ya colocados obedeciendo a un orden que desconozco, e integrados en su circuito normal de alimentación.

No hemos hecho nada más. Por las dudas, no hemos comido. Dentro del domo no hace falta ir vestido: la temperatura es agradable.

Día 4

Hoy me he fijado en que los mulai colgaron nuestra ropa del *legetorium*. He bautizado así a la cuerda de tender porque a la mesa donde escriben o dibujan le dicen *scriptorĭum* (aunque lo pronuncian diferente). Están usando nuestras prendas para hacer bolsas; han arrancado jirones de algunas para remendar unos trajes que no sé para qué sirven.

Anteayer, Ako rompió mi petición de no comer. Me molestó, pero lo cierto es que mi plan de esperar a encontrar al líder o comprender la jerarquía de esta gente antes de comer era débil. La reacción de los mulai cuando Ako ha comido un poco de su verdura deshidratada ha sido, de nuevo, inexistente.

En general, es como si no estuviéramos. Pero si hoy escribo en este diario y no en el de campo es porque Ako y Niko han protagonizado un pequeño escándalo. Un grupo de mulai los ha descubierto teniendo relaciones tras una de las casuchas y los han separado, empujándolos con unos bastones ornamentales. No les han hecho daño. He fingido enfado y les he dicho a Niko y Ako que podrían haber echado la misión a perder y que voy a incluir el episodio en mi informe. Ninguna de las dos cosas es cierta; de hecho, me han proporcionado una información valiosísima sobre los mulai, en quienes no imaginaba ese puritanismo.

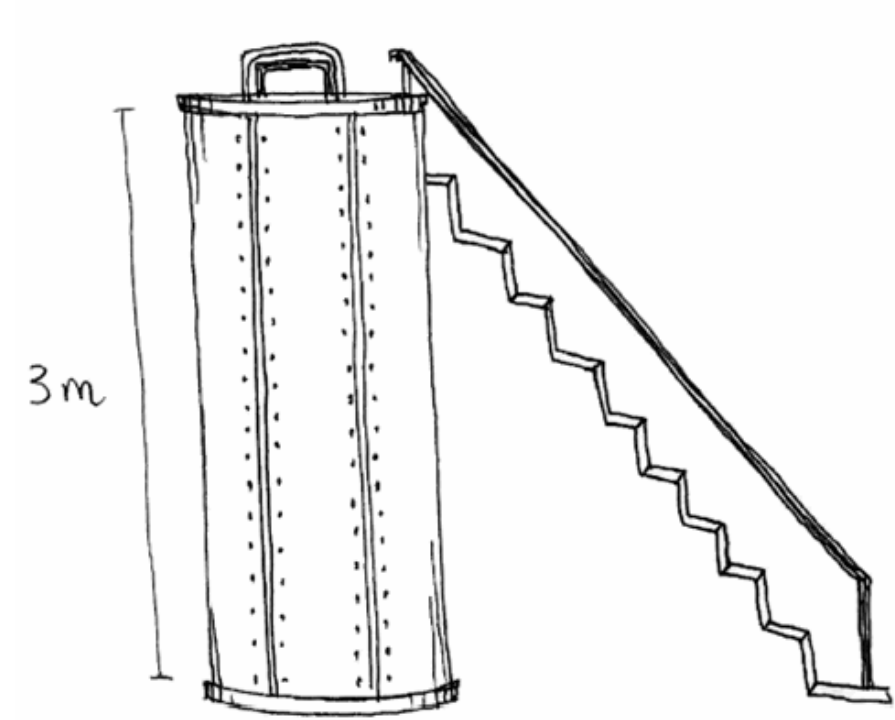
No ha habido represalias contra nuestro grupo. Sigo sin encontrar al líder.

Día 5 (mediodía)

En efecto, aquí no se pide permiso.

Hasta hoy no me había animado a cagar, que es la traducción más justa, si no me equivoco, del verbo mulai. De nuevo, la primera fue Lee, que cagó el segundo día. Yo me he estado aguantando, pero hoy no he podido más, así que me he subido a uno de los altísimos retretes transparentes. Son unas estructuras de unos tres metros de alto a las

que se llega por unas escaleritas. Se me revuelve el estómago de pensar en la gente a la que he visto cagar desde abajo, y aún más cuando pienso en que otros me han visto a mí. La mierda o el pis —de nuevo, palabras mulai—ruedan por las columnas transparentes que sostienen los inodoros. Al bajar, Niko me ha preguntado, no sin sorna, algo como «Qué, doctor, ¿aliviado?», a lo que le he respondido que aquí sólo cagando nos elevamos sobre el resto. Se lo ha tomado a broma y le ha hecho tanta gracia que se ha pasado el resto de la mañana compartiéndola con el resto. Yo me he mantenido serio porque es lo que se espera de mí, pero debo admitir que esa pequenez me ha hecho sentir que no estaba solo. A veces, reírse es una forma de volver a casa. Después me he puesto a pensar en el tiempo que me queda aquí.



Día 5 (noche)

Hace un rato estaba paseando por el domo y he visto a dos mujeres y a un hombre teniendo relaciones en la plaza, a la vista de todos. Además, era un sexo salvaje, con penetración anal, *cunnilingus* y otras prácticas que prefiero abstenerme de nombrar. ¿Por qué separaron a Niko y a Ako? ¿Les asquea el sexo de los forasteros? ¿O hay algo más que se me escapa?

Día 7

Como dicta el protocolo, los demás se han marchado. No sé para quién escribo este diario. No son mis notas para el informe, que están en el diario de campo. Pero escribo éste como si alguien fuera a leerlo. Quizá con el tiempo descubra el motivo por el que lo hago. O quizá deje de escribir.

Hoy he escuchado, al pasar, una charla entre tres mulai. No sé quiénes: mis esfuerzos por distinguirlos siguen siendo infructuosos. He captado al aire una palabra que se oía en una de las iteraciones de la transmisión que nos trajo aquí: *faida*. Debo investigarla.

Día 9

Paso los días recorriendo el domo. He intentado varias veces comunicarme con la niña que se rio de nosotros al llegar. También dedico bastante tiempo al scriptorium. De vez en cuando, un mulai se sienta y dibuja algo, pero no sé si esos trazos conforman un lenguaje. Me gusta mirarlos, me gusta el cuidado que ponen. A veces uno llega y no dibuja nada: reorganiza algunos papeles o cuelga una composición en el legetorium, o rasga algo de lo ya escrito. Otras veces añaden *glifos* —he empezado a llamar así a las unidades mínimas que creo intuir en su escritura— a las composiciones de otros. En ocasiones se ríen en el proceso o se quedan turbados. En el otro diario estoy haciendo un recuento detallado, pero es difícil porque aún no consigo individualizarlos.

Día 10

Los mulai tienen nombre. La niña, por ejemplo, se llama Idri o Id Ri. Digo esto porque he logrado algún avance comunicativo. El aprendizaje de la lengua mulai es diferente al de cualquier otra que conozca. Antes de venir, memoricé el mensaje de la transmisión, pasé largas horas descifrando sonidos, leyendo informes de lingüistas, repitiendo palabras, inventando sistemas de transcripción. El mulai se parece a nuestras lenguas, pero es como si las rompiera y las rearmara siguiendo patrones tan naturales como inverosímiles. Por eso, aprender mulai consiste en olvidar; no es un proceso de adición, sino de sustracción. Como si en lugar de escribir en esta página, tomara una hoja negra y fuera pintando el espacio en blanco que rodea las letras.

Siento que, si tan solo cambiara algunos detalles de mi lengua, se volvería inteligible para ellos. Quiero decir que un lenguaje es más que un armazón sonoro: tiene mucho de silencio, de gestualidad. Apenas los veo hablar para organizarse, por ejemplo, mientras

trabajan. Sin embargo, dominan el arte de hablar por hablar. Si Idri me preguntara de dónde vengo, creo que la entendería e incluso que podría intentar una respuesta. Pero casi nunca hace preguntas ni registra las mías; más bien me invita a juegos fonéticos en los que aún soy muy torpe. Hace un rato, por ejemplo, he comprendido que quería jugar a las palabras encadenadas, y, cuando ha visto que más o menos la seguía, ha empezado a agregar unos pases de manos cuyo sentido desconozco. Poco después se ha aburrido de mi incompetencia y se ha unido a un grupo de cuatro adultos que jugaban a lo mismo.

Día 11

Intento participar en las tareas comunitarias. Creo que a los mulai no les importa si lo hago o no. Cuando les pido que me enseñen a hacer ciertas cosas, me ignoran, así que me limito a los trabajos más sencillos, como recoger algo que se ha caído, ayudar a alguien débil a subir a los cagaderos o pasar tiempo vigilando a los crios muy pequeños. Me doy cuenta de que ya me he acostumbrado a la desnudez de los otros.

En el tiempo que llevo aquí, no he observado que tengan un horario de trabajo. Cada individuo trabaja cuando quiere y en lo que quiere, aunque no me parece que *querer* sea el verbo adecuado. Muchas veces funcionan como por impulsos eléctricos. Hace un rato he visto a un mulai que llevaba horas tumbado levantarse de un salto, manipular los módulos de agricultura unos minutos y volverse a acostar. Quizá el verbo correcto sea *apetecer*, quizá han modificado nuestra consigna y se guían por el siguiente código: «Aporta lo que te apetezca, toma lo que te apetezca».

Día 12

Anoche, cuando terminé de revisar mis apuntes para el informe, pasó algo. Sería la una de la mañana; acababa de levantarme del scriptorium cuando se me acercó un mulai, un hombre, y empezó a tocarme los hombros y la cara. Lo imité porque pensé que era su forma de saludarme, pero pronto se hizo evidente que sus caricias tenían una intención sexual. Me quedé helado. No quería acostarme con él, pero tampoco quería rechazarlo por miedo a quebrar alguna norma desconocida. Me besó y lo seguí laxamente. Luego me tomó de la mano y nos encaminamos a uno de los habitáculos. Cuando abrió la puerta, alcancé a balbucear la palabra *no*, lo miré a la cara y tracé en el aire un símbolo que les he visto hacer cuando niegan. Por suerte, me soltó de inmediato. Lo vi alejarse y unirse a otro u otra mulai. Comenzaron a besarse y a revolcarse en mitad de la plaza, sobre una de las esterillas. Les di la espalda. Me sentí sucio, intercambiable.

Hoy me he pasado el día pensando en lo de ayer; no sólo en lo que

dice de los mulai: también en lo que dice de mí.

6

FLUKE

Año 0 d. C.

Fluke caminaba sin saber que con cada paso trazaba lo que muchas lunas después otros acabarían llamando *la travesía*. Cada que avanzaba horadaba una huella en la memoria colectiva de los mulai, una huella que las generaciones volverían a pisar tasca con tasca, hambre con hambre y esperanza con esperanza.

Fluke no llevaba un mapa ni sabía qué cosa fuera eso, pero encontró el primer domillo sin dificultad; algunos mulai habían llegado a atisbarlo al aventurarse en busca de leña. Hizo el camino casi en línea recta; esquivaba los arbustos en los que se guarecían los alacranes y las culebras, e ignoraba los lobos con los que se cruzaba.

Cuando llegó le ardían las plantas de las tascas. Jamás había caminado tanto en un solo día. Era *ma*, así que la temperatura resultaba agradable y casi no le hizo falta echar mano de la cantimplora.

Extrañaba a Luhen y a Raura. No estaba acostumbrada a la soledad; los mulai se agrupan de tres en tres casi desde que son capaces de caminar. Sintió miedo y frío, lo que era raro en un domillo plenamente funcional como aquél. Se echó en el centro de la estructura, abrazada a los regalos de sus compañeras. Al día siguiente resolvió convertir su cuerpo en un mapa.

Extrajo el cuchillo de la zamarra y fue moviendo la punta por su vientre de acuerdo a la dirección en la que avanzaba. Cada diez pasos desplazaba ligeramente el cuchillo hacia adelante. Ésa era su escala.

A mitad de camino al segundo domillo —en lo que Fluke calculaba o intuía que sería la mitad— arrancó a granizar. De pronto entendió por qué había hecho tanto frío la noche anterior; ma dejaba paso a telyu, la menos frecuente de las estaciones. También la más peligrosa. Era la primera vez que la veía.

No quería hacerlo, pero pensó en Luhen y Raura y en si también estarían pensando en ella. Las piedras del granizo de telyu son como

puños, pero lo que de verdad desesperaba a Fluke, lo que le quitaba las ganas de luchar, era la soledad. Ningún mulai nace para estar solo; incluso los loucú conviven, aunque sea en silencio, con el resto. Rompió a llorar de ira, impotencia, dolor o frustración, y el hecho de que no hubiera nadie allí para lamerle las lágrimas la hizo sentirse aún más triste. Cayó al suelo de rodillas y puños, consciente de que moriría. Según quienes conocían telyu o habían leído sobre ella en el scriptorium, nunca duraba menos de dos días.

Estaba a punto de desfallecer cuando se le ocurrió que sin ella los mulai seguirían esperando en vano los contenedores durante novenas de lunas grandes y chicas, una y otra vez hasta que todos murieran o se convirtieran en plantas, arbustos de madera o culebras. Ése era el problema de su gente: no creían en nada más allá de ellos mismos, sólo en el eterno cambio constante que lo deja todo igual. «El árbol viene», pensó, y lo repitió tres veces como si fuera un rezo.

Una bola de hielo de tamaño considerable impactó a su lado y levantó la tierra al pie de un arbusto. Un alacrán salió despedido y cayó junto a su rodilla, boca arriba, indefenso. Fluke, que nunca había matado, pensó en probar una sola vez. Quizá fuera la primera mulai que hiciera algo así. Alzó el cuchillo con el que se había tatuado el mapa en el vientre y lo apretó con fuerza en la mano derecha. Fue entonces cuando pergeñó el primero de los preceptos que conformarían las *Enseñanzas de Fluke*, también conocidas como *Anexo* i *al Códice libertario*. «La vida se debe a la radiación ionizante —pensó —, así que preservarla significa preservar la radiación.»

Con la clase de determinación que sólo infunde la fe, Fluke volteó el escorpión, que salió corriendo en dirección contraria. Se fijó en lo que hacía el pequeño animal: seguía la luz lejana —pero bajo el granizo todo parecía lejano— de un lobo. Fluke pensó que acaso los lobos supieran cómo llegar al siguiente domillo. Se puso la zamarra por capucha y echó a andar tras los animales.

En el camino cayó varias veces bajo los impactos del granizo, pero al cabo de lo que pudieron ser dos horas llegó, junto al lobo, a un domillo que no era el que había abandonado esa misma mañana. Agradeció sin saber a quién y entró.

* * *

Todas las estaciones de carga parecían funcionar y en todas había lobos. Fluke quiso saber si era de día o de noche, pero telyu ocultaba el sol y las lunas. Miró al centro del domillo y allí vio al alacrán al que había decidido no matar. Lo miró largo rato, casi hasta olvidar dónde estaba e incluso quién era ella misma o qué eran los mulai. La empezó a rondar la idea de que el alacrán iba a matarla para comérsela. Tal

vez se durmió; vio algo, un arbusto gigantesco de hojas rojas emerger del centro del templo, y supo que tenía fiebre. Miró fijamente el alacrán y recitó la que se convertiría en su segunda enseñanza: «El acto de comer es un acto de conservación de la vida. Alimentarse de otro ser vivo garantiza que su vida entre en tu cuerpo. Esto supone contraer una deuda con la vida y con el mundo».

Se abalanzó sobre el alacrán y lo atravesó con el cuchillo. El animal le habló en una lengua desconocida y, para sorpresa de Fluke, el domillo empezó a caldearse lentamente. De alguna manera, el acto había convocado la radiación ionizante.

Dio de nuevo las gracias y comenzó a devorar a su presa. Primero se comió las pinzas, luego la cabeza y el cuerpo. Antes de que llegara al aguijón, la temperatura ya se había vuelto agradable y Fluke se durmió.

* * *

Cuando despertó, telyu había dejado paso al calor insoportable de sif. Aunque dentro del domillo la temperatura seguía estable, Fluke sabía que fuera se había desatado el infierno. Había soñado de nuevo con la criatura de su visión, un arbusto gigantesco cuyas hojas eran de un color desconocido, un color nuevo y diferente a cualquier otro que hubiera visto. Pensó que tal vez eso fuera, precisamente, un árbol, algo para lo que hasta entonces sólo tenía una palabra que ahora podía reunir con su imagen. «Vida yloni que crece», pensó.

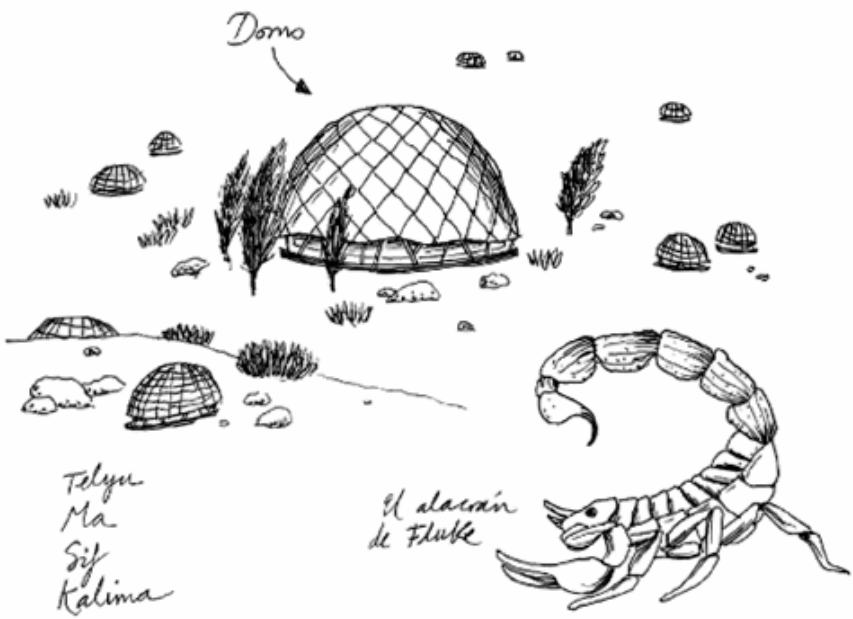
Aún pasaron otras dos lunas chicas antes de que estuviera lista para partir. El primer día los lobos reanudaron, imperturbables, sus tareas; correteaban a su alrededor, entraban y salían del domillo e iban trayendo las latas de suministros que ella había perdido. Las introducían en un compartimento subterráneo al que Fluke no sabía cómo acceder. Cuando pudo, empezó a arrebatárselas antes de que las escondieran. Comió y se sintió algo mejor. Cuando se dispuso a reemprender la marcha, vio el aguijón en el suelo y tuvo que contenerse para no vomitar. No había cambiado tanto: aún sabía que alimentarse de otro ser vivo era una forma impura y repugnante de comer en comparación con la tradición mulai: ingerir solamente los suministros enlatados y las verduras y frutas deshidratadas. A esos extremos, pensó, les llevaría el hambre si no recuperaban la radiación ionizante. A esa porquería.

7

EL ARQUEÓLOGO

Informe del doctor Nahum Cordonero (editado)
Encargado en el año 159 *d. C.*
Desclasificado en el año 183 d. C.

Los mulai viven en un domo situado en el centro exacto de una circunferencia de unos 250 kilómetros de radio. Lo llaman *la zona habitable* y el clima es más duro en los bordes. Los brabat —mulai que se apartaron de la comunidad y perdieron la capacidad de hablar— viven en la zona habitable, pero fuera del domo. Al principio muchos académicos los consideraron una subcultura de los mulai, pero, como el escritor Itama Ito ha señalado, en muchos sentidos los brabat se parecen más a nosotros que a ellos.



El radio de la zona habitable no es exacto y está relacionado con el alcance máximo de los orbitales (que los mulai llaman *el orbital*). Una aproximación biológica o antropológica, sin embargo, nos daría un radio mucho menor que el señalado arriba: unos no kilómetros (*cf*. Wilson *et al.*), que es lo más lejos que hemos podido encontrar asentamientos brabat.

En cuanto a los domillos, son réplicas a escala del domo con capacidad para unas doce o quince personas. También cuentan con sistemas de climatización, aunque algunos dejaron de funcionar hace tiempo. Además, almacenan provisiones a las que los mulai no parecen ser capaces de acceder. Está por determinarse si los brabat pueden, aunque lo más probable es que sí; como señala Ito, éste es un argumento adicional para su semejanza con nosotros.

En sus orígenes, los domillos fueron ideados como lugares de descanso en los que pasar temporadas relativamente largas a resguardo de los elementos. Aunque la climatización del área fue un éxito relativo, las estaciones se suceden de forma azarosa y el clima puede llegar a ser extremo.

Los mulai distinguen cuatro estaciones. La primera se llama telyu y se caracteriza por continuas tormentas de nieve y granizo. Es muy infrecuente pero no es la peor, ya que tras unos días de telyu los dispositivos de captura de humedad del domo se hallan siempre colmados. Más frecuente es ma, la estación de la llovizna constante que los mulai reciben como una bendición. Luego está sif, tal vez la más peligrosa, de sol vertical e inclemente. Durante sif se activan los mecanismos que oscurecen la superficie del domo y los mulai se entregan a la quietud. Tiene una ventaja frente a telyu: en sif es posible salir del domo, aunque esas incursiones son peligrosas y sólo se realizan en caso de gran necesidad. También tiene desventajas: suele durar más y no deja agua en los depósitos de humedad. La estación restante también es cálida, pero mucho menos, y es la más común de todas: *kalima*, nombre que los mulai tomaron sin duda del fenómeno que la define, un polvo arenoso que domina el ambiente y viene acompañado de vientos fuertes y racheados.

Fuera de la zona habitable no hay nada o sólo hay una muerte segura; apenas hay atmósfera y la temperatura media es de sesenta y tres grados bajo cero.

El interior del domo se mantiene a unos veinte grados. Los sistemas de climatización siempre han funcionado perfectamente. Si bien esto puede extrañar al no iniciado, lo que de veras sorprende —y que ha llevado a los investigadores del grupo de Zhang y Li a concluir que necesariamente ha habido intervención mulai o brabat— es que algunos domillos hayan dejado de funcionar. Aunque la climatización

de la zona no fue del todo exitosa, el despliegue de robots de reparación sí se llevó a término. Los mulai llaman *lobos* a esas criaturas y durante mucho tiempo no consideraron que hubiera una diferencia de naturaleza entre los mamíferos como ellos, los reptiles, los insectos y los robots.

Como he dicho, en el domo la temperatura apenas cambia, pero durante sif el sistema de climatización rinde al máximo y sube unos grados, no más allá de los veinticinco. Las baterías de los sistemas del domo se recargan en esta estación.

Los mulai duermen en el suelo, en esterillas. Las recogen por la mañana, desnudos como siempre y normalmente de tres en tres. Nada de esto es obligatorio y es posible encontrar a un mulai durmiendo solo o a varios sobre el tejado de alguna de las habitaciones oscuras.

Por el domo hay distribuidos varios cagaderos y meaderos. En este punto debo disculparme ante el lector de este informe por lo soez de la terminología, pero son las palabras más similares a las que los mulai terminaron adoptando y, además, con el tiempo me he acostumbrado a ellas y sería incapaz de utilizar otras. Tanto los cagaderos como los meaderos son completamente transparentes. Los primeros cuentan con dos superficies de goma biseladas para asegurar el agarre y un orificio. Los segundos sólo con un orificio, en este caso más pequeño. Estoy del todo seguro de que cagar en un meadero o mear en un cagadero se considera una terrible afrenta, aunque nunca vi a nadie cometer esa incuria.

Tanto los cagaderos como los meaderos se encuentran a unos tres metros de altura (desconozco el porqué y hasta el momento nadie ha propuesto una explicación satisfactoria). Como son transparentes, se puede ver cómo el pis y la mierda chorrean hasta las composteras y las purificaderas, estructuras semisubterráneas que, sin embargo, siempre cuentan con un ojo de buey que sirve para medir su contenido y, supongo, para comprobar que nadie haya mezclado los detritos. El sistema de filtración del pis es automático. El de la mierda no.

En cuanto a la medicina mulai, se divide en dos etapas muy bien definidas. En la primera, que terminó hace mucho tiempo, se llevaba al enfermo a una habitación oscura y se le proporcionaba toda el agua y la comida que necesitara. Los demás evitaban tocar a ese mulai, que tenía su propio baño, en el que se le permitía cagar y mear —daba a una fosa séptica—, de modo que no necesitaba salir para nada. El agua y la comida se las pasaban por una trampilla. A las quince lunas chicas se abría la puerta. Si el mulai había fallecido, se sometía su cuerpo al rito de los muertos. Si estaba vivo y sano, se le permitía salir. Si estaba vivo y seguía enfermo, se repetía el procedimiento durante otros quince días.

Según mi hipótesis, eso cambió cuando encontraron el sistema

experto. El temor que les infundía todo lo relacionado con el templo hizo que tardaran mucho en utilizarlo, e incluso entonces habrían de pasar años para que comprendieran que las drogas que hasta el momento habían dedicado sólo a usos rituales o recreativos también servían para alimentarlo. Yo barrunto que alguien lo tocaría, experimentando o por error —Al Bakri ha propuesto que tal vez lo confundieran con el módulo de reproducción— y que el sistema habría reaccionado mostrando una imagen de la bolsa que había que introducir para ponerlo en funcionamiento.

Los mulai creen que el aparato toma la radiación ionizante y la canaliza, gracias al phármakon, hacia el cuerpo del paciente. Para los enfermos más leves siguen utilizando el sistema de habitaciones oscuras. Desconozco cuál fue el proceso etimológico que les hizo llamar *phármakon* a las drogas (tanto las de uso recreativo como las de uso médico o ritual). Algunos filósofos han trazado a partir de esta coincidencia lingüística genealogías dignas del olvido.

Termino este epígrafe con una nota. Los mulai encontraron el sistema experto cuando las ideas de Fluke ya eran parte orgánica de la comunidad, es decir, cuando la conservación de la vida[4] ya estaba en el centro de su concepción del mundo. Por eso no les sorprendió la similitud con el módulo de reproducción: para ellos es fácil aceptar que la reproducción de la vida y su conservación sólo son variaciones de un mismo principio. Tardé mucho en acercarme a ese símil sin soberbia y en comprender que los mulai únicamente pudieron encontrar ese parecido gracias a que quienes construyeron el módulo y el sistema experto —es decir: nosotros— ya tenían esa idea en la cabeza. No podría asegurarlo, pero creo que ésa fue la primera vez que me asaltó la certeza de que el estudio de los mulai no es sino una forma de autoetnografía. Sólo allí, tan lejos de mi hogar, pude preguntarme por qué atendemos los partos en el mismo lugar que las enfermedades. ¿Es el nacimiento una enfermedad? ¿Es la sanación un nacimiento? Sean esas preguntas válidas o triviales, lo cierto es que nunca habría podido formularlas si no hubiera convivido con los mulai; solamente en el encuentro con el otro nos es dado vernos a nosotros mismos.

8

FAIDA

Circa *año 154 d. C.*

Ummat avanzaba en el centro vestida de gala mientras Faida y Kbale la escoltaban bastón en ristre y se encargaban de racionar las provisiones, de cuidar el hisopo y de mantener el rumbo. Faida miraba a los lobos con los que se cruzaban y se preguntaba si Dog también los habría creado a ellos, como creó los alacranes y las culebras, si el domo tendría el mismo origen que las inmensas montañas que tachonaban el horizonte rojizo. Pensaba en las habitaciones oscuras, fabricadas por mano mulai, y se contraargumentaba: «Los materiales, sin embargo, nos los dio Dog». A ratos se sentía cercana a una iluminación definitiva y a ratos le parecía que daba tumbos en el interior de un domo oscuro e infinito.

En la víspera de su llegada al templo se encontraron con un brabat que perseguía una culebra que se había escapado de una de sus granjas. Kbale empuñó su bastón en posición de ataque y Faida le indicó que esperara. También había pensado en los brabat y se preguntaba si eran criaturas de Dog. El extraño estaba paralizado y la culebra se retorcía en su mano. Faida dio un paso adelante y le preguntó algo. El otro huyó y le lanzó a Faida la culebra, quizá para ganar tiempo. Ella la dejó en el suelo y reemprendió, pensativa, la marcha.

En el templo, el aire era como el del domo. Faida se dedicó a vagar por las galerías desiertas mientras Ummat recibía los aguijones que la harían portar.

Tras la fecundación era costumbre esperar tres días durante los que la portante se sentaba en el trono, que la monitorizaba y a veces incluso le decía —en una lengua extraña que no todos los mulai sabían descifrar— si la fecundación había tenido éxito. Kbale se quedaba con Ummat y cuando salía miraba, inquisidor, a Faida, como si supiera que se estaba aventurando en las cámaras interiores del templo. Alguna vez follaron o danzaron, pero en general se ignoraban;

estaban agotados.

Una vez al día Faida repetía mentalmente la Historia de Fluke. Se dio cuenta de que lo que había experimentado en la travesía modificaba el texto de un modo inevitable, de que la Historia ya no era así, de que ella misma había cambiado. Al principio asistía a las variaciones con culpa; más tarde lo haría con gozo.

La noche del primer día se tumbó en una superficie cómoda, una suerte de cubículo con unas telas y unas correas similares a las que el sistema experto utilizaba para sujetar a los mulai. Probó a ponérselas y a quitárselas, observó las runas que había grabadas en la parte metálica del cubículo y quiso copiarlas, desistió, trató de memorizarlas y finalmente, ya casi dormida, deslizó la mano entre la superficie blanda y la pared, y palpó algo, algo que parecía papel.

Pasó horas absorta en la contemplación del objeto. No se asemejaba a nada que hubiera visto. En el templo casi todo es extraño, pero al final cada cosa está hecha de plástico, metal, madera u otros elementos conocidos. ¿Qué era aquello? Faida no creía en lo radicalmente ajeno, así que trató de ubicarlo por analogía. El interior la hizo pensar en el papel del scriptorium, aunque más cuarteado y grisáceo, de una consistencia casi arenosa. Estaba cubierto por sendas superficies duras, cuyas vetas le recordaban débilmente a las de su piel, y se preguntó qué pueblo perturbado utilizaría piel como protección, sobre todo teniendo en cuenta lo buena que era para el compost.

La cosa tenía dos estados posibles: abierto o cerrado. Cerrada siempre era idéntica, pero cada vez que se abría aquel monstruo maravilloso le mostraba algo distinto. Algunas veces era un reguero de glifos indescifrables, aunque similares a algunos de los que había visto en el templo. Otras le prodigaba imágenes imposibles, como una en la que unos seres parecidos a los mulai paseaban por unos inmensos caminos celestiales u otra en la que un domo subterráneo aparecía coronado por unas inmensas construcciones verticales.

Al tercer día, estaba en la zona explorada del templo cuando Ummat y Kbale la llamaron. El contacto la devolvió a la realidad inmediata y reparó en que había olvidado recitar la Historia de Fluke. Tuvo entonces una idea tan ajena a todo lo que sabía y creía que su cerebro se apagó un par de segundos para asimilarla. «O no tan ajena», pensó Faida cuando regresó al mundo y a las llamadas de sus compañeros. Lo que pensó fue: «Acaso el *Códice libertario* no sea sino una forma evolucionada del objeto que tengo entre las manos». Después se volvió, vio a sus compañeros como dos borrones y la asaltaron el hambre y la falta de sueño. Se desmayó.

Cuando volvió en sí estaba en el sistema experto. Buscó el objeto a su alrededor y entró en pánico al no encontrarlo. «¿Cuál cosa?»,

inquirió Kbale. «No, no, no. No sé de qué hablas.» Ummat retiró las correas y Faida corrió hasta el cubículo y luego hasta la sala principal, donde el objeto yacía, inerte, junto al lugar donde se había desmayado. Lo abrazó y de repente fue consciente de que Ummat y Kbale ni siquiera lo habían visto, de que lo imposible es también invisible y de que lo radicalmente otro y lo radicalmente nuevo siempre se esconden en un punto ciego de nuestra conciencia.

Sus compañeros de trinomio la encontraron así, tirada, abriendo y cerrando aquella boca de papel y alternando gestos de terror, de calma y de fascinación. En un momento en que lo tenía cerrado, se acercaron a ella y le dieron de comer y beber y le dijeron que había dormido tanto que ya era el día cuatro y que tendrían que esperar al seis (tres más tres) para regresar. También, que el rito había concluido con éxito y que Ummat era portadora.

Faida no ocultó su indiferencia. Dijo que se quedaría en el templo estudiando aquel animal inerte. Les mostró su funcionamiento y al principio también se sorprendieron, pero luego dijeron «Ni para tanto» y le recordaron que sin ella no podían volver, que emprender la travesía en un número par de mulai ponía en riesgo el futuro miembro de la comunidad, así que le sugirieron que se llevara la cosa en la zamarra.

Faida aceptó a regañadientes. El amor que la unía a Ummat tiraba de ella con menos fuerza que una poderosa idea: el objeto era similar a dos de los del scriptorium, a aquellos papeles que los mulai habían unido con un alambre porque en esos volúmenes lo sucesivo importa más que lo simultáneo. Debía tratarse, entonces, de un conjunto de principios (el *Códice libertario*), de un credo (las *Enseñanzas de Fluke* [es decir: el anexo i]) o de una combinación de ambos. El estudio atento de esos textos la ayudaría a descifrar el que tenía en las manos. Aún había algo que no entendía: los *libros* (era el arcaísmo que Fluke había rescatado hacía mucho tiempo para referirse a esas formas de agrupar lo escrito) siempre estaban emparejados con un guardián que los memorizaba (cualquiera podía arrancar una hoja de los alambres, por ejemplo, para añadir un glifo nuevo o un breve radical, y el custodio la restituiría). ¿Tendría esta cosa también un custodio que memorizara cada uno de los glifos diminutos que la constituían? Ningún mulai sería capaz de una hazaña semejante, y eso sin tener en cuenta las imágenes, pero tal vez quienes produjeron el artefacto sí que fueran capaces. ¿Sería obra de Dog? Quedaba una pregunta más acuciante: si aquello eran palabras…, ¿qué los había llevado a atraparlas de ese modo, a encerrarlas, a capturarlas, a inmovilizarlas? Por analogía pensó en las granjas de los brabat, en que acaso aquello fuera una granja que multiplicaba las palabras y por un instante sintió asco y ganas de destruirlo.

Se fijó en el canto. Un material finísimo repartía el papel en varios lotes. Su primer impulso fue arrancar las tapas y separar cada uno de los lotes, que por fuerza debían ser libros independientes, pero reflexionó y decidió que era mala idea hacer algo así antes de comprender los glifos del interior. Se preguntaba, además, por qué una especie capaz de manejar con tanta precisión un material tan fino (y —aunque esto aún era una hipótesis— de memorizar miles de imágenes y glifos) pondría tanto empeño en prevenir el cambio de las palabras. Sacó la única conclusión posible: en la cultura que lo originó, aquel tomo debía de ser importantísimo, el canon de algo.

Al amanecer del sexto día se marcharon. Tres jornadas después ingresaron al domo. Si hubiera preguntado, Faida habría descubierto que sus ideas no habían arraigado, pero no preguntó. Se dirigió al scriptorium, consciente de que estaba a punto de emprender un camino que la convertiría en una meídri y en una carga para la comunidad. Lo primero que hizo, en un gesto inútil de redención, fue poner por escrito la Historia de Fluke y pedir que un nuevo guardián la memorizara. Los mulai con quienes habló la miraron extrañados: aquella transcripción era tan distinta del texto original que apenas servía de eco o de parodia involuntaria.

Desde aquel día Faida empezó a pasar las horas en el scriptorium tratando de comprender el manuscrito. Apenas intervenía en algunos ritos, los más importantes, y comía, cagaba y dormía lo mínimo imprescindible. Pensó que moriría allí, sola, leyendo en público pero sola, hasta que un día tuvo la idea más importante de su vida, la de emprender una labor que —juzgaba— valía más que la agricultura, el sexo o la tala, una empresa que justificaría sus noches y su sufrimiento y que tal vez incluso salvaría a la comunidad: traduciría (si es que era posible) el contenido del libro a la lengua de los mulai.

9

EL ARQUEÓLOGO

Diario personal del Dr. Cordonero
Año 759 *d. C.*

Día 46

Ya me comunico de forma rudimentaria. He pasado las últimas semanas tan enfrascado en el informe que olvidé este diario. Hoy lo he encontrado por casualidad entre los papeles del scriptorium.

Gracias a Idri he entendido que los dibujos que me rodean son textos. La verdad, no sé cómo se me ocurrió que pudieran ser dibujos; creo que fue por la actitud con la que escriben los mulai. Bueno, y por las caligrafías que cuelgan del legetorium.

Día 47

Ayer disfruté escribiendo este diario. He decidido que voy a dejarlo aquí, en el scriptorium, y cada día que me lo encuentre —siempre que otro mulai no lo destruya, lo altere o se lo lleve —agregaré una entrada.

Hoy hace dos semanas desde que dejé de escribir fuera del scriptorium. Idri me explicó o yo entendí que a los mulai no les gusta que la gente escriba en privado. No me dijo por qué a ella no le importa ni por qué al resto no le importa que a ella no le importe.

La actitud de la comunidad cambió en cuanto se dieron cuenta de que ya no escribía a solas. Ayer el mulai que me invitó a follar me enseñó a vaciar las composteras. Por la noche estaba tan eufórico por haber dado el primer paso para ingresar a la comunidad que quise seducirlo de vuelta. Tal vez me sentía culpable. Me rechazó con un gesto seco, tranquilo. Me quedé clavado, frío, mejor: quemado de la rabia. También sentí vergüenza y me alegré de que fuera de noche porque imaginé que todos me observaban. Me giré; había pocos mulai y estaban entretenidos en sus cosas. No tengo una palabra para lo que sentí, pero estaba hecho de libertad y de desolación.

Día 49

No formo parte de un trinomio, pero llevo algunas noches compartiendo esterilla con dos mulai. Les gusta moverse de tres en tres, sobre todo para dormir y para charlar, y a veces también para follar. Hasta ahora no he observado otro rito de paso a la edad adulta que la participación de esas simetrías. Me parece haber entendido que los mulai creen que en las dos lunas también hay domos y, en ellos, otros mulai. Pero es muy difícil discernir lo que creen de lo que inventan por el puro goce de la invención.

Los adultos que no pertenecemos a un trinomio nos llamamos *meidri*. No sé por qué quiero formar parte de uno, y desde luego no sé qué hacer para conseguirlo.

Día 51

Hoy, al atardecer, me he sentado a descansar y a charlar con Idri. Me he atrevido a preguntarle por Faida; ha señalado a una niña y ha dicho: «Ésa es Faida». Los mulai tienen una cantidad fija de nombres que reciclan, y me costó que comprendiera que yo me refería a una Faida anterior, creo que la inmediatamente anterior. Por fin dijo que todos saben quién es esa Faida, que un tal Mu les ha dicho que es a ella a quien le debemos el retorno de los contenedores. No he querido insistir. Paciencia.

Día 51 (noche)

Quizá me he precipitado, pero le he preguntado a Idri si Faida vive y dónde está. Dice que no lo sabe. En cuanto a Mu (un nombre muy especial, monosilábico), aparece de vez en cuando por el domo, pero no vive aquí. He hablado con varias personas más que me han confirmado que el caso de Mu es único. No hay ni ha habido otro mulai que no viviera en el domo. No entiendo por qué no los sorprende ni los perturba.

Día 53

He hablado con varios mulai ancianos y con los más lectores. Creo que entienden que el hecho de que el nombre de Faida haya sido *descargado* —así lo dicen— en otra persona es la culminación de algo valiosísimo que Faida habría conquistado: la irrelevancia.

Día 54

Quiero ir a buscar a Faida. Hoy Idri estaba habladora. Le he preguntado por Mu y me ha contado un sueño que tuvo anoche: «Soñé con la Faida de la que siempre hablas. Estaba tumbada boca arriba y del ombligo le nacía un arbusto inmenso que cubría todo el cielo». «Y

—he insistido—, ¿dónde vive?» «En el templo», ha dicho, y se ha ido a jugar con los otros niños.

Día 57

Hoy es uno de enero, Año Nuevo. Han sido semanas de una soledad cósmica, inconmensurable. Nunca imaginé que hubiera una soledad así.

10

FLUKE

Año 0 d. C.

Abandonó su refugio de noche. El sol había impregnado todas las cosas; las piedras y los arbustos sudaban sol. Le costaba respirar. Cuando las lunas desaparecieron del horizonte, intentó calcular cuánto le faltaba para el tercer domillo. Aún tendría que pasar por tres más antes de alcanzar el templo.

Caminó otras dos jornadas. Trataba de dormir de día y de caminar de noche, pero el calor no la dejaba conciliar el sueño. Bebía a sorbitos de la cantimplora, consciente de que lo más probable era que no hubiera otro cambio de estación antes de que llegara. Al segundo día cayó en la cuenta de que casi no le quedaba comida.

Nada más cruzar el umbral del siguiente domillo, dio las gracias: funcionaba. La superficie se había oscurecido y la temperatura era agradable. Pensó en esperar a que volviera ma, pero era demasiado arriesgado: podían pasar semanas y el agua no le alcanzaría hasta entonces.

Durmió un día entero. Al despertar, se comió la última lata que llevaba consigo y comprendió que tendría que alimentarse de alacranes y culebras. Dedicó una noche entera a aprovisionarse: agitaba un arbusto y, en cuanto se asomaban, los empalaba con el cuchillo y se recitaba su propio mantra: «El acto de comer es un acto de conservación de la vida. Alimentarse de otro ser vivo garantiza que su vida entre en tu cuerpo. Esto supone contraer una deuda con la vida y con el mundo». Acumuló siete cadáveres en una bolsa y se fue a dormir. A la mañana siguiente reemprendió la marcha.

Caminaba pensando en la fuerza que la movía. No era su propia energía, es decir, la energía de su cuerpo, la suma de las energías de su cuerpo, porque sabía que éstas no eran suficientes para caminar durante días bajo el calor infernal de sif. Así llegó a la más importante de las anotaciones del anexo i: «Dog existe. En ocasiones agradecemos algo que nadie ha hecho; el objeto de ese agradecimiento es Dog».

Fluke llegó al cuarto domillo, y al quinto, y al templo. En el cuarto agarró a los lobos, los golpeó, les suplicó que abrieran el depósito de suministros. Creyó matar a uno, pero no se atrevió a comérselo por si aún vivía. En el quinto domillo quiso morir: no funcionaba y dentro hacía más calor que fuera. Aunque suplicó, no recibió nada, y así supo —y consignó en su libro— que Dog podía ser objeto de agradecimiento, pero no de súplica. O tal vez no contaba con la suficiente radiación ionizante para que sus palabras lo alcanzaran.

Poco antes de llegar al templo se miró el vientre. Hizo ademán de reírse, pero tenía la garganta demasiado seca; por entonces llevaría dos jornadas sin beber. Sacó una culebra del zurrón y sorbió de su cuerpo. Aun ahí, al borde de la muerte, era capaz de apreciar la ironía: el dibujo de su vientre recordaba a la escritura mulai. Así nació el glifo que designa la travesía.

Las últimas horas las pasó mirando fijamente las lunas mientras caminaba. Su luz era hipnótica. Entre los mulai existe la creencia de que la leche lunar enloquece, pero no apartó la mirada. Casi podía oír la voz de alguien que la instruía, alguien que muchas lunas atrás, cuando ella era una niña, le había contado que quienes se obsesionaban con las lunas terminaban por pergeñar la extraña idea de que ciertos objetos —por ejemplo, las lunas mismas— pasan a estar atados de alguna manera a ellos, de que ningún otro mulai puede mirarlos, olerlos, tocarlos ni usarlos. Quiso desviar la mirada pero no pudo; sentía cómo la luz le entraba por los ojos y le llenaba el cuerpo entero. Quería conservar ese flujo.

Rayaba el alba cuando dobló una colina y vio, a unos doscientos metros, la entrada del templo.

11

EL ARQUEÓLOGO

Diario personal del Dr. Cordonero
Año 160 d. C.

Día 119

Esta semana casi no he trabajado en el informe: me he dedicado a follar y a observar cómo lo hacen los mulai. Cuando me repuse del rechazo de los primeros con los que estuve, empecé a tantear a otras y a otros, y todas las noches he encontrado a alguien (o a un grupo) con quien follar. El sexo ha regresado con el frenesí de un viejo hábito que recién vuelve a interesarnos. Normalmente folio en alguna de las habitaciones oscuras, ya explicaré por qué. Acabo de reparar en que el intenso olor a mierda en ningún momento me ha supuesto un problema.

Escribo en este diario para llevar el apunte de lo que voy observando. Ayer, por ejemplo, vi por primera vez a un mulai masturbando a una criatura de cuatro o cinco años que se estaba restregando con el borde de un módulo de agricultura. Quizá estaba enseñándole cómo se hace, no sé. Al principio no sentí nada; luego me sobrevino un profundo asco que casi me hizo vomitar. Pero creo que no había nada sexual en ese acto: me pareció algo didáctico, tal vez un alivio para el niño. De todas formas, no creo que aquí haya un tabú relacionado con la edad; más bien es que los niños no folian porque no quieren. Supongo que, si alguno quisiera, tendría que encontrar a un adulto interesado, pero eso me parece improbable, u otro niño interesado, cosa que tampoco he visto a menudo. Seguiré investigando.

Mañana toca matrinonio.

Día 121

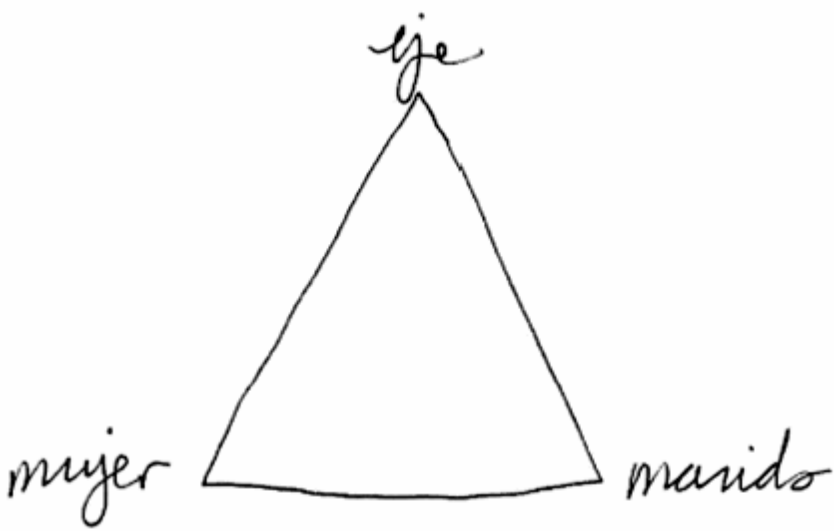
Lo de ayer fue tan intenso que, más que para registrarlo —para eso está el informe—, lo voy a contar para sacármelo de encima.

Me puse a leer en el scriptorium y me quedé hasta tarde, a tal

punto que olvidé que había matrinomio. Una mulai me sacó de mis ensoñaciones. Traía un engrudo que parecía tea; dijo: «Te tocó negro por suertes». Iba toda de blanco: parecía un tronco calcinado o alguien que se ha revolcado en una playa de ceniza. Se alejó sin esperar respuesta. Yo tardé un rato en comprender lo que pasaba. Me fijé en que todo el mundo iba embadurnado. La que me había entregado el ungüento estaba con otro y me esperaban. Los demás estaban agrupados de tres en tres, siempre según el siguiente patrón: uno con una túnica, uno de negro, uno de blanco. Me acerqué a mi grupo; reconocí al de la túnica, que es un meídri, así que no me hice ilusiones.

En el centro de la plaza había un trinomio. Una de sus miembros, la de blanco, era Aktu. La entrevisté hará unas dos semanas y me dijo que quería portar, quedarse embarazada. Me giré instintivamente para ir al scriptorium a anotar algo, pero mi compañera apoyó la mano en mi hombro. La miré. Quise hablar. Me puso algo amargo en la boca. Tragué.

De lo que pasó después tengo recuerdos borrosos, pero el phármakon aún tardó un rato en hacerme efecto, de manera que el rito en sí lo tengo, creo, fresco en la memoria. Me pareció semejante a nuestro matrimonio. Hay un marido y una mujer. Bueno, no son exactamente un marido y una mujer —no podrían serlo—, pero las palabras que utilizan derivan de ésas; es como si hubieran conservado los roles, las carcasas de nuestro ritual. Además, esas categorías no se refieren a los participantes, sino a las relaciones, a los lados del triángulo. Así:



Aún no estoy acostumbrado a la forma de pensar de los mulai, para quienes sólo hay relaciones, como si los triángulos no tuvieran sino aristas, es decir: serían tal como de hecho son, pero completamente distintos. Por eso les he puesto nombre a los vértices, y los llamo *marido, mujer y eje*. No sé en qué medida su rito es diferente del nuestro: tal vez sea igual, tal vez dos personas que se casan siempre se casan con algo más, una especie de intérprete invisible. Quizá de alguna manera contraer matrimonio es aceptar humildemente que dos personas nunca pueden mirarse a la cara, tocarse ni hablar sin la mediación de un tercero, que supongo que es dios o la propia institución matrimonial.

Tras la ceremonia empezó un baile furioso y desesperado que terminó en orgía. Hasta ayer no había visto a un mulai drogado. Tengo una nota por ahí en la que consigno cómo una vez, en el transcurso de una entrevista con un trinomio, les pregunté por las drogas, que en su mayoría son hongos o medicamentos a los que dan un uso espurio. Me llevaron amablemente a ver un armario y me explicaron que las guardaban allí. El armario estaba abierto, así que supongo que si no se drogan en su día a día es porque no les apetece.

El relato de lo que sigue no es del todo fiable, pero a fin de cuentas esto es mi diario. Me pareció que en la orgía había cierta tendencia a que el sexo fuera entre un blanco, un negro y un eje, pero estoy casi seguro de que vi casos en los que eso no se cumplía. Estuvimos toda la noche así, follando y bailando. Yo estaba emocionado, así que no dormí, pero la mayoría de los mulai se fueron echando en las esterillas (que previamente llevaban a los bordes del domo) conforme se acercaba el amanecer.

Al salir el sol, tenía la mente algo más despejada. El domo estaba polarizado (estamos en sif), pero igual se nota el calor. Cuando sentimos los primeros rayos, todos —también yo— dejamos de hacer lo que estuviéramos haciendo y nos acercamos a la salida del domo. Ahí estaban Aktu, su compañera y el eje, que les hizo entrega del hisopo. Los tres llevaban bastones y una ropa que no había visto antes, muy moderna, como de astronauta. Algunos mulai se pusieron las violas, otros agarraron tambores y otros dimos palmas rítmicamente. La música se fue acelerando según el trinomio se acercaba a la puerta. Cuando me percaté de lo que estaba a punto de ocurrir, me dejé llevar por un impulso e intenté acompañar al trinomio para ver el templo. Aktu se cruzó en mi camino y dijo: «Sin trinomio no existe viaje». Me armé de valor y quise salir del domo, pero me reiteró la advertencia por el expeditivo método de golpearme con el bastón en los testículos, así que me quedé ahí, doblado de dolor, mientras se iban.

Cuando el trinomio salió, el ritmo cesó de golpe y, poco a poco, todo el mundo se fue a dormir. Cuando me he levantado era casi de

noche. He escrito estas notas y ahora me voy a acostar otra vez.

Día 125

He dedicado estos días a investigar sobre el rito del matrinomio. El otro día me pareció que Aktu me había golpeado con mucha precisión, que no fue un golpe cualquiera, así que lo primero que he hecho ha sido enterarme de qué son esos bastones. Si no he entendido mal, son el equivalente a nuestras clases de baile y, de hecho, Aktu y su compañera —la que iba de negro— protagonizaron un duelo, una suerte de exhibición técnica, que yo no advertí, en algún momento de la noche. No sé cómo los fabrican; normalmente son de madera, pero también los he visto de metal (pensaba que los tendrían guardados, pero están desparramados por todo el domo, sólo que yo no les había echado cuenta). Me da pena no haber estudiado nunca artes marciales: creo que sería interesante determinar de dónde viene la forma en que usan las armas. Voy a poner una nota en el informe recomendando que alguien haga ese trabajo en el futuro.

Ayer Idri me estuvo enseñando los rudimentos de la lucha con bastón. De la experiencia deduje que, en realidad, tampoco son tan diestros, que no es tan difícil atinarle a alguien en la entrepierna. Es verdad que saben bien cómo dar un golpe, pero poco más. Yo diría que la principal función de los bastones es asustar a los brabat. Ahondaré en esto algún día.

He preguntado también por la travesía. Quiero saber qué pasa cuando salen del domo. Van al templo; allí, la novia se tumba en una especie de altar y, si han acumulado la suficiente radiación ionizante, si han hecho bien el matrinomio y la travesía, es fecundada. Le pregunté a un mulai si en ese proceso interviene de algún modo el sexo. Me miró con asco.

Día 129

Al día siguiente de escribir la última nota en este diario, me pasó algo que aún no he sabido cómo contar. No creo que nadie llegue a leer estas palabras, pero igual el problema es que no sé cómo contármelo a mí mismo.

Después del matrinomio he seguido follando a diario, algunos días varias veces. Anteayer estaba en una habitación oscura con dos mulai, una mujer y un hombre, compartiendo un rato de placer. Nos estábamos chupando en una posición inverosímil, y me apeteció penetrarla a ella vaginalmente. Recién tomo conciencia de que nunca lo había intentado antes. Ella le lamía el pene al compañero, que le arañaba la espalda con suavidad, y yo empecé a frotarme con su vagina con la intención de lubricarme antes de penetrar. La reacción

fue inmediata: ni siquiera me dio tiempo a pensar antes de que se me montara encima agarrándome el miembro con una mano y el cuello con otra. Con la escasa luz que entraba por las rendijas de la habitación, vi que se contenía para no estrangularme o golpearme. Le dijo algo al otro, muy rápido, no entendí qué, aunque no sonaba bien. Él se puso el taparrabos y salieron dejándome tumbado, asustado, preocupado y rodeado de un intenso olor a mierda.

Desde ese día, los mulai no me hablan. He estado revisando mis notas y, haciendo memoria, me he dado cuenta de que nunca he visto a nadie follando así, de la forma natural. Una vez anoté un verbo, *malfollar*, que creo que se refería, precisamente, a la penetración vaginal.

Ahora soy una especie de paria, no sé si para siempre. Es raro: eso me hace sentirme aceptado. Me castigan como a uno más.

Día 141

Anoche volví a follar, aunque eso no significa que me hayan perdonado. Hubo un matrinomio en el que participé tímidamente, ni siquiera me drogué. Nadie iba a emprender la travesía: se casaban porque sí. La noche era fresca y siete u ocho mulai —imposible determinar el número porque además había gente que entraba y salía — nos dimos placer mutuamente en una vorágine de cuerpos indistintos. En un momento dado noté cómo algo me escalaba y vi que era un niño pequeño que se había encaramado al monstruo de las muchas espaldas y que tocaba, aquí y allá, curioso, nuestros cuerpos.

12

FAIDA

Circa *año 154 d. C.*

Por primera vez Faida asistía a un matrinomio sin probar los phármakon. No era la única, aunque muchos preferían tomar un estimulante, un calmante o un alucinógeno que los convirtiera en antenas vivas capaces de vibrar con la radiación ionizante.

Estaba distraída. Habría preferido quedarse traduciendo en el scriptorium, pero escribir sola en un momento así le parecía demasiado radical.

La portadora iba a ser una mulai llamada Sheipa, algo más joven que ella. Faida recordaba vagamente haberla visto jugar con los niños y pensó en lo poco que le importaba ya todo lo que llenaba a los otros de tristeza o de dicha.

No hacía mucho que había aceptado que la traducción le iba a llevar años. No flaqueó: seguía entregando toda su energía a descifrar los pequeños alacranes. Pero sí empezó a robarle algunas horas del día a su empresa; pocas, sólo aquéllas en las que el cansancio la vencía. Las dedicaba a redactar un tratado para los mulai. Aunque con el tiempo sus ideas y sus recuerdos habían ido empapando el texto, aún confiaba en que sirviera.

Para el día del rito Faida ya era una méídri. Se reunió con dos mulai con los que no había hablado nunca. Uno de ellos era muy joven, casi un niño. A ella le había tocado vestir la túnica.

Arrancaron los tambores y sus compañeros se tomaron las manos. Faida vio a lo lejos a Ummat y a Kbale, y sintió una punzada de tristeza. Ummat estaba toda pintada de negro, hermosa, y Kbale, de blanco, miraba de reojo a su nuevo compañero de trinomio, cuya cara Faida no alcanzaba a distinguir bajo la capucha.

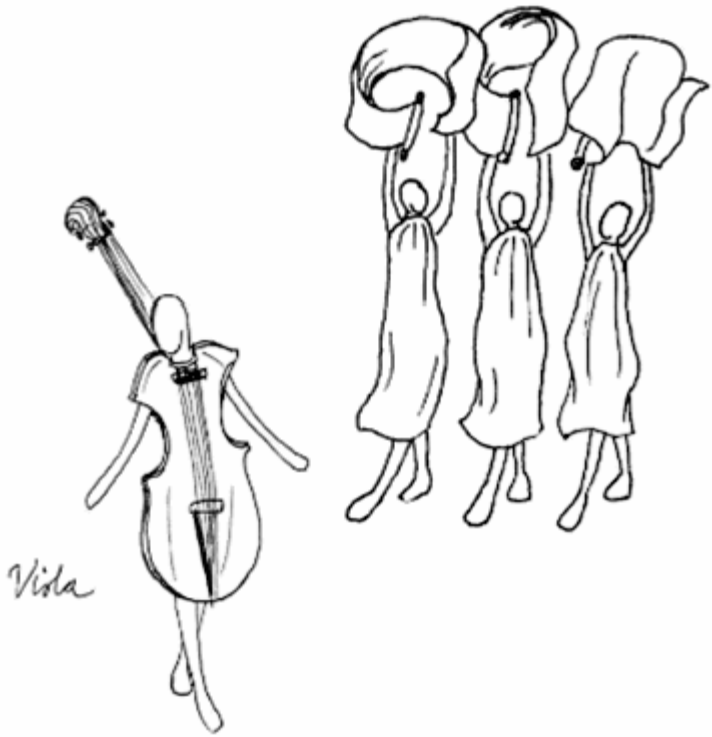
La comunidad formaba un enorme círculo en cuyo centro se hallaban Sheipa, Doren y Calta. Era prerrogativa de la futura portadora elegir su lugar en la ceremonia y había escogido pintarse de negro, así que aquella noche ésa era la posición favorita. Faida había

escogido rápidamente la túnica y había dejado que los otros dos meidri discutieran por el negro; era lo más cómodo, ya que así no estaría obligada a buscar un pedazo de metal y además podría taparse la cara.

Se preguntaba cómo era posible que fuera la primera mulai en emprender una traducción. Había investigado el scriptorium y había dado con multitud de papeles cargados de glifos idénticos a los de su libro, pero no había ningún indicio de que aquello hubiera interesado nunca a nadie. Ella misma —ahora le parecía inverosímil— nunca había reparado en ellos hasta que se puso a traducir. Ya llevaba dos lotes y aún dudaba del título: *Los domos que no vemos.*

Los tambores cesaron de golpe y el verdadero rito dio comienzo. Sucede así: primero los mulai de blanco ejecutan sus danzas. Cada uno toma una tira larga de tela, nylon o seda y la ondea a su alrededor describiendo círculos concéntricos en el aire. Al terminar, agarran de las manos a los de negro, que inmediatamente recitan algo, palabras al azar, un poema o balbuceos (en buena medida depende de la droga que hayan elegido). Por último, los encapuchados, ocultos bajo sus túnicas, cantan una marcha lenta que al principio no tiene letra y pronto deriva en palabras entonadas, como *siempre, salud* o *pobreza*, palabras que no significan nada o cuyo significado los mulai ya han olvidado.

Ahí es cuando adquiere protagonismo el trinomio de la futura portadora. Ella y el de negro le entregan un trozo de chatarra al de la túnica, que se arrodilla, le da a cada uno la chatarra del otro y les toca los labios con los dedos. Debe de durar unos quince minutos. Después, todos los demás los imitan y muchos se acercan a entrechocar sus metales con los de la futura portadora, se ponen las violas,[5] agarran los tambores y el rito deviene en baile, en orgía o en ambas.



Faida se apartó del grupo. Sabía que sus dos acompañantes formaban un binomio y no quiso avergonzarlos haciéndoles inventar alguna excusa para estar solos. Se subió al tejado de una de las habitaciones oscuras y se puso a contemplar la multitud. Pensó en lo escasos que eran los binomios. Para la mayoría de los mulai resultaban inquietantes. Ellos habrían dicho *pares*. Lo par es inquietante. Faida pensaba en aquello y miraba a Ummat, que se había alejado de Kbale y de su nuevo compañero, y bailaba con una joven mulai. Pensó en bajar y unirse al rito, incluso en tomar algún phármakon y tratar de olvidar su tarea de traductora, tal vez un rato o tal vez para siempre, pero terminó por apearse de un salto y por dirigirse al scriptorium llena de algo que no entendía y que podríamos llamar *rabia*. «No escribo sola; si gustan, vengan y me miren», pensó, aunque nadie le prestaba atención.

Al amanecer seguía traduciendo. Hacía horas que había cesado la música y algunos se apelotonaban a la salida del domo para darle a Sheipa el hisopo y verla partir. A Faida empezaban a pesarle los párpados y se encaminaba a una esterilla cuando de repente el grupo dejó de dar palmas y de tocar. Se acercó, curiosa, y vio a Sheipa detenerse a regañar a un crío que derramaba el pis en vano y acompañarlo a un meadero. No pudo contener una sonrisa que

contrastaba con los gestos de consternación de los demás. Pensó que querría conocer a esa portadora cuando volviera de su viaje, que aquello no ocurriría en esta vida, en un cubo de agua cuya superficie se congela, y, por último, que tenía mucho sueño y se fue a dormir.

13

EL ARQUEÓLOGO

Informe del doctor Nahum Cordonero (editado)
Encargado en el año 159 *d.* C.
Desclasificado en el año 183 d. C.

La discusión en torno a la cultura mulai ha servido para aclarar la cuestión de cómo se reproducen. El equipo multidisciplinar de Walker *et al.* (formado por dos antropólogos, un biólogo y un médico) ha propuesto la que se ha convertido en la hipótesis dominante en el campo: el trono de la reproducción es una máquina de lo que nosotros llamamos *inseminación artificial*. A partir de esa idea, elaboré un artículo en el que apuntaba una teoría arqueológica: con el tiempo, los mulai tuvieron que percatarse de que era imposible fecundar a alguien con pene y por eso empezaron a ocultar de la vista esa cosa inútil. La idea viene reforzada por mis investigaciones en el scriptorium, donde encontré un manuscrito en el que se registraba un debate caótico y airado en torno a la relación de los mulai dotados de pene con la vida; el razonamiento principal era que ellos también trabajaban en los módulos de cultivo, así que están en la vida.

Tradicionalmente, nuestra cultura ha asociado el sexo a la penetración (en concreto, el sexo heterosexual se asocia a la penetración vaginal). Incluso quienes han puesto en cuestión esa idea han contado con herramientas para distinguir entre lo que es sexo y lo que no, y esa línea divisoria siempre ha girado en torno al consentimiento al acceso al cuerpo propio. Tardé demasiado en darme cuenta de que entre los mulai esas categorías no operan: o bien no existe el sexo, o bien cualquier intercambio de placeres es sexo. Un masaje, acariciarle a alguien el pelo durante un rato, lamerse, ayudar a otro mulai a estirar un músculo, convenir en un placer personal (por ejemplo, conocí a una mulai que disfrutaba muchísimo de que le limpiaran las orejas), masturbar a otro o masturbarse mutuamente, las felaciones, recitar palabras modulando la voz al oído de otra persona, la penetración anal, acariciar unas tetas o rodearlas con la lengua,

pasar la hoja de una planta por la espalda de un compañero, recorrer lentamente con un dedo el anillo del ano de alguien… son distintos grados de lo mismo para los mulai. A diferencia de nosotros, no han elaborado un catálogo de actos sexuales. La misma cosa puede entrar o no dentro de esa categoría en función de si existe el deseo mutuo. El consentimiento es, en ese sentido, tácito; cuando un mulai no quiere hacer algo, simplemente se aleja, y su concepción de la violencia como forma de autodefensa —y su sistema sexo-género, si es que podemos hablar de algo así— hace que la idea de forzar a otro mulai a hacer algo sea, sencillamente, absurda. También: para los mulai la comunidad es en cierto sentido una comunión, y disfrutan de dar placer a otro mulai, lo que termina por crear un juego de espejos que amplifica las sensaciones.

Desde que abandoné el domo no he podido volver a practicar la penetración vaginal[6]; como a los mulai, me parece algo del todo artificial, incluso pernicioso. No lo puedo argumentar porque es imposible sujetar algo tan visceral a las ataduras del lenguaje. Una vez encontré un documento en el scriptorium en el que se contaba la historia, probablemente mítica, del primer niño que nació por esa modalidad de la inseminación que nosotros llamaríamos *natural*, y de cómo durante toda la vida de aquel mulai las cosechas fueron malas y apenas se acumuló radiación ionizante; de cómo todos acabaron por comprender que aquello era un insulto a la forma natural de reproducirse usando el trono que hay en el templo y que yo jamás he visto.

14

SHEIPA

Circa *año 154 d. C.*

Una tarde los mulai se reunieron al abrigo de los sistemas de regulación de humedad y temperatura del domo. Toatoa ya era capaz de plantar, era bueno en la construcción y se había convertido en un explorador nada desdeñable, así que en adelante se llamaría Toadí. Por otra parte, la abuela Go (antes Goro) había cesado el día anterior y su cuerpo ya estaba en uno de los módulos de compostaje.

Los niveles de radiación ionizante indicaban que era una buena época. Tres días atrás Oshib, el Lobo, había organizado una plegaria colectiva en la que se habían cantado el ciclo uno («Estación llamando a base | estación llamando a base | base, ¿me recibe?…«) y el cuatro («A continuación leeré | algunas sucesiones: | uno uno dos tres | cinco ocho trece…«) con la música que los caracteriza. Además, se habían desparramado alimentos por los arbustos en los que Kela había tenido que comerse una culebra, probablemente más de los que ameritaba la vida del animal. Y acababa de arrancar kalima y cierta humedad en el exterior hacía pensar que después vendría ma, lo que siempre es una bendición.

Era el momento de traer un nuevo mulai al domo. Sheipa se ofreció voluntaria. Argumentó que tenía todo lo que necesitaba (útero) y además estaba cargada de radiación ionizante: hacía pocos días que había sangrado y llevaba varias lunas sin follar con alguien con pene. Doren y Calta, sus dos compañeros de trinomio, daban fe de ello. Se inició un debate. Por una parte, aunque todos los mulai convenían en que tener pene era una lástima, no estaba claro que alejara la radiación ionizante, como subrayó Irmir, otra de las voluntarias para emprender la travesía y traer al domo al nuevo mulai. Por otra parte, Sheipa había intentado ser portadora en numerosas ocasiones y en ninguna lo había logrado, lo que sugería que tal vez fuera incapaz. Lado, otra de las voluntarias, adujo que había un texto en el scriptorium en el que se afirmaba que algunos

mulai con vagina no podían portar por razones desconocidas (ponía «Dog las miró con el ojo derecho»), aunque no lo encontró y no lo pudo mostrar a la asamblea porque Sheipa había tomado la precaución de tirarlo a una compostera después de la última reunión en la que no había salido elegida.

La proximidad de la sangre y el hecho de que, de todas las voluntarias, ella fuera la única que parecía realmente interesada en portar (para el resto suponía hacer un servicio a la comunidad, no más relevante que ir por leña o plantar calabacines) hicieron que saliera elegida. No faltó quien sospechara: desde que Sheipa dejó de ser una niña, se había dedicado a tareas de crianza, normalmente reservadas para los hombres, que compensaban así ante Dog y ante la comunidad su incapacidad para traer nuevos mulai al domo. No era raro verla pasar las horas sentada, rodeada de niños, enseñándoles a escribir o leyéndoles papeles del scriptorium o del *Códice libertario*. Doren trató de persuadirla porque él no quería ir: las tareas de recolección estaban por comenzar y sería bueno que se quedara en el domo. Sheipa no lo escuchó; la decisión estaba tomada.

La noche siguiente, ella y sus dos compañeros hicieron el matrinomio. Sheipa sintió que la radiación ionizante bullía por todo su cuerpo y se concentraba en su útero. Estaba lista para portar.

Emprendieron la travesía por la mañana. Sheipa iba con ropas de gala confeccionadas a partir de telas encontradas en el templo, y sus compañeros, con mallas grises, ceñidas, sendos palos de defensa y las zamarras cargadas de víveres. Seguía siendo kalima: buena señal. Los mulai presentes tocaban palmas, tambores, violas y cantaban la canción de la fecundación. Parecían contentos. Oshib logró que el parlante sonara a más volumen y se formó una gran algarabía. Todos los agasajaban y Sheipa sólo podía pensar en la aguja del módulo de fecundación, en el pinchazo y en el agradable calorcito que le había dado las otras veces.

Casi llegaba a la salida del domo cuando se apartó de la comitiva. La música cesó de golpe. Había visto a Cecé, un pequeño al que solía leerle la Historia de Fluke, meando en la tierra. Lo retó y el niño cortó el chorro y bajó la mirada. Mintió que no se aguantaba las ganas y Sheipa le dijo que, aun así, enseñar el pene en público era una vergüenza. «Además, no derramamos la semilla», recitó Sheipa del *Códice libertario*, y acompañó a Cecé a los meaderos.

Mientras volvía, pensó en que la naturaleza —Dog— les daba cosas increíbles: la posibilidad de hablar o de respirar, el calor, el frío, el reciclaje de la orina, las culebras, el sol, los tomates o los lobos. Al levantar la mirada, vio las caras de asombro y preocupación de todos y los tranquilizó: según ella, la radiación que se había perdido al apartarse del camino establecido se habría recuperado gracias al

líquido que acababa de ahorrar. La voz del parlante sonaba, atronadora, en la distancia. Nadie parecía convencido, pero alguien retomó el compás y enseguida todos estuvieron tocando. Al recibir el hisopo, un mal augurio recorrió el cuerpo de Sheipa, que trató de no pensar en eso más.

15

EL ARQUEÓLOGO

Informe del doctor Nahum Cordonero (editado)
Encargado en el año 159 *d.* C.
Desclasificado en el año 183 d. C.

Sólo hay un mulai que cumple siempre la misma función: el gaoshar o cuentacuentos. Cuando un gaoshar muere, se elige a otro de entre los niños más jóvenes de la comunidad; desde el momento en que es designado, su vida se consagra a leer en el scriptorium, a llorar en público y a contar historias, una detrás de otra, historias que todos escuchan con avidez y que con las repeticiones se van deformando hasta que se vuelven irreconocibles.

No he conseguido descifrar la importancia precisa de las historias para los mulai. En un reciente artículo, Ava Bé ha propuesto que los relatos mulai no contienen una fábula moralizante, sino que sólo son repeticiones que buscan perpetuar el propio lenguaje, y no su contenido. Yo, que he vivido entre ellos, sé que los mulai participan a menudo en juegos que se asemejan a nuestra poesía o a nuestro repentismo, por lo que esa función ya está cubierta en su comunidad.

Quizá la principal característica de la lengua mulai sea su constante cambio, lo que no sorprende si se tiene en cuenta su origen. Al pasar unos días escuchando al gaoshar se siente ese devenir. Si uno de nuestros cuentacuentos hiciera lo mismo, el olvido también terminaría por trabajar la historia, pero lo que variaría sería el argumento, los personajes, el estilo. En las historias del gaoshar lo que cambia es el propio lenguaje, cambian las estructuras sintácticas o los lexemas, y sin embargo lo que dice casi siempre es —siquiera vagamente— inteligible. En ese sentido, el gaoshar es una máquina de hacer palabras.

He dedicado muchos años a tratar de establecer una arqueología de la lengua mulai. Ahora que he dado la tarea por imposible, otros, más valientes o ingenuos, han tomado el testigo sin hacer grandes avances. Como ellos, partí de una idea común en arqueología: el

tiempo y el espacio son los agentes que transforman las lenguas. Esa idea, que parece universal, no se aplica a la lengua mulai, cuya misma naturaleza es el cambio.

Pondré un ejemplo. En mulai la palabra *loucú* se refiere a aquellos que dejan de hablar casi por completo y se aíslan dentro del domo. En un primer momento pensé —y publiqué— que su origen estaba en la palabra *loco*, sin duda condicionado por el hecho de que el castellano es mi lengua materna. Así, aunque los mulai carecen del complejo sistema que, en nuestras sociedades, califica a unos individuos de *locos* y a otros de *cuerdos*, la palabra podría haber seguido funcionando como reminiscencia. Pasó poco tiempo antes de que la investigadora Elena Villena propusiera una tesis alternativa: según ella, es evidente que *loucú* proviene del inglés *lone*, que en esa lengua da palabras como *lonely, lone-some* o *alone*, pero unida a *gü* | 孤 que vendría a significar «solitario» o «huérfano». De inmediato, a ella la corrigió otro académico, Vidal Escabia, para quien resultaba obvio que el origen era, efectivamente, *lone*, pero unido a *ku*, que en japonés forma la palabra *kodoku* | 孤独,[7] de significado análogo. El debate no tardó en enredarse en torno a cuestiones relativas a lo rebuscado de las palabras, a si se utilizaron o no hace siglos, y pronto aparecieron nuevas alternativas. He llegado a leer que proviene del latín *locus* porque para los mulai una persona muda no vale más que el lugar que ocupa, o que la primera parte de la palabra proviene del coreano *oeloun* |외로운. No tengo palabras, ni en mulai ni en castellano, para responder a esos argumentos.

Casi todas esas discusiones etimológicas han terminado del mismo modo, es decir: no han terminado. Es cierto que en algunos casos la filiación es clara, pero sólo en aquellos en los que una escritura arcaica ha fijado la naturaleza mutante de la lengua mulai. El ejemplo más claro es *lobo*, que provendría del coreano *lobos* | 로봇, que significa «robot» y está escrito en el costado de las máquinas que habitan los alrededores del domo. Con todo, incluso en tales casos la discusión está abierta,[8] si bien existe cierto consenso.

Que mi última afirmación no lleve a nadie a error; si la escritura sirve para que una palabra permanezca estática en el tiempo es porque está impresa sobre los propios lobos en coreano, y no en mulai. En nuestras lenguas la escritura rectifica de alguna manera las curvas del lenguaje y fija el propio lenguaje; en la lengua mulai, la palabra escrita es tan líquida como… no, más líquida que la oral. Al mismo tiempo puede tender puentes invisibles entre elementos de ésta, que muchas veces es incomprensible sin aquélla. La palabra *rodilla*, por ejemplo, se ha perdido como tal y se ha cambiado por la palabra *shambra*, que se parece a *hinojo* |الشمرة en árabe. Probablemente la transformación provenga de la expresión en castellano *de hinojos*, que

significa «de rodillas». Para los mulai resulta evidente que la palabra *shambra*, es decir, «rodilla», es la misma *que fenlei*, la que utilizan para hinojo, la planta, y que parece provenir claramente de *fennel*, «hinojo» en inglés, aunque según la pronuncian los mulai correspondería a *clasificación* | 分类 en chino.

Para los mulai, las palabras *shambra* y *fenlei* son la misma. Cuando le señalé a la mujer que me lo explicó la diferencia radical de significado —y de pronunciación— negó con la cabeza e hizo una serie de pases con las manos. Como vio que no entendía, fue al scriptorium y me enseñó los glifos de ambas palabras, que eran ¡guales, y después se dirigió al módulo de alimentación y me mostró un bulbo de hinojo, que según ella era idéntico a nuestras rodillas. Al mismo tiempo, me explicó que un sinónimo poco utilizado para *habitación oscura* era *shombra*, que muy probablemente es una arabización del francés *chambre*, «habitación». El glifo también resultó ser el mismo. Hay otros ejemplos, como *bocales*, que se refiere a las entrañas y cuya supuesta etimología el lector puede tratar de descubrir.

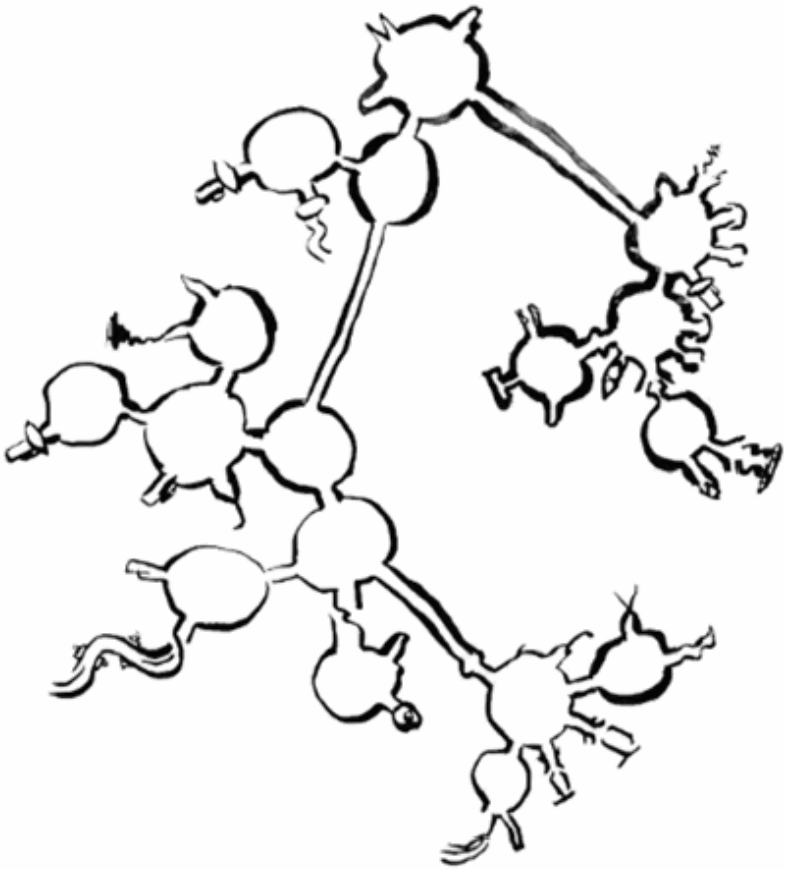
En los primeros meses en que viví con los mulai pensé que la escritura era una parte accesoria de sus vidas. Con el tiempo acabé reparando en que, por el contrario, es lo más parecido que tienen a una historia colectiva, a una memoria que segmenta su pasado. En un nivel microscópico su escritura es, además, la expresión perfecta del modo en que oscilan entre lo sucesivo y lo simultáneo.

No hay una metáfora para describir el aprendizaje o el conocimiento de la lengua mulai. Si es un laberinto es uno de muchas dimensiones en el que uno puede seguir un sonido y acabar encontrando un glifo, seguir un significado para encontrar una concomitancia que atraviesa varias lenguas, una imagen o —y esto es lo más probable— simplemente perderse y gozar de la desorientación. De ahí una de las pocas expresiones mulai que perduran —porque ha quedado fijada en la Historia de Fluke—, *tantear la pared izquierda, como si leyera*, que significa «buscar algo a ciegas».

La prestidigitación es una parte consustancial de la lengua mulai. Es imposible verlos hablando sin trazar signos efímeros en el aire. La palabra para *silencio (unrabt)*, de hecho, vendría a significar «manos atadas». Alguna vez he intentado hablar mulai sin mover las manos; es imposible.

La lengua de signos es otra de sus formas de expresión. Al principio pensé que ese sistema existía para las personas sordas o mudas, pero después descubrí que es muy común que cualquiera la utilice y que el gaoshar, por ejemplo, recurre a ella constantemente. Es una especie de danza bellísima que transforma sus cuerpos en una serie de glifos consecutivos; muchas veces la hacen solo por placer.

Los mulai no desconocen el arte de la caligrafía. Elaboran pinceles con su propio pelo y saben cómo producir tinta con ciertos minerales. Parece evidente que esta práctica proviene de la caligrafía china. A nosotros verla nos resulta apasionante (quizá porque nos recuerda a algo que perdimos hace mucho), pero para los mulai es una forma más de expresión, como la escritura al carboncillo o los pases de manos.



No estoy seguro de que los mulai conozcan la literatura. Desde luego, si entendemos por *literatura* el complejo dispositivo cultural que existe en nuestras sociedades, no la conocen; si la entendemos como el uso lúdico o hedónico del lenguaje, sí.[9] Cuando ejecutan sus danzas; cuando se sientan en un rincón y empiezan a murmurar palabras, dejándose llevar por ellas y llegando así a otras nuevas que acabarán por pasar a la comunidad o por desaparecer en cuestión de minutos; cuando *tantean con la mano izquierda* los glifos y van a la deriva por imágenes, sonidos, ecos y resonancias para escribir sus, digamos, poemas o sus cadáveres exquisitos; cuando pasan horas en el

scriptorium escogiendo papeles que luego ordenan; cuando hacen caligrafía, en todos esos casos están haciendo, creo, literatura. A Fluke se le ocurrió hace mucho una idea revolucionaria: que firmaran sus textos. Lo hicieron durante algún tiempo, pero la práctica terminó por caer en desuso como una extravagancia (entre otras cosas porque muchas veces la *firma* pasaba a formar parte del texto). En cambio, sí he visto a algún mulai estampar el glifo de su nombre en una resma de papeles que ha ordenado. El escritor entre los mulai no es, así, más que un organizador de palabras, lo que me lleva a preguntarme hasta qué punto nuestros escritores no lo son también, hasta qué punto no lo soy yo mismo. Pero entre los mulai las resmas no se fijan, no se grapan ni se cosen, y las sucesivas reordenaciones hacen que las firmas que aparecen aquí y allá pierdan su sentido; las palabras pasan de mano en mano hasta que se desgastan y ya nadie sabe quién las ordenó por primera o última vez.

En mulai también existe una palabra para el que escribe, que podríamos traducir como «escribano» o «escribidor», pero se refiere a aquella persona que está escribiendo y sólo mientras lo está haciendo; el significado es físico, mecánico. La palabra es *sucha*, demasiado similar a 作家 (zuójiá) como para ignorar la genealogía. Además, el glifo de *sucha* está compuesto de tal manera que se podría traducir por «el mulai que hace la casa». Para aprenderlo utilicé una mnemotecnia que a la vez es una broma personal: el escritor es quien hace la casa del ser.

En el capítulo veintidós se elabora una torpe gramática mulai. Por ahora sólo diré que la poesía surge de forma natural dentro de su sistema lingüístico. Casi siempre se hace con las manos y desaparece de inmediato en el aire, desmonta las palabras y las rearma sin una lógica aparente; en esa danza brotan de vez en cuando destellos de significado, intuiciones de esa corriente continua sobre la que los mulai trazan sus glifos. Es difícil establecer cuándo hacen poesía igual que es difícil establecer cuándo folian, pero cuando se ve, se sabe. Aparentemente la poesía surge de la nada; un mulai está comiendo y

de repente se levanta y se arranca a hacer formas en el aire. También es común verla entre los niños, que juegan a hacerla juntos. Uno dice una palabra, acompañándola con un pase de manos, y otro responde con otra, uniendo las manos al primero cuando termina de dibujar su glifo en el aire. Siguen así hasta cerrar el círculo. Casi nunca consignan estos poemas en papel, aunque disfrutan de la creación de cadáveres exquisitos, que se prestan muy bien a la geometría de su escritura. En contra de lo que se podría pensar, nunca hacen poesía drogados, o yo nunca los he visto hacerla. El juego más popular entre los mulai acaso sea el siguiente: uno de ellos come y los demás se sientan alrededor a mirar en silencio. En un momento dado, alguien cree entender una palabra entre los sonidos blandos de las masticaciones y la grita en voz alta. El que come nunca confirma ni desmiente que haya dicho esa palabra, pero invariablemente los mulai se enzarzan en una discusión sobre lo que han oído que siempre termina en risas. Una variación de este juego consiste en hacer movimientos espásticos en lugar de comer.

Hacer paleografía mulai sobre la ficción de que podemos fechar sus textos nos permite intuir las reglas de la evolución de éstos. Su lengua es la conjunción de tres elementos: un sistema planificado, la erosión del tiempo y la vida en común. En ese sentido, no es ni natural ni artificial. En el scriptorium encontré un documento muy revelador que traduje así:

> Es fama que los primeros mulai se infligían nombres ridículos. Por ejemplo, había uno que se llamaba Stephen y que quería que otros mulai escribieran como él. Se sentaba con los más jóvenes y les mostraba cómo trazar ciertos glifos, aunque por algún motivo no les enseñaba a trazar muchos otros. También quería que todos aprendieran de memoria el *Códice libertario* e incluso que lo copiaran siguiendo su sistema de escritura, pero antes de que eso ocurriera los mulai ya habían crecido y lo miraban con sus ojos grandes y negros, verdes, marrones, grises o azules. Como les daba pena ver a Stephen preocupado por algo tan banal como la forma en que escriben los demás, le seguían la corriente, pero, en cuanto él se iba a hacer algo, por ejemplo, a recoger leña, se ponían a jugar, a formar círculos de glifos o a hacer cadáveres exquisitos. A veces Stephen los descubría y miraba en silencio cómo su lengua mutaba, e incluso inventó una palabra para definir esa transformación, *corromper*, que parecía producirle cierta nostalgia. Otras veces se levantaba en medio de la noche e iba a rectificar las salvajes formas redondeadas de los mulai para que se adaptaran a su caligrafía, y los otros lo dejaban hacer, pero

al día siguiente ya había varios glifos más que a Stephen no le daba tiempo a rectificar. Con las lunas esto se convirtió en un juego y los mulai gozaban viendo que por fin Stephen jugaba con ellos en lugar de intentar que lo imitaran; él seguía pareciendo triste, aunque la tristeza no le duró mucho tiempo porque poco después contrajo una grave enfermedad y acabó en una de las composteras. Los mulai dedicaron su día de los muertos a rectificar alegremente muchos de los textos del scriptorium.

Los lógicos y los matemáticos gustan de concebir los sistemas como la suma de unos axiomas y unas reglas de inferencia. Si aceptamos ese esquema, los axiomas del mulai serían tres: el *Códice libertario*, la escritura original y cierto rechazo a la lengua inglesa. Esos ingredientes fueron legados por la primera generación, que —como Stephen— incurrió en la ingenuidad de considerar que esas directrices (un código de conducta, una nueva forma de expresión y una resistencia ante la única lengua que todos compartían) eran necesarias para la consumación de su proyecto utópico. En cuanto a las reglas de inferencia, están dadas por sus condiciones materiales.

Torpemente he intentado traducir algunas palabras del mulai. Cuando trato de llevar mi esfuerzo hasta una estructura orgánica de glifos doy con lo imposible. En la primera versión de este informe ensayé algunos dispositivos que me permitieran la traducción (la cuarta persona del singular —que los mulai llaman *simplural*—, la flexión de género con la letra e, la inclusión de morfemas ajenos en mitad de una palabra). El resultado era tan ininteligible que he preferido omitirlo.

En el scriptorium hay cientos y cientos de copias de sus historias. A veces tienen partes tachadas, a veces alguien ha aprovechado el papel para escribir otra cosa en un margen, a veces están desgarradas. Cada vez que la copian, la historia cambia, y los cuentos que yo he presentado junto a este informe (capítulo 17) son la decantación de multitud de esas versiones.

Para un mulai destruir un texto, añadirle glifos o escribir encima de él es algo natural. Fijarlo, sin embargo, les produce inquietud. Además, consideran que el lenguaje sólo puede ser una cosa pública, y está muy mal visto escribir en privado. En un antiguo manuscrito descubrí que ese, digamos, tabú, tenía que ver con la acumulación de poder. Hay un dicho entre los mulai: «Si quieres escribir solo, vive solo». Se ha llegado a conjeturar (véase Kawasaki y Roediger) que tal vez éste fuera el origen de los brabat, pero aún faltan estudios serios al respecto. Más adelante expondré mi propia hipótesis.

Aparte de esas historias, hay otras que circulan oralmente. Pasa

con ellas lo mismo que con la lengua mulai: nos resultan ajenas y al mismo tiempo familiares.[10] A veces incluyen conceptos que los mulai ni siquiera comprenden, pero a los que han dotado de un sentido nuevo (por ejemplo, un tigre), conceptos que podemos rastrear con nuestra torpe etimología. Estas historias las produce constantemente el gaoshar y los mulai las repiten, cambiándolas. Casi nunca tienen un final cerrado; operan sobre la lógica de lo decepcionante.

Hace tres años P. Müller publicó un análisis narratológico de los relatos de los mulai. De las muchas conclusiones interesantes que extrae, hay una que debo discutir. Según Müller (véanse las páginas 247-251 de *Mulai Geschichten*), existe un nexo evidente entre el hecho de que en casi todas las historias mulai alguien abandone el domo y la idea de que forman una comunidad huérfana, y estudia sus cuentos como relatos de una diàspora. Si mi experiencia tiene algún valor, debo decir que la idea me parece inconsistente; los mulai no pueden ser huérfanos porque las nociones de paternidad y maternidad no existen en su cultura. Además, constituyen un pueblo que ha olvidado de dónde viene o, mejor dicho, un pueblo que no viene de ninguna parte.

La aparente esquizofrenia (en el sentido etimológico: romper el sentido antes de que pueda cerrarse) de la lengua mulai tal vez tenga algo que ver con su origen. Aunque no pude acceder al templo, tuve la suerte de consultar algunos documentos de interés en el scriptorium. A falta de más evidencias, lo que sigue ha de entenderse como una elucubración.

Mi conjetura es que los primeros mulai (no sé si se los puede llamar así) cambiaron adrede algunas palabras. Por ejemplo, la palabra mulai para practicar sexo es *fukair*, directamente emparentada, parece, con *fuck o* con *follar*. Probablemente la escogieron para evitar que la nueva cultura arrastrara tabúes de la original. Otros ejemplos son *cagadero* o *meadero*. Esta generalización de lo obsceno recuerda al sistema de «La carta robada»: ocultar algo poniéndolo a la vista de todos. Del mismo modo, se despojó a los diminutivos de su carácter infantil llamando *domillos* a los domos auxiliares. Hay otros casos más extraños, como la palabra *sol, maguif* que proviene (véase Chukri) de una forma del árabe dialectal para decir *cuchara*. Debemos evitar la tentación de trazar un vínculo morfológico. Estos casos proliferan: *pie*, por ejemplo, se dice *tasca*, y ahí la remisión es imposible. Aventuro que algunas de estas desviaciones fueron planificadas, mientras que otras deben de provenir de la dinámica natural del idioma. Los primeros mulai probablemente tardaron poco en darse cuenta de que, sin una institución que la regule, la lengua cambia a una velocidad superior a la de la voluntad. Por supuesto, estas disrupciones pueden atribuirse

—y se han atribuido— a dos factores: la experimentación y la locura. La segunda explicación me parece más perezosa que la primera, y cabría preguntarse hasta qué punto las dos no constituyen una misma desviación de la norma.

16

FAIDA

Circa *año 154 d. C.*

Poco después de la boda, Faida sintió algo nuevo: miedo a morir. La muerte física le era indiferente, pero la posibilidad de que su empresa —su traducción— cayera en el olvido la aterrorizaba. Casi no abandonaba el scriptorium y, en las pocas ocasiones en que lo hacía, caminaba de una forma rara que inquietaba a los demás, como esquivando las caídas, los alacranes, la muerte.

La posibilidad de que su tarea pudiera quedar incompleta la obsesionaba. Calculaba cuánto tardaría en terminar la traducción, cuánto en cada cuadernillo. Reparó en que daba vueltas en círculos o a lo sumo en espirales. Dejó de traducir. Durante ese tiempo comenzó un tercer manuscrito aparte de la traducción y de sus reflexiones, una suerte de diario de trabajo en el que anotaba sus magros progresos para que alguien pudiera retomarlos en un futuro hipotético. Pero en las mañanas tristes miraba las pilas de libros del scriptorium y pensaba que no habría mejor lugar para esconder un texto; intuía que su problema no era que los mulai no pudieran entenderla, sino que no les interesaba. Para ella, sin embargo, su trabajo era lo único que existía, y más de una vez se le olvidaba incluso comer.

Adelgazó mucho. Una tarde, Kbale fue a verla y le dio unas latas de conservas. Faida llevaba tanto sin hablar que le costó mucho comunicarse. Hacía meses que sentía que existía un abismo entre ella y los demás: no comprendía lo que le decían porque no se concentraba en el lenguaje presente, su mente derivaba hacia las palabras detenidas de los libros.

Aquel día fue distinto. Estaba tan frustrada con el trabajo que por primera vez en mucho tiempo prestó atención a las palabras de otro. Kbale le habló de la recolección, de su nuevo compañero de trinomio, de las ganas que todos tenían de que Sheipa volviera sana y portando. Faida supo, al mirar a su antigua compañera de trinomio, al responder, al mover las manos, que algo nuevo u olvidado se

destrababa en su cerebro. En el pasado había intentado sin éxito hacer partícipes de su empresa a los otros para que pensaran juntos, pero nunca había intentado aquello, continuar la chachara insustancial, imitar la risa y los gestos cotidianos y convertir todos esos ritos en metáforas de su traducción.

Volvió a relacionarse con la comunidad. Siempre estaba donde hubiera un problema; escuchaba las soluciones propuestas y aportaba las que se le ocurrían. En segundo plano pensaba en su trabajo: para ella un atasco en un cagadero, un fallo de funcionamiento en un módulo de agricultura o un lobo enfermo eran símbolos de su tarea, trasuntos del cambio de un código a otro.

Cuando dio con una solución, volvía a estar musculada y los mulai ya casi pensaban que la habían recuperado. Una noche, a punto de quedarse dormida junto a un mulai cuya oferta de sexo había rechazado, vio en su cabeza una de las imágenes del libro. Recordó un detalle que hasta entonces había pasado por alto: el lugar en que había encontrado el tomo, entre el colchón y la pared. Por vez primera razonó que tal vez el libro estuviera escondido, que quizá quien lo dejó ahí compartiera su miedo a la muerte de las palabras. De ser así, acaso hubiera alguna alguna pista más en el templo o en el propio domo.

Se levantó y fue hasta la inmensa pila de textos del scriptorium. Se acordó de aquel día en que pensó que el mejor lugar para esconder algo es a la vista de todos y sintió que se cerraba un círculo. Pasó dos noches sin dormir. Nadie se acercó a ella esta vez, ni siquiera Kbale. Desde fuera parecía tranquila: tomaba una hoja, le echaba un vistazo y la ponía en una pila. Por dentro la devoraban la emoción y la duda.

Finalmente, encontró el diccionario. Tardó en comprender lo que era. La parte escrita en glifos mulai era primitiva, poco fluida, torpe, arcaica. Y en la otra parte no todas las palabras estaban escritas en los mismos signos alacranados de *Los domos que no vemos*. Pero sí muchas.

Al encontrar el diccionario, Faida descubrió una sensación nueva. Sentía curiosidad, quería o necesitaba saber quién había guardado el libro, si había sido el propio Dog, otro mulai o un ser desconocido. Esa idea, la de otra cosa, algo o alguien vivo que no fuera mulai, ni Dog, ni brabat, ni culebra, ni alacrán, ni lobo, hizo que se mareara. Se puso de pie y se apoyó en el scriptorium. Tomaba por primera vez conciencia de una forma concreta de la pérdida: algunas páginas del diccionario habían sido reescritas, otras estaban rajadas por la mitad (alguien habría querido dibujar, limpiar o hacer fuego) y —supuso— otras simplemente habían desaparecido. Pero, si la escritura del libro era como la de los mulai, unas palabras la llevarían a otras y podría reconstruir el resto a partir de esos esquejes.

Se fue un día cualquiera, en mitad de la tarde, sin preocuparse de

que la vieran ni del clima. Agarró algunas cosas para el viaje y salió del domo. Nadie le dijo nada, aunque muchos la miraron marcharse. Hacía tiempo que sentía el impulso de irse: un mulai que no participa en la vida común del domo no es un mulai. Es un brabat o quizá un loucu. Pero ella no era tampoco eso; cuando veía a un brabat apretaba con fuerza el libro y el diccionario como si fueran un amuleto, el amuleto de la lengua que la separaba de ellos. Los miraba con ojos febriles y los ahuyentaba invocando símbolos en el aire.

Retomó la traducción nada más llegar al templo. Razonó que para comprender a Dog —si es que Dog era el autor— debía devenir Dog; dormía en la cama donde encontró el libro, comía su comida, bebía su agua encerrada.

* * *

«Armilla es una ciudad hecha de tuberías. Al viajero parece sorprenderle la ausencia de tales conductos más que su presencia. Por lo que entiendo, son unos cilindros larguísimos que funcionan como nuestros canalizadores de condensación, pero siempre están repletos de agua. Con ellos, los otros inundaban sus domos. Al viajero le sorprende la estructura; a mí, que no le sorprenda la existencia de tal cantidad de agua.»

* * *

Los días en el templo se reblandecieron. Faida se levantaba, a veces comía, y se sentaba a traducir. El frenesí de las primeras jornadas había desaparecido: ahora estaba segura de que terminaría la traducción y se entregaba a ella como nos entregamos a las cosas inexorables. La vida era fácil: había comida y agua de sobra, y dentro siempre hacía una temperatura agradable. Trató de recordar por qué los mulai no vivían en el templo. Fue incapaz.

A veces aparecía algún trinomio. Faida los dejaba a su aire y ellos tampoco la molestaban. Los primeros que la vieron vestida con las ropas de Dog tuvieron que contenerse para no gritar de miedo. Ella razonaba que ahora era menos mulai y los mulai eran menos ella. A veces incluso pensaba esas cosas en la lengua del libro.

En los meses siguientes, la traducción y el tratado empezaron a fundirse. Faida era consciente y los guardaba en lugares distintos del templo pensando que la separación física conjuraría la comunión verbal. La traducción la había llevado a pergeñar una idea sobre Dog que aún tardaría más de un año en ser capaz de enunciar.

Empezaba a frustrarse. Durante un tiempo pensó que el diccionario

debía de estar mal, porque apenas lograba extraer del texto vagas descripciones de ciudades imposibles, conjuntos inmensos de domos erigidos en el aire, en el cielo o en el propio tiempo. Ciudades que eran otras ciudades, ciudades que eran su propia expectativa y ciudades habitadas por los muertos.

Dentro del texto sucedían cosas fascinantes. Por ejemplo: había varias voces, de lo que Faida dedujo que estaba escrito por diferentes personas que habían transcrito sus conversaciones. Pero luego razonó que al menos una de las voces no se acomodaba a esa idea, la que describía a los participantes del coloquio, que no era ninguno de ellos.

Solo había una respuesta posible al enigma: el autor debía de ser Dog, el ente que los mulai tratan a veces en singular y otras en plural. Solo Dog se acomodaba a la ambigüedad característica del texto, del narrador.

* * *

«En uno de los diálogos, Marco Polo y el Emperador hablan de cómo ha sido aprender la lengua del otro. Leo "explicaciones ramificadas y frondosas" y me doy cuenta de que así se aprende una lengua, aventurándose por sus estribaciones. Cuando los otros nos devuelvan su favor y me lleven con ellos, las ciudades que quiero visitar son aquellas que parecen un idioma: Zaira, claro, la que se llama como yo; Ersilia, hecha de relaciones; Octavia, la ciudad telaraña; Zenobia, la de las plataformas elevadas. Quiero perderme por sus calles y sus domos igual que me he perdido en las palabras de su lengua y salir de vez en cuando a una plaza que me resulte vagamente conocida aunque no la haya visto nunca.»

* * *

Al mismo tiempo que traducía tomaba notas. Aquellos meses pensó mucho en Fluke y en el modo en que hizo que todo cambiara para los mulai con la fuerza de una sola idea. «Una idea perversa», pensaba Faida, ya que Dog bien podía o podían ser—y ésta fue la primera vez que Faida supo que algo le había sido revelado— cosas similares a los mulai, cuerpos vivos que respiran y sufren y comen y beben y conviven.

En los meses que siguieron abandonó la traducción. Escribió un tratado en el que afirmaba que ellos mismos eran formas enajenadas de lo que una vez fue Dog y que, por lo tanto, hay una diferencia radical de naturaleza entre el domo y las casetas, o entre los bastones con los que se defienden de los brabat y el sistema experto.

* * *

«He pensado mucho en Adelma. Los mulai también creemos —quizá debería escribir creen— en dioses, como los otros, pero nuestros dioses deben de ser muy distintos a los suyos. Nuestros dioses, de hecho, son los otros, y en los dioses de los dioses no hay sólo una diferencia de grado, sino también de naturaleza. Por ejemplo: los otros parecen creer en algo llamado más allá, un lugar al que van los muertos. Los mulai muertos no van a ninguna parte, salvo a la compostera, pero los de los otros parece ser que van, precisamente, a Adelma. Eso es lo que no entiendo: si los muertos van a una ciudad y viven allí, ¿qué es lo que los diferencia de los vivos? Si el más allá de la vida en realidad es un más acá, ¿qué diferencia hay entre su religión y la nuestra? ¿Para qué sirven los dioses de los dioses?»

* * *

Cada vez pensaba más en Fluke. Sentía una comunión con ella y, sin embargo, Fluke les había enseñado a los mulai la existencia de Dog y, en cierto modo, Faida se la iba a negar. Pensó que es así como avanza el tiempo, a fuerza de diferencias.

Su desobediencia a las reglas mulai probablemente respondía más al desinterés que al desacato. Comía de los víveres de Dog, ya no recitaba los seis ciclos, a veces meaba en la entrada del templo. Lo único que no había llegado a hacer era comer la comida que los mulai, en sus visitas, dejaban como ofrenda. Esperaba a que se pudriera y después la tiraba para que los lobos o las alimañas dieran cuenta de ella.

Cuando culminó el tratado, no supo qué hacer, así que lo copió glifo por glifo. Por primera vez en más de un año la escritura volvía a ser lo que siempre había sido: el placer del discurrir de las líneas y no el sufrimiento de ser incapaz de encontrar los glifos adecuados (o de saber qué significa que un glifo sea el adecuado).

Un día aparecieron por allí tres mulai. Faida recordaba vagamente quiénes eran y a lo que iban, y les rogó con palabras roncas que se llevaran aquello, la copia de sus notas —dijo «El libro»— y se lo dieran a leer a los demás. Aceptaron, tal vez por miedo. Faida tenía la vaga sensación de que no lo iban a leer, pero no alcanzaba a descifrar el motivo. Antes de que se fueran atinó a decirles: «Dog han muerto». Luego no supo recordar en qué idioma lo había dicho.

Continuó con su traducción. Se le ocurrió que la escritura de Dog debía de atraer la radiación ionizante y empezó a leer pasajes en voz

alta, pasajes que entendía pero cuyo sonido ignoraba. Se imaginaba el repiqueteo de esas patitas de alacrán que eran las letras y pronunciaba muy despacio.

Reparó en que los trinomios habían empezado a evitarla. Un día se acercó a unos mulai que ya habían terminado con lo que quiera que fueran a hacer al templo (siempre a la misma habitación a la que Faida no entraba) y les preguntó si habían leído su libro. Se alejaron sin responder y Faida se abalanzó sobre uno de ellos, lo empujó contra una pared y preguntó de nuevo. El otro, atemorizado, le contó que algunos lo habían leído y que habían comenzado a utilizarlo como ejemplo de pensamiento tuerto. Faida quedó atónita: seguían sin entender. Los dejó marchar y se retiró a trabajar. Poco después culminó su traducción.

17

TRES FÁBULAS Y UNA NANA MULAI

Uno

Una mañana, el alacrán decidió que quería cruzar el domo por arriba en lugar de rodearlo. Había visto alguna vez a la culebra hacer eso, así que fue a hablar con ella. La culebra le explicó cómo se reptaba con el vientre en lugar de andar con las patas, y, como al alacrán le pareció del todo razonable, se puso a ello. Tardó muchas lunas chicas en dar los primeros pasos, pero poco a poco se fue retrepando. Cuando llegó a la cima ya hablaba la lengua de las culebras y, en el momento en que bajó por el otro lado, se dio cuenta de que él mismo era una culebra, por lo que fue a buscar a la culebra —ahora llamada *la otra culebra—para* compartir con ella su dicha. Inconscientemente rodeó el domo en lugar de volver a cruzarlo por arriba. Cuando llegó hasta su amiga, daba saltos de alegría. «Mira, culebra, ahora los dos somos iguales», le dijo, y ella lo miró extrañada. «No sé a qué te refieres, amigo alacrán.» Entonces él se miró las patas y el aguijón, y vio que había vuelto a su forma original.

Dos

A diario Pangpang se comía una parte de su cuerpo. Alguien le había dicho que ésa era la mejor forma de alimentarse y Pangpang había hecho caso a alguien. Pangpang esperaba crecer mucho mediante este método, pero cada vez que se comía una parte de su cuerpo menguaba un poco. No lo entendía y buscó a alguien para preguntarle; sin embargo, el alguien que encontró no era el mismo que le había dado el consejo, así que Pangpang siguió comiéndose, ya por costumbre, hasta que desapareció.

Tres

Había una vez un joven gaoshar que quiso que sus historias se

escribieran en papel. Nadie lo tomaba en serio, pero él se empeñaba en repetir que eran excelentes y en que debían escribirse en papel. Un día oyó la voz de Dog, que lo llamaba para que fuera al templo. Una vez allí, le dijo que tenía una nueva misión para él: ya no contaría más historias, sino que giraría una pequeña manivela que emitía un sonido hermoso y monótono, así que el gaoshar pasó el resto de su vida girando la manivela. Cuando llegaba algún trinomio, le pedían riendo que les contara alguna historia, pero tenía las manos ocupadas y no podía. Algunos lo vieron llorar. Aunque a los mulai aquello les hacía gracia, la cosa era seria: como ese gaoshar aún estaba vivo, no se podía designar otro. Por suerte no tardó mucho en morir, girando y girando la manivela por gracia de Dog.

La nana

(No hay registros de que se cantara antes de Faida y Sheipa)

En una luna había un domo, en el domo había un scriptorium, en el scriptorium había un glifo que decía: «En una luna había un domo, en el domo había un scriptorium, en el scriptorium había un glifo que decía: “En una luna había un domo…”».

18

EL ARQUEÓLOGO

Diario personal del Dr. Cordovero
Año 160 d. C.

Día 368

Hoy me he fijado en que hace tres días cumplí un año entre los mulai.

Estoy trabajando en un experimento. Una de las fases de mi investigación incluía hablarles a los mulai de nosotros, de nuestra cultura, preparar el siguiente estadio de nuestras relaciones con ellos, una vez se decida cuál será. Empecé hará cosa de dos meses, pero comprendí que a los mulai les damos exactamente igual. Intenté explicarles que eso de lo que les hablaba era Dog, pero fue en vano. Entonces, el mes pasado, una tarde, después de pasar un rato escuchando al gaoshar, estaba hablando con Idri y me puse a divagar, sin darme cuenta, y a contarle una historia de la Gran Guerra, la historia del soldado sin nombre, pero sin contexto, sin decirle de qué se trataba. Observé que mi relato despertó en ella un gran interés, o al menos una gran atención, y al día siguiente la encontré repitiéndoselo a sus amigos (aunque tuve que corregir algunas imprecisiones).

Me puse a diseminar otras historias. Les gustan sobre todo las que contienen sorpresas, sorpresas que a nuestros escritores les parecerían burdas, y, cuanto más simples, mejor. Lo mismo les dan la ambientación o los personajes. Al principio pensé que los engañaba, que al codificar nuestra cultura en forma de historias incurría en una especie de propaganda. Pero esta última semana me he percatado de que eso no es verdad: no refieren mis relatos a ninguna realidad ulterior, no creen que haya un lugar donde todo eso ocurra. Solamente los repiten por el puro placer de hacerlo, modificándolos por el camino, hasta que llegan al gaoshar, que los trabaja y los expulsa de nuevo hacia la comunidad. Así, una y otra vez, hasta que quedan irreconocibles.

Día 372

El otro día me olvidé de contar que, debido a un fallo técnico en un grupo de módulos de agricultura, he vivido unas semanas de carestía con los mulai. No se plantearon retirarme la comida: nos limitamos a compartir el hambre. Un día le pregunté a un mulai que pastoreaba a los lobos que reparaban los módulos de agricultura por qué no nos comíamos los cadáveres. Se limitó a señalar a una de las composteras. Pensé en los yahoo, que se tocan la boca y la barriga para significar que los muertos también son alimento o que todo lo que comemos es, a la larga, carne humana. Me pregunté si yo les había hablado alguna vez de los yahoo, pero juraría que no.

Día 390

Ayer asistí a mi primer rito de los muertos.

Estaba aquí, en el scriptorium, y vi a lo lejos a un grupo que manipulaba una compostera. Me llamó la atención porque eran muchos y porque, si no me fallaba la memoria, esa compostera aún no estaba llena, así que me acerqué a mirar. No fui el único; pasaron unos quince minutos antes de que la comunidad al completo —incluso los loucú— estuviera allí reunida.

Dos mulai —esto me extrañó muchísimo— sacaron la compostera del canal que la unía al cagadero —el olor era muy fuerte— y se fueron. Todo el mundo esperaba en silencio. Unos minutos después, la pareja volvió cargando un cuerpo y lo metieron en el receptáculo, que volvieron a encajar en el cagadero. Pasado un rato, como respondiendo a una señal que yo no percibí, todos dijeron a la vez: «Faluo (el nombre del muerto) está desocupado». Inmediatamente después, la comunidad entera dio tres vueltas en sentido antihorario alrededor del cagadero. Luego pintamos de blanco a los compañeros de trinomio del muerto.

Idri ha venido y me ha dicho que esos dos nos han convocado. Seguiré escribiendo luego.

Día 391

Me equivoqué: al parecer, sólo había asistido a la mitad del rito de los muertos. Ayer, cuando Idri me llamó, fuimos al centro de la plaza, y los de blanco nos contaron lo que hizo Faluo hace tres días, cuando murió. Abundaron en detalles, nos relataron cada cosa anodina que había hecho, como pasar dos horas escuchando al gaoshar o trabajar en un módulo de cultivo concreto. Me hizo pensar en cuánta atención le prestan los mulai a alguien que creen que pronto morirá. Cuando terminaron de hablar nos pusimos en marcha y dedicamos el resto del día a repetir los movimientos de Faluo. Por eso no pude retomar la

escritura del diario. Las dos horas que pasamos escuchando al gaoshar en silencio fueron sobrecogedoras.

Día 392

Esta mañana he visto a Idri usar el cagadero en el que está enterrado Faluo. Le he preguntado si eso era una forma de honrarlo. No me ha entendido.

No vi a nadie llorar el otro día. Sí me parece que los de blanco —que siguen de blanco— están tristes. Pero es difícil saber si esa tristeza no la proyecto yo.

Aprovecho para contar que, hace unos días, un niño mulai se cayó. Se echó a llorar e Idri fue corriendo a beber sus lágrimas. Me pareció un gesto de ternura, pero tal vez sea una forma de ahorrar agua, o las dos. En ese momento entendí por qué había visto tantas veces a un mulai lamerle los ojos a otro.

Eso sí: no tengo idea de por qué lloran, más allá del dolor físico. Tampoco sé por qué ríen. Ciertas historias les hacen gracia, pero yo no logro encontrar nada humorístico en ellas. También se ríen cuando folian.

Día 422

Hoy he incumplido una de mis máximas, que consiste en intervenir lo menos posible en la vida mulai. Pero es que me han sacado de mis casillas. Aunque los lobos terminaron hace unos días de reparar los módulos, todavía no han crecido muchas verduras, y seguimos pasando hambre. Estamos en kalima, y el estado de ánimo de la comunidad se ve muy afectado por la estación, así que llevan unos días sumidos en la indolencia que los caracteriza. Bueno, pues hoy tenía hambre y no había nada listo para comer, así que he agarrado un tomate y me he dispuesto a morderlo. Hoddsa, un mulai que pasa mucho tiempo dedicado a la agricultura, ha venido corriendo a impedirlo. Me ha explicado, con mucha paciencia, que la fruta hay que deshidratarla antes de comérsela, y yo le he dicho que ya lo sé, pero que me da igual, que así me iba a sentar mejor. Él se ha empeñado en que eso no es verdad, ha dicho que me puedo envenenar con «tanta agua», que tengo que dejar que se evapore para que la recapten los módulos de reciclado de la humedad y nos la devuelvan purificada. No le he hecho caso y me he llevado el tomate a la boca, pero me ha mirado con tal asco, con tal pánico, que he gritado de la rabia y he dejado el fruto donde estaba.

Tengo hambre.

Ah, por cierto, a los de blanco los despintaron hace unos días, cuando se cumplieron dos lunas chicas de la muerte de Faluo. Y hoy

es Año Nuevo.

Día 424

Me pregunto si mi relación con Idri no va a resultar problemática. No puedo negar que es la mulai a la que le tengo más cariño; estamos estableciendo una especie de vínculo padre—hija que no tiene sentido en la comunidad (al menos yo lo estoy estableciendo, ella no sé). Aquí no hay madres ni padres: a los recién nacidos se los nombra y pasan a formar parte del grupo. Quien da a luz escoge el nombre entre los que hay disponibles, pero hasta ahí llega el vínculo materno. Al principio pensé que la lactancia lo alargaría, pero casi no la practican.

Una curiosidad: según aprendo el mulai, voy descubriendo que la mayoría de los nombres significan cosas malas, tipo «desgracia», «enfermedad grave», «error irreparable», «tristeza incurable», etcétera. Me parece que esto puede venir de una antigua costumbre china, pero también puede ser que provenga de lo que pone a la entrada del templo: «Future | 未来 | Будущее | مستقبل | 미래». El otro día, le pregunté a una mulai el porqué de esa tradición, y me explicó, con muchísimos detalles técnicos y una enorme seriedad, que la radiación ionizante se refracta, que se «comba» en los nombres antes de pasar a las personas, y que por eso la gente se llama así. Me sentí como en una clase de física y me eché a reír a carcajadas. Ella no entendía de qué me reía y eso hacía que me riera aún más. Al final me dejó solo, supongo que para que pudiera reírme tranquilo.

19

FAIDA

Circa *año 154 d. C.*

«Hoy, mientras traducía la ciudad de Zaira, he decidido que algún día la visitaré. El parecido con mi nombre no puede ser casual, lo mismo que no lo es el que une a *aire* con viento.[11] Marco Polo parece fascinado al decirle al Kan que sólo podría dar cuenta de Zaira a través de la descripción de sus pesos, sus medidas, sus texturas, sus temperaturas. Sin duda hay matices del texto que yo no percibo: ¿qué puede haber de sorprendente en eso? Más incomprensible aún es el caso de Ersilia, ciudad análoga a Zaira pero en la que las relaciones se materializan en hilos que unen las cosas. Según Marco Polo, cuando los ciudadanos ya no podían vivir entre hilos, se llevaban Ersilia a otra parte y en el lugar donde estaba sólo quedaba un gigantesco entramado de relaciones. La idea es absurda: o bien Marco Polo era idiota o su relato pertenece a aquello que los otros llaman *humor*. No es posible llevarse las cosas de un lugar dejando allí las relaciones; es el trenzado de las relaciones lo que produce las cosas. Ersilia no era lo que se llevaban: era lo que dejaban.»

* * *

Faida traducía y vagaba por el templo, y en realidad ambas cosas eran la misma. Llevaba días sintiendo que estaba a punto de terminar, pero no terminaba: siempre había algún adjetivo que repasar, alguna palabra de la que dudaba: *amigo, campanario, viaje.*

Una noche, se estaba masturbando en una de las camas y al doblar su cuerpo notó algo duro bajo los omóplatos. Se detuvo en el acto y levantó el colchón. No había nada o lo único que había era una rasgadura mal disimulada en la parte de abajo. Se apartó unos metros para mirar la escena y confirmó que era la misma cama en la que había encontrado, hacía ya tanto, el libro. Abrió el colchón y dentro halló un instrumento pequeño, metálico, alargado. Supo de inmediato

que era una llave.

* * *

«Me sorprende que Fedora no me llamara la atención en la primera lectura, ni en la segunda, ni en ninguna. Es una ciudad mal diseñada en cuyo centro hay una cúpula de cristal llena de pequeñas cúpulas de cristal en las que hay otras Redoras. Al narrador le gustan esos juegos: en cada una de esas Redoras, a su vez, hay otra cúpula, etcétera. Quien la construyó no fue capaz de entender que, si una semiesfera encierra esferas, cada una de ellas debe *ser*, de hecho, otra Fedora, es decir: el problema es que el domo esté en el centro de la ciudad, que no sea la propia ciudad, que no sea el mundo con su bóveda celeste, que no sea todo.»

* * *

En la cámara principal del templo, junto a la cristalera grande que dejaba ver el exterior, enfrentado a los sillones, había un pequeño baúl con una abertura. Raída no le había prestado mucha atención; por más que Dog fueran un misterio para ella, ya tenía bastante con comprender los rasgos elementales de su cultura. Los pasillos, por ejemplo. O los váteres opacos, en los que la mierda desaparece y nadie sabe adonde va. O las puertas, esos instrumentos que dividen el mundo con una banalidad terrorífica, a cada rato repartiendo los adentros y los afueras y los adentros de los adentros y los afueras de los adentros y de otros afueras. «Dog está obsesionado con los límites», pensaba. Con las diferencias.

Introdujo la llave y abrió el baúl. No entendió lo que había en su interior. Tenía luces y botones, pero lo cierto es que a Dog debían de encantarle los botones y las luces, porque las ponían por todas partes. Toqueteó al azar y, al darle a una palanquita, sintió el temblor de algo que se movía muy despacio fuera del templo. Trató de asomarse por la cristalera, pero el ángulo no le alcanzaba para ver. Cuando salió, lo que se movía ya se había detenido y no advirtió que nada hubiera cambiado de lugar. Rodeó el templo y vio que una de las piezas anexas se había reorientado. Nada más.

Volvió a entrar y observó que se habían encendido algunas luces en el panel bajo la cristalera. Tocó otros botones, pero no ocurrió nada.

Se desesperó. Había empezado a odiar a Dog por no responder a una pregunta que ni siquiera había sido formulada. Recordó la primera revelación de Fluke: «Dog existe. En ocasiones agradecemos

algo que nadie ha hecho; el objeto de ese agradecimiento es Dog». Se preguntó si Dog no sería más bien el objeto de las súplicas que ni siquiera pronunciamos.

En el baúl encontró, junto al aparato principal, una pequeña vara que se ensanchaba en un extremo y se volvía negra. Era lo único que no estaba unido al resto de la estructura y parpadeaba con su propia luz. La tomó en sus manos como se toman las cosas sagradas, despacio y apartándolas un poco, y pulsó el único botón que vio en ella.

No pasó nada.

* * *

«Quizá Moriana se hizo pensando en mejorar Fedora. Como aquélla, ésta es también semicircular, pero el viajero descubre que en el reverso hay otra Moriana que completa la esfera y en la que vive todo lo que sus habitantes consideran negativo. A su vez, Eusapia perfecciona a Moriana, ya que no relega a la segunda ciudad aquello que es malo, sino a los muertos. Si consigo volver al domo, debo comprobar si continúa por abajo; si no, lector, completa tú mi tarea.»

«Fue un arrebato de furia, y no una idea premeditada, lo que la movió a huir del templo. Ni siquiera se llevó comida. Viajó por los domillos y se percató de que durante su encierro se había familiarizado con los instrumentos de Dog de un modo extraño. No los entendía y en el templo no había llegado a usar nada más complejo que la cama o las botellas de agua, y sin embargo algo de Dog la había impregnado, una lógica, una forma de habitar las cosas. Comprendió que tenía razón, que los domillos no eran como las piedras ni los montículos porque con las piedras y los montículos no era capaz de entenderse (“Aunque —dudó— quizá alguien sí sea capaz. Quizá el gaoshar.”); que los lobos no eran como las serpientes ni los alacranes; que algunas cosas respondían a un lenguaje secreto que ahora ella podía balbucear. Tocaba aquí o allá, agitaba la vara y las puertas se abrían para mostrar grandes reservas de víveres y de lobos dormidos. Puertas.

Dentro. Fuera. Diferencias.

»Supo enseguida que los lobos también eran criaturas de Dog. Tendría que escribir un anexo para su tratado. Pero no sabía cómo volver al templo.

»Caminó hasta perder la noción del tiempo. Aquel sentimiento nuevo que la perseguía al menos desde el día del matrinomio de Sheipa tomó el control de su cuerpo. Iba a morir. Iba a morir y todo su trabajo se perdería. Se reía o lloraba sin saber por qué y sin nadie que le lamiera las lágrimas. Empezó a acusar la soledad de un modo

inédito: ya no necesitaba a los otros para saber quién era, sino para contarle a alguien (le habría valido un solo mulai dispuesto) lo que sabía, es decir, para convertir, siquiera un poco, a alguien en ella misma.»

* * *

«Laudomia es una ciudad, pero en realidad son tres: en un domo la de los vivos, en otro la de los muertos, en otro la de los no nacidos. El viajero razona que esta última debe de estar atestada y utiliza una palabra peculiar que ya he encontrado varias veces antes: *infinito*. No sé por qué el viajero da por hecho que los laudomios seguirán reproduciéndose siempre y no, simplemente, que algún día se extinguirán, como se extingue todo. Esta idea de la reproducción eterna es una necedad de los otros que los mulai no tenemos y que me cuesta mucho comprender.»

* * *

Una mañana o una tarde o una noche tuvo una revelación de orden geométrico. Vio el domo a lo lejos, su forma, sus luces. No sintió nostalgia, pero supo que el domo era el centro de algo, el mero corazón de la zona habitable.

Su primer impulso fue acercarse, contarlo todo. Pero irremediablemente supo que era absurdo. Lo que debía hacer era salir de la zona habitable. Ahora que conocía su centro la tarea era trivial. Sólo tenía que darle la espalda y caminar.

Fue sintiendo el frío gradualmente. Los mulai no están acostumbrados al frío; cuando la temperatura baja mucho, se encierran en el domo. Debía de ser la primera vez que uno se aventuraba tan lejos. Tampoco encontró las huellas inequívocas de la presencia brabat.

Iba descubriendo sensaciones nuevas. Primero la pérdida de sensibilidad, que combatía golpeándose las manos contra el pecho. Luego las lágrimas de hielo que le cuajaban en el vello del bigote. El traje del templo la aislaba bien, pero debía llevar al menos una mano en alto para sostener la vara que —creía— le indicaba el camino. Deducía de lo que había leído en el scriptorium que el paso de la zona habitable a la muerta sería brusco, como una de las puertas de Dog, pero se equivocaba: era gradual y paradójico. El frío era cada vez más intenso y al mismo tiempo quemaba. En un momento dado, miró hacia arriba, vio el orbital y recitó los seis cantos mulai con la firme convicción de que no la salvarían de nada.

Llegó el momento en que dejó de ver culebras. Poco después los alacranes también desaparecieron y finalmente se fueron las plantas. ¿Cuánto faltaba? ¿Era eso la zona muerta? ¿Iba a morir? ¿Había muerto ya?

Los ciclos solares empezaron a confundirse. Faida hablaba sola. Tenía conversaciones con nadie o con la vara y, cuando finalmente supo lo que estaba ocurriendo, esas conversaciones pasaron a ser las únicas balizas que le permitían seguir el curso del tiempo. Había empezado a entender o a vislumbrar qué era aquella vara. De nuevo tenía un motivo para no morir que iba más allá del absurdo culto mulai a la vida. No creía que fuera capaz de llegar al templo y ni siquiera sabía dónde estaba, pero debía intentarlo.

* * *

«Pasear por la ciudad de Tamara debió de ser para Marco Polo como leer un texto inconmensurable. En ella las cosas no son cosas sino símbolos de sí mismas, símbolos de sus funciones. En rigor, el viajero la abandona sin haberla visitado y, cuando sale, ve otros símbolos en las nubes, las sombras y las montañas. Quizá sea en la descripción de esta ciudad donde mejor se pueda atisbar la forma de pensar de los otros, que aún estoy muy lejos de entender.»

* * *

Llegó, malherida, una tarde calurosa. A través de los rayos de sol verticales vio a una mulai solitaria que la esperaba apoyada en el umbral. Trató de enfocar la mirada: parecía que portaba. Pensó que lo que veía no era real o que pertenecía a una realidad nueva. O que en el mundo de Dog suceden cosas maravillosas. O que había tenido razón al pensar que ya estaba muerta, y se dejó ir, se desmayó.

20

EL ARQUEÓLOGO

Informe del doctor Nahum Cordonero (editado)
Encargado en el año 759 d. C.
Desclasificado en el año 183 d. C.

La mayoría de las veces, las habitaciones oscuras se usan para follar, para guarecerse en sif o para los enfermos. Pero no siempre: hay una extraña clase de mulai, los loucú, que un día abandonan su trinomio sin motivo aparente y empiezan a salir por leña o a buscar pedazos de chapa y se construyen un habitáculo en el que se encierran. Dejan de hablar y de trabajar casi por completo, pero, mientras no se descubra que escriben a solas, la comunidad los acepta.

La conversión a brabat ocurre de un modo totalmente distinto: casi siempre son mulai que se han perdido en la travesía los que acaban siendo brabat. En cualquier caso, no pude estudiarlos tanto como me habría gustado, ya que me aterrorizaba la posibilidad de convertirme en uno si pasaba demasiado tiempo con ellos. Sí pude saber que han perdido el habla[12] y que frecuentan la repugnante costumbre del sexo vaginal. El lenguaje los llena de pavor, así que casi nunca atacan en la travesía. No quiero transmitir con esto la idea de que sean idiotas; de hecho, son los únicos que han logrado dominar la tecnología de los domillos.

Los mulai no se plantean crear otros asentamientos. Oscilan con rapidez entre dos formas de habitar: el nomadismo y el domo. He percibido un cambio brusco en su carácter cuando abandonan la cúpula; se vuelven más secos, se confunden con el ambiente. Los brabat son mulai que han abandonado el domo no ya como lugar físico, sino como centro de gravedad. Lo que hace especial a Faida es que logró crear una suerte de zona intermedia entre esos dos espacios, por más que ésta fuera un lugar que sólo existe en el lenguaje.

Los brabat no constituyen una comunidad. Viven esparcidos por los domillos o por algunos refugios caseros similares a los de los loucú. Se juntan sólo para copular y a veces se ve a alguno caminar con un

niño, al que supongo que abandonan cuando llega a la edad adulta. Son supervivientes. A veces se atacan y se comen los unos a los otros, e incluso comen serpientes y alacranes.[13] No conocen el cultivo, pero sí ciertas formas rudimentarias de ganadería.

21

FLUKE

Año 0 d. C.
Traducción de un texto de Faida[14]

«Al doblar la colina, la viajera se encuentra ante el templo. El casco es de metal y varias torres lo rodean. Algunas yacen semienterradas en la arena. La viajera desciende por el camino entre las colinas, casi muerta, con grandes quemaduras solares, apabullada por la inmensa belleza de la estructura, y lee por primera vez en su vida la inscripción sagrada cuyo código su gente olvidó mucho tiempo atrás, pero cuyo sonido y significado permanecen en su memoria colectiva: *mulai*, "el árbol viene", junto a unos glifos ya olvidados e indescifrables pero aún legibles (aunque el viento y la arena hubieran desdibujado uno de los caracteres):

Future 未来 Будущее مستقبل 미래

»La viajera se pregunta qué relación hay entre el templo y Dog. La pregunta no tiene respuesta o ella no la encuentra, maltrecha y confusa como está, pero ese lugar acumula o sirve para acumular una gran cantidad de radiación ionizante. En el cielo, el orbital parece mirarla desafiante, emite rayos que la hieren. Le arden las tascas y la boca. Apenas puede mover los labios y le duelen los ojos, no sabe si por la visión del templo.

»Al cruzar la entrada siente alivio. Dentro se proyectan rectángulos de luz roja, pero el sol entra filtrado y hace mucho menos calor que en el exterior. La viajera recorre las cámaras sucesivas, tanteando la pared izquierda como si leyera. Ha dejado de grabarse el recorrido en el vientre. La asalta una idea peculiar: tal vez el templo sea más grande por dentro que por fuera. No sabe qué significa.

»Finalmente llega a una cámara en la que encuentra un trono que se parece al de reproducción (no lo es). Una voz se abre paso: extrañamente, parece hablarle en la lengua de los mulai, sin embargo,

no entiende lo que dice. Piensa: “Es mi idioma, pero los sonidos se han desordenado”. Constata que esa frase tiene sentido en su mente y eso la reconforta.

»Algunas partes del trono empiezan a brillar y a pitar. A los lados hay unas plataformas con sendas bridas y la viajera, como guiada por una mano invisible —es claro que no sin la intervención de la radiación ionizante— se recuesta en el trono, que la reconoce y la acepta. Las bridas se cierran y la viajera siente que algo punzante penetra en su antebrazo. El trono parece explotar de júbilo en su presencia, como si la hubiera esperado durante largos años: sonidos, colores y el constante ir y venir de instrumentos así lo atestiguan. La viajera también siente alegría y no sabe muy bien por qué. La puerta de la cámara se cierra y la temperatura comienza a descender. Se deja llevar por el cansancio y termina por quedarse dormida.

[…]

»Los primeros días de Fluke en el templo fueron para el reconocimiento y la reparación. Cuando despertó, ya no sentía hambre ni sed ni dolor y agradeció con un gesto que algún día pasaría a formar parte de las costumbres mulai: apretándose el antebrazo izquierdo —donde el trono la había aguijoneado— con la mano derecha.

»Nunca supo cuánto tiempo pasó en el templo. Hay quienes hablan de docenas de lunas, otros de centenares o incluso de miles. Menos dudas hay sobre lo que hizo allí, ya que después lo narró y otros los escribieron o lo repitieron de viva voz.

»Se deshizo de lo que quedaba de su ropa tras la travesía y se cubrió con lo que encontró en las cámaras más próximas al centro espiritual del templo: el salón de mandos. Supo que eran prendas de vestir porque —si bien le iban algo pequeñas— se adaptaban a sus extremidades: los agujeros de los brazos, las piernas y la cabeza. Encontró muchos equipos idénticos, cómodos y resistentes, y resolvió llevarlos consigo de regreso al domo.

»En algún momento hubo de verse reflejada en alguno de los muchos espejos del templo y la tristeza debió de embargarla cuando observó la marca indeleble de una quemadura que le historiaba la cara. “A partir de ahora —habrá pensado—, cualquiera podrá reconocerme de inmediato en un grupo de mulai.”

»No debió de tardar mucho en encontrar bebida y alimento. Unos cilindros de agua encerrada que bebió con avidez, latas y multitud de bolsas de comida deshidratada le salvaron la vida.

»Cuando estuvo lista, reparó los asesinatos que había cometido.

Vertió agua y comida en los arbustos. No conocía el precio exacto de la vida, así que ofrendó una cantidad enorme de ambas cosas. Con todo, no llegó a sentirse en paz.

»Cada vez que cruzaba ante la cámara del módulo de reproducción, cerraba los ojos con fuerza y pasaba de largo. Le inspiraba un terror arcano y también deseo, pero sabía que no podía acceder sin su trinomio.

»Es probable que en algún momento se encontrara con otros mulai. Tal vez hablaron o tal vez la ignoraron. Es casi seguro que Fluke les ofreció agua y comida, y que ellos se alejaron con un terror reverencial.

»Un día encontró, medio oculto, un cilindro opaco lleno de una bebida picante y dulce, más dulce que nada que hubiera probado, más incluso que la fruta deshidratada. Pasó eufórica el resto del día.

»El descubrimiento del parlante le franqueó el regreso al domo. Debió de ser gradual. Un día salió a explorar, a limpiar el templo o a disfrutar de ma y lo encontró, casi enterrado por la arena. No supo que se movía ni qué era hasta muchas lunas después.

»En el templo tenía todo lo que podía desear salvo una cosa, lo más importante para un mulai: compañía. Echaba de menos escribir y no se atrevía a hacerlo sola o no le apetecía. También extrañaba las comidas en grupo y follar y las charlas y los bailes, los ritos y el compostaje, la tala o el cuidado de las plantas. Podemos conjeturar que sintió alivio el día que, tal vez aburrida, toqueteó al azar las rugosidades del parlante, pulsó, lamió y desplazó hasta que una voz emergió de aquél, una voz que le hablaba en una lengua desconocida pero extrañamente similar a la que había oído en el trono sanador y que parecía urgiría a algo que no lograba descifrar. Apenas entendía algunos nexos y palabras como *domo, radiación* y un imperativo: *respondan*. Fluke supo que aquello era una prueba y que descifrarlo supondría encontrar el camino para convocar la radiación ionizante y recuperar los containers. No sabía si era Dog quien hablaba, pero sabía que tenía algo que ver con él. Por primera vez sentía compañía sin tener un mulai al lado.

»Fluke empezó a pasar casi todo el día en la cámara del parlante. Probaba cada botón, cada palanca, y un día la voz desapareció. Presa del pánico, trató de deshacer sus movimientos hasta que regresó como un manantial. En ese momento sonaba uno de los seis ciclos que había logrado reconocer: una melodía con cierto ritmo lejanamente similar a la música mulai.

»Decidió explorar el resto de la cámara y dejar de tocar el aparato. Alguno de los muchos días que pasó allí logró que la estructura se moviera. No sabía qué había sucedido e interpretó que había logrado transmitirle una gran cantidad de radiación ionizante. Ya no pudo

detenerla y por suerte descubrió a tiempo que un volante guiaba el movimiento. La embargó la euforia: iba imitando la musiquilla y jugando a conversar con las voces del parlante al tiempo que manejaba. “En cuanto sepa cómo parar esto —pensaba—, volveré al templo y recogeré los trajes y los víveres.”

»Tres días después llegó, para sorpresa de todos, al domo.»

22

EL ARQUEÓLOGO

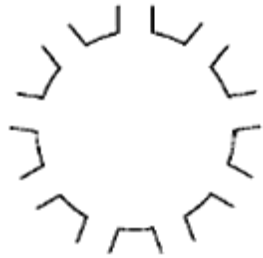
Informe del doctor Nahum Cordonero (editado)
Encargado en el año 759 *d. C.*
Desclasificado en el año 183 d. C.

Empecé a elaborar una gramática con un propósito didáctico, no para incluirla en este informe. Una tarde me senté con un mulai que frecuentaba el scriptorium y le mostré mi sistema. Le enseñé mi clasificación por radicales y no la entendió; para él un radical no tenía un significado hasta que no se ponía en relación con otros. Me recordó a los diccionarios de chino, en los que es común buscar un carácter, pongamos 发 (fá), y encontrar definiciones —por llamarlas de alguna manera— como la que sigue: «Enviar, emitir, remitir, dar, disparar, pronunciar, expresar, traer a la existencia, llegar a la existencia, generar, germinar, convertirse en, llegar a ser, [referido a la comida] crecer o expandirse cuando se humedece, desarrollar, expandir, abrirse a, exponerse, sentir, tener un presentimiento, comenzar, poner en marcha, hacerse rico, hacer fortuna, mostrar lo que uno siente». Los glifos mulai son aún más plásticos. Partiendo de esa inconsistencia, me resultó imposible explicarle a mi interlocutor lo que significaba *significar*. Le mostraba glifos y no los entendía si no estaban dentro de un sistema más amplio, lo que vale por decir que la lengua mulai carece de una unidad mínima. Todo sistema lingüístico es una forma de empobrecimiento; comprendí que, en el caso de la escritura glífica, lo que se pierde es tanto que no existe el peligro de que se anquilose. Por eso, lo que presentaré a continuación no debe entenderse sino como una torpe aproximación, una traducción a nuestra forma de ver el mundo de lo que en realidad es una danza compleja y bellísima que sólo se puede entender con el cuerpo, sólo siendo mulai y sólo mientras se es mulai; por eso la lengua de signos es, para ellos, la forma lingüística más perfecta, porque en ella se mezclan oralidad y escritura como en ningún otro lugar.

Hay que empezar por aclarar algo: para nosotros, la función

principal de cualquier lengua es la comunicación. Esto no es cierto en el caso de los mulai: la función principal de su lengua es la propia lengua.

Según mi caracterización, el sistema mulai se compone de glifos de nueve secciones que se encadenan. Dichas secciones, cuando no tienen un radical, no se escriben, es decir, la circunferencia queda plana. Así sería un círculo mulai ideal en el que no se ha escrito nada:



Para leer hay que recorrer el laberinto con la mano izquierda. Se comienza a leer desde lo que he llamado *radical m*, un triángulo invertido, y se sigue en sentido horario. Recordemos el glifo para *escritor*.

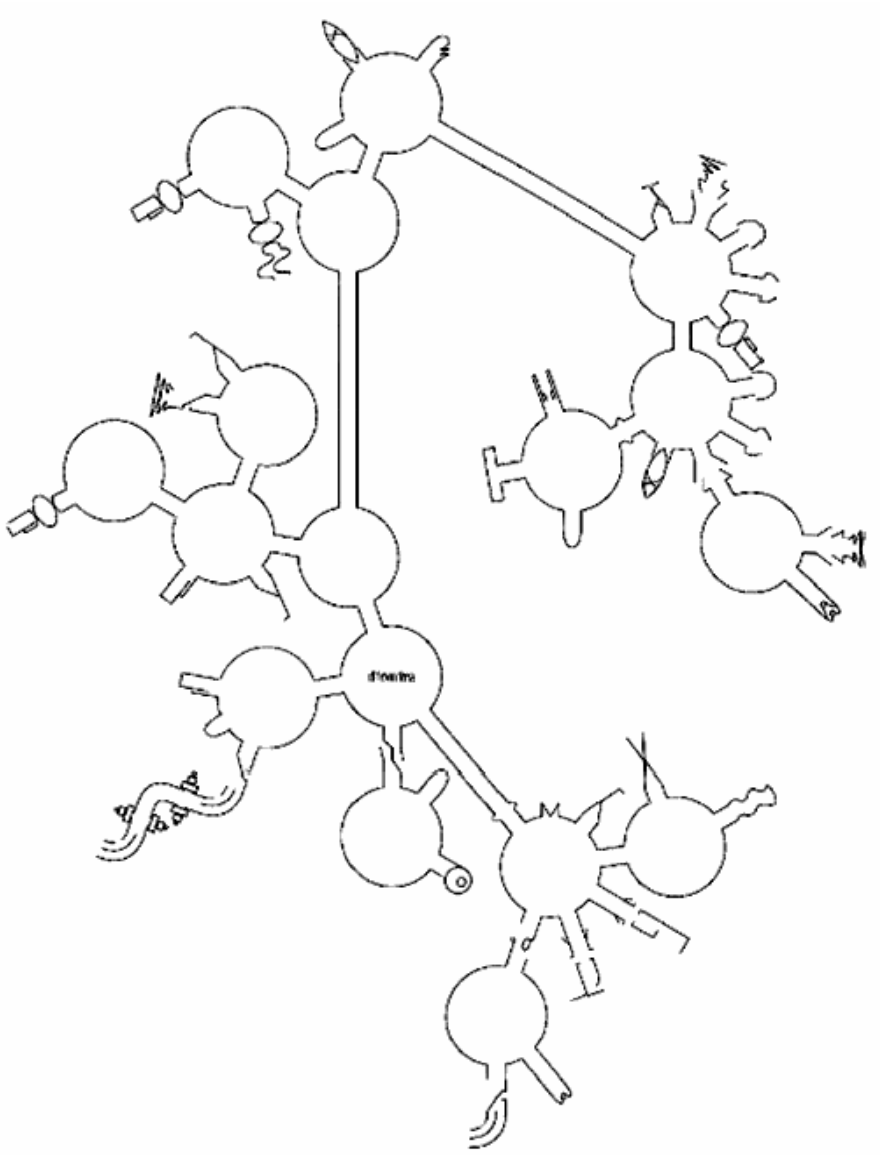
De forma alternativa, los nexos indican algo que se es, algo que se hace, algo que se es… sucesivamente. El esquema, por lo tanto, sería M - S - H - S - H - S - H - S - H, es decir «glifo m, ser, hacer, ser, hacer…». En el glifo de *escritor* habría, según mi sistema, cuatro radicales:

: comienzo del glifo.
: mulai | persona.
: hacer algo con las manos | gesticular | escribir en el aire.
: domo | casa | ciudad | refugio.

El escritor sería «el mulai que hace la casa», pero *mulai* se refiere en general a cualquier persona en este caso; *hacer* es concretamente

fabricar, tallar, enhebrar algo con las manos; *casa* se puede entender como «hogar» (aunque desconocen el concepto) o como un habitáculo material.

Otro ejemplo: el primer párrafo de la traducción de Faida es el siguiente.



El párrafo, por supuesto, está recortado; en la traducción de Faida cada capítulo del libro original se expresa con un solo glifo inmenso.

Basta observar la arquitectura del pasaje para darse cuenta de que la clasificación que he descrito es insuficiente. Por ejemplo: el glifo de

inicio (m) muchas veces se omite, sobre todo en poesía (de hecho, en estos ejemplos lo he añadido yo). Las razones son principalmente dos: la primera, que un mulai decida que es mejor que su texto se pueda empezar a leer por cualquier parte; la segunda, que la mayoría de las veces los mulai no leen de forma sucesiva, sino simultánea. Cerca del scriptorium, amarrada a los salientes de la cúpula por los dos extremos, hay una larguísima cuerda. Es el *legetorium*, el lugar donde los mulai tienden sus textos y los miran, a veces durante un segundo y a veces durante horas, para descifrarlos o para disfrutarlos.

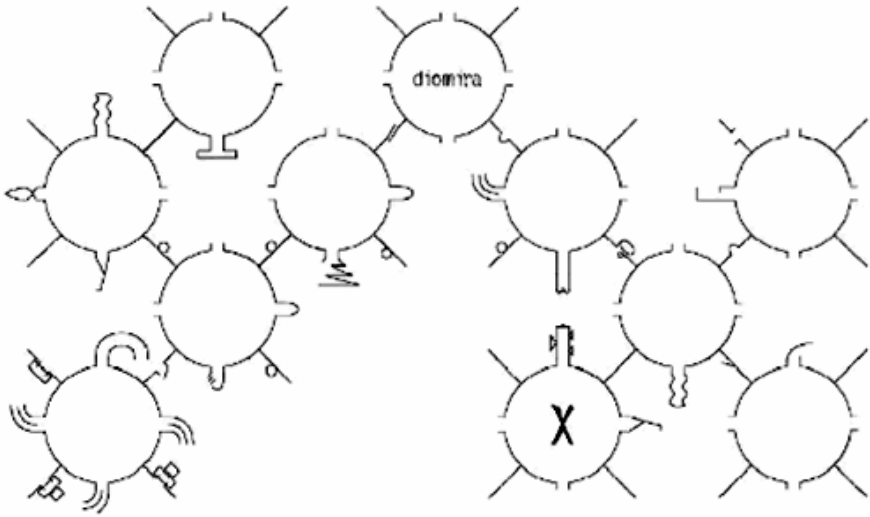
Además, algunos nexos operan variaciones en la lógica m - s - h… Normalmente son complementos circunstanciales, pero la variedad es inmensa. En general, sólo si el nexo tiene la base plana (| |) indicará o algo que se es o algo que se hace. Yo he consignado algunos nexos en una suerte de diccionario, pero también he observado que los mulai los deforman a voluntad; sólo cuando uno se abandona a las corrientes submarinas de su lengua puede leer sus textos.

Además, cabe señalar que entre los mulai no opera el concepto de sinónimo. El glifo que he mostrado para *escritor*, por ejemplo, sería equivalente a muchos otros, que a veces muestran una ligera variación («persona que hace la casa todas las tardes bajo la tenue luz del atardecer») y a veces son radicalmente distintos y sorprendentemente iguales («persona que mueve la mano sobre un papel»). El significado estaría nadando en algún punto de ese magma de palabras. Y sólo sabemos que son el mismo glifo porque, las pocas veces que leen en voz alta, siempre lo pronuncian *sucha*. Como he dicho, entre los mulai es la lengua oral la que fija la escrita: no al revés.

No sé qué hace que un mulai se decante por un glifo o por otro. En las pocas ocasiones en que me atreví a escribir en su lengua, me guié por la estética o por la adecuación al significado, y mis textos terminaban por ser una cosa seca, muerta. Cada vez que les preguntaba, me decían que ellos no elegían, que se dejaban llevar por el lenguaje, y sin embargo cada texto mulai posee una estructura única. Algunas veces llegué a pensar que, en su desdiferenciación, en esa corriente líquida en la que todos los mulai flotan juntos, hay formas de individuación —siquiera instantánea— mucho más radicales que las nuestras, que ponemos al individuo en el centro de nuestra identidad.

Hay muchas más variaciones. Los mulai que tienen dificultades para escribir (por ejemplo, los niños) a veces añaden números minúsculos que señalan el orden de lectura. También he encontrado formas, digamos, primitivas de escritura. En los primeros textos mulai el esquema era mucho más complejo. Había cuatro nexos principales y cuatro secundarios, y sus funciones eran del tipo «algo que es», «algo que no es», «algo que hace», «algo que no hace», etcétera, y el glifo

inicial se indicaba con una x. Lo que los nexos predicaban, entonces, variaba a cada paso. El párrafo anterior, por ejemplo, se habría escrito así:



La lengua mulai no respeta el principio de economía; evolucionó de una forma compacta y planificada a otra que nos resulta más caótica pero que, cuando se conoce, es mucho más hermosa y productiva. Por supuesto, es dada a lo que nosotros llamamos *malentendidos*. Cuando les pregunté si esto les preocupaba, me dijeron que el malentendido es precisamente aquello que nos permite comunicarnos. En ese momento creí comprender lo que querían decir.

El hecho de que los textos mulai nunca vayan fechados ni firmados hace que sus variaciones resulten apabullantes para quien desea aprender a leerlos. Sin embargo, las modulaciones más complejas son repentinas: un mulai está escribiendo un texto y dibuja una palabra de un modo completamente nuevo, e inmediatamente esa palabra se incorpora al léxico de la comunidad. Estudiando su lengua, he aprendido que las palabras son pequeños moldes que ponemos sobre la experiencia del mundo, y que la forma exacta de esos moldes es crucial. Así, los mulai conocen emociones que soy incapaz de traducir e ignoran muchas de las que nosotros sentimos a diario.

Para ahondar en el conocimiento de la lengua mulai se pueden consultar varios estudios de la bibliografía que acompaña a este informe. Incluso se ha instituido una disciplina, la paleolingüística mulai,[15] que ya ha dado algunos resultados de interés. No me extenderé más; cierro este capítulo con una última observación.

En la lengua mulai hay dos formas de hablar del verde. Por un

lado, para el color de las plantas de sus viveros utilizan una palabra que se suele representar con un glifo compuesto por dos colores, azul y amarillo. Sin embargo, no saben que las hojas de su *árbol* mitológico son precisamente de ese verde, sino que creen que son de un color que nadie ha visto nunca. No se trata de un color inaccesible a la experiencia; simplemente es un color que está por descubrirse. El nombre de ese color es *yloni*, y su glifo nunca se escribe fuera de la estructura que más repiten: «el árbol viene».

23

SHEIPA

Circa *año 154 d. C.*

Las primeras tres jornadas fueron duras y tranquilas, predecibles. Sheipa no podía sacarse de la cabeza la idea de que su pequeño error, su mala observancia de los ritos mulai, le costaría lo que tanto había deseado, pero, al comprobar que kalima no remitía, que —a pesar del polvo que lo cubría todo— tanto la humedad como la temperatura eran soportables, empezó a tranquilizarse. Al amanecer del cuarto día, tras asomarse desde el domillo en el que habían hecho noche y comprobar que había llegado ma, todas sus dudas se disiparon. Tomó un poco de agua en suspensión. Sabía a barro. Sheipa agradeció a Dog y se agarró el antebrazo izquierdo con la mano derecha.

En un cruce entre dos senderos Doren se detuvo en seco. Le pareció oír algo y preparó el bastón defensivo en posición de aplastar alacranes. Apenas se veían entre ellos a través de la neblina. No pudo detener el primer ataque. Un brabat se abalanzó sobre él, se montó en su espalda y comenzó a golpearle las sienes con el puño como si quisiera cascarlo. Doren se giró y otro se le abalanzó contra las rodillas trabándole los pies. Sheipa apenas veía sombras que giraban en la niebla. Quiso hablar o gritar, pero no pudo. Eran seis brabat y supo que, más allá de la superioridad numérica, la cifra era un mal augurio. Tres más tres. Calta consiguió noquear a uno con el bastón, pero los demás lo redujeron. Sheipa sabía que cualquier acto violento («La violencia es la antesala del fin del culto a la vida como la rampa de acceso al templo es la antesala de su reproducción») haría que perdiera toda la radiación ionizante y no pudiera portar, así que se clavó de hinojos en el suelo y rezó en silencio los seis ciclos mientras veía cómo asesinaban a sus compañeros de trinomio y los cuarteaban, bocales incluidas, para comérselos.

Cuando terminaron, la rodearon a ella. Sentían, lo sabía, horror y fascinación ante la novia. Discutían sin emitir sonido alguno. «Carecen de lenguaje», pensó, y se percató de que temían sus ropas de gala, el

rito de la fecundación y todo lo que ella representaba en ese momento, que es como decir que temían su dimensión simbólica. Resolvió seguir rezando en voz alta. Funcionó: ampliaron la distancia unos pasos más. Todo en aquella situación era nuevo: los brabat casi nunca se aventuraban por los cerros y evitaban a toda costa atacar a los mulai. Normalmente se conformaban con sus alacranes y sus culebras.

De uno en uno se fueron marchando con la ración de carne que les correspondía. En los ojos del último, Sheipa vio un ansia. Iba describiendo círculos concéntricos cada vez más cerrados a su alrededor. Se imaginó la situación desde el cielo: la espiral que hacía el brabat, el montón de carne y, en el centro, ella, y advirtió la similitud con el glifo de *peligro*. Acarició su ropa, que era lo único que podía protegerla del otro. Cuando el brabat estuvo muy cerca, Sheipa se incorporó y empezó a caminar hacia atrás. Él, como si hubiera recibido una orden, se abalanzó sobre ella. En su cara había terror; probablemente pensara que ambos echarían a arder al tocarse. En el momento del contacto sus miedos fueron uno solo, aunque uno nacía del sonido y el otro del silencio. Sheipa no luchó, no quiso luchar ni siquiera cuando el brabat la condujo, de forma casi gentil, hasta uno de los domillos exteriores que había decorado con palos, telas, huesos y pieles de culebra.

24

EL ARQUEÓLOGO

Diario personal del Dr. Cordonero
Año 163/164 d. C.

Día 1513

Había olvidado este diario. Llevo más de cuatro años entre los mulai. He tratado de agregar un capítulo al informe para explicar qué es para ellos la vida. He fracasado y he buscado este diario para consignar en el él mi fracaso.

Día 1513 (noche)

Todo lo vivo —y para los mulai una hoja que se mece al viento es una cosa viva— está engranado en una misma línea, el sistema circulatorio del mundo, que va a dar a «el árbol» (Dog no está vivo). Luchamos por sobrevivir y respetamos la lucha de los otros. Evitamos matar a toda costa.

Día 1517

Me acabo de dar cuenta, al retomar este diario, de que hablé en primera persona en la entrada anterior. En lo que sigue trataré de evitar esos excesos.

Ayer le pregunté a Kllalla qué haríamos ante una invasión. Me contó la historia de Yzur, un mono (quién sabe qué será para ella un mono) que fingía que no sabía hablar para que no lo obligaran a trabajar. No sé qué quiso decirme, pero entiendo que nos dejaríamos matar y ya, que así respetaríamos la vida, venerando nuestra propia precariedad. La vida de un mulai no es suya, porque la vida ni siquiera es, apenas está. Y ese pequeño desplazamiento, me parece, hace imposible la idea de propiedad.

Día 1518

Ultimamente vengo pensando en la relación de los mulai con la tecnología. Es parte orgánica de la vida; por ejemplo, el parlante nos enseña los seis cánticos con los que atraemos la radiación ionizante. Cuando arrancamos una fruta o una verdura, le pedimos perdón y entonamos el canto número tres, que son unas instrucciones elementales sobre cómo se usa una radio. Los mulai, claro, no saben eso, pero disfrutan del balbuceo.

Día 1531

Hoy he participado en la fabricación de abalorios. Me ha enseñado Idri. Hemos tallado madera, piedra y metal para hacer collares. A nuestro lado, tres mulai preparaban tinta para los tatuajes y otros tres unas pomadas que utilizamos como maquillaje. Digo *maquillaje*, pero en rigor los mulai, al maquillarse, se desmaquillan: en lugar de acentuar sus rasgos, los difuminan. En mis primeros bocetos, yo los dibujaba a todos prácticamente iguales. Cuesta creerlo, pero sólo con el tiempo y una observación muy activa he podido discernir que tienen diferente color de pelo, de ojos…, algo que se debe a la variabilidad genética del módulo de reproducción. Pero si no me fijo, es como si viera a un solo mulai repetido. Me pregunto cómo me verán ellos a mí.

Día 1533

Se me ha ocurrido una idea. Cuando la primera misión llegó aquí, sus participantes traían aparatos que sólo funcionaban con una conexión a internet. Una vez que los mulai fueron ya mulai, debieron de sorprenderse ante aquellas cosas inútiles, y deducir que Dog, a veces, fabrica objetos que no sirven para nada. Quizá de ahí les vino el deseo de adornarse, para imitar esa inutilidad. Eso explicaría también por qué tanto el maquillaje como los abalorios y los tatuajes les dan un aspecto tecnológico, como si fueran máquinas, como si se resaltaran las venas pero éstas fueran un cableado o, mejor, el diseño de un cableado.

25

OSHIB

Circa *año 154 d. C.*

Durante años me pregunté por qué los otros me abandonaron. En cuanto regrese al domo, todo habrá valido la pena.

Diría que fue un error obsesionarme, de joven, con el parlante, pero sería una injusticia porque no fue una elección y lo que no se elige no puede ser un error. Me convertí en el técnico del domo. Los otros bromeaban, me llamaban Lobo. Era capaz de arreglar cosas que ellos consideraban mágicas, pero un día quise mejorar el parlante, no sé qué ocurrió, seguí mi método, estuve horas sentado delante del aparato, lo acaricié con cuidado, le hablé, le di algún golpecito para escuchar lo que me respondía. Y, cuando intenté mejorarlo, giré —ahora lo sé— la rueda equivocada y los seis ciclos se convirtieron en un ruido mullido y uniforme. Me puse nervioso e intenté volver atrás, pero el terror me hizo olvidar qué había tocado. Cuando Dabu entró, hecho una furia, levanté los brazos para detenerlo sin advertir que empuñaba algo afilado, y me cercenó tres dedos de la mano izquierda antes de que pudiera reaccionar. Yo sé que no lo hizo aposta, que no quería dañarme, pero los otros lo repudiaron y él se odió a sí mismo. Ahora es un brabat y no tiene nombre.

Mi destino no fue mucho mejor. La comunidad llegó a plantearse por primera vez expulsar a un mulai. Mientras debatían, yo pasaba horas dibujando en el scriptorium, leyendo, tratando de comprender. Al parlante no me atrevía a ir. El único que me visitaba era el arqueólogo. Fue entonces cuando tuve la idea de escribir los seis ciclos para salvarlos del olvido. Pero nadie entiende lo que dicen, así que el arqueólogo me enseñó su sistema para transcribir sonidos. Los otros me miraban cada vez más extrañados, se habían olvidado del debate, nunca decidieron si expulsarme o no, pero me aislaron de forma inconsciente, o yo mismo me aislé.

El ruido era insoportable, más que porque fuera molesto, porque nos recordaba que habíamos perdido los seis ciclos, así que se llevaron

el módulo lejos del domo, donde no pudiéramos oírlo. Yo empecé a encontrar patrones en las letritas que me había enseñado el arqueólogo; sólo había que reunir lo curvo, era fácil. Pasaron los meses y empecé a entender algunas palabras. O no, no entendía ninguna palabra en concreto, pero sabía que los seis ciclos pedían algo, aunque no qué era lo que pedían. Se lo conté a los demás, pero nadie me escuchó o sólo me escuchó el arqueólogo, que siempre atiende cuando le hablan.

Trabajaba con la única mano que aún servía y un día decidí que me había cansado y que tendría que arreglar el parlante para darle la vuelta al tiempo y volver a ser yo, Oshib, el Lobo. Como no tenía trinomio, emprendí el viaje solo. El arqueólogo no me vio partir; si no, quizá me habría acompañado. Nadie me detuvo ni me crucé con nadie de camino al parlante. Me sorprendió lo poco que me costó arreglarlo, encontrar el dial que lo ponía en la posición de escucha adecuada. Me permití jugar y di con algo que me sorprendió: la voz de Faida y de Sheipa repitiendo una letanía que iba dirigida a Dog. Nadie había sabido de ellas desde mucho antes de que llegara el arqueólogo, así que pensé en contarlo en el domo y eché a andar.

Ahora camino seguro, vuelvo a ser aquel Oshib que se perdió hace mucho. Estoy a menos de una jornada del domo cuando siento un dolor intenso en el tobillo derecho. Veo un alacrán correr y me asusto. «No, ahora no», pienso, pero al alacrán le da igual lo que piense, que nunca llegue al domo, que mi cuerpo agonice en la arena del desierto, que varios brabat se estén acercando a mí, al Lobo, a su alimento.

26

EL ARQUEÓLOGO

Diario personal del Dr. Cordonero
Año 165 d. C.

Día 1908

Calculo que debe de quedar poco para que vengan a buscarme, así que he tomado la decisión de retomar este diario y el informe.

Vengo pensando últimamente en los procesos que hicieron falta para que los tripulantes de la primera misión se convirtieran en mulai. Todo lo que encuentro en el scriptorium sobre el tema apunta a que la transformación fue rapidísima. Quizá los hijos de la primera generación ya fueran mulai o quizá hicieran falta dos, no más. Al principio me parecía inverosímil; luego recordé que yo mismo, en poco más de cinco años, he llegado a olvidar por momentos quién soy. Ahora, de hecho, escribir así me resulta agotador.

Día 1909

No es, creo, que la cultura mulai sea magnética: más bien, que la nuestra se deteriora a gran velocidad en ausencia de algo que conserve su cohesión. El *Códice libertario* me resulta, en ese sentido, fascinante. Es un compendio de nociones pobrísimas elaborado por personas con una idea muy vaga —incluso para el momento en que fue escrito, quiero decir— de la forma en que operan las relaciones de poder.

Mi hipótesis de la génesis mulai es la siguiente: en la primera misión, los tripulantes que venían a terraformar y colonizar este lugar no se rebelaron contra la civilización que los enviaba, sino que la olvidaron, o se difuminó en su memoria. Alguno de ellos debía de tener ciertas nociones de anarquismo poco maduradas y decidió aprovechar la situación y convencer a los demás para construir una sociedad nueva. En el momento de la llegada, ya habrían redactado el *Códice libertario*, que más que nada es un testimonio de su incapacidad para comprender lo rápido que su cultura y su plan se iban a ver arrastrados por las corrientes imparables de lo otro, de lo mulai.

Calculo que quemarían sus pertenencias o reutilizarían los libros como combustible. Quisieron borrarlo todo para volver a empezar y ensayaron experimentos inverosímiles, como el reemplazo de algunos tabúes. Alguno de ellos sentiría terror ante ese vacío y conservó algunas cosas: una radio (las otras las destruyeron metódicamente), ropa y, junto a su cama, un libro que, más de un siglo después, Faida acabaría por traducir.

Día 1910

Sigo con lo de ayer. Hay una pregunta que vale la pena hacerse: aunque los primeros tripulantes no llevaron su proyecto a término, ¿sería la cultura mulai lo que es hoy si no hubieran sembrado esa semilla libertaria? Como toda organización social, la suya está condicionada por el entorno en que se desarrolla, pero quizá sí se intervino en la dirección de ese desarrollo. Hay algo interesante, por ejemplo, en el culto a Dog, que contraviene directamente las enseñanzas del *Códice*. Pero se podría argumentar que fue eso mismo, esa represión, la que lo hizo emerger. Lo que es seguro es que los mulai no se pueden entender desde la idea de pureza: son la más pura de las mezclas, son radicalmente inestables y, a la vez que todo eso, son —somos—nosotros mismos.

Día 1913

Pienso que, aunque se pueden discutir los pormenores de mi hipótesis, en algún sentido es evidente que tengo razón. En el informe he propuesto un método al que he llamado *etimología de la cultura*. Los trinomios, por ejemplo, reenvían a una institución nuestra —la pareja — y al sistema militar de los binomios, que se remonta a la Antigüedad griega. El hecho de que sean tres no sé a qué responde: quizá a que aquí hay dos lunas, y eso nos diría algo también sobre nosotros mismos.

Tal vez el caso del árbol sea el más interesante. Para los mulai, el vago recuerdo de una tierra frondosa funciona como el de un paraíso perdido. Hablan de bosques, de frutos, de cascadas, y lo imaginan todo como formas extremas de lo que conocen. Es el más natural de los malentendidos: el gaoshar habla del árbol, un ente que produce alimentos como los suyos pero jugosos, llenos de agua, alimentos que no es necesario deshidratar porque donde hay un árbol siempre hay agua, y los mulai escuchan fascinados. Pero, si se les propone que coman su fruta sin deshidratarla, sienten asco. Es porque el árbol viene, el árbol va a llegar. Es una escatología del más acá, de la certidumbre, de lo material. El árbol no supone un impulso superador, sino apenas una espera incómoda.

Día 1914

Ayer, tras escribir en mi diario, hablé con Idri. Le pregunté si tienen algún plan para atraer el árbol, algún dispositivo para canalizar la radiación ionizante, algo. No me entendió, así que varié la pregunta y quise saber qué pensaban hacer cuando el árbol viniera al fin. No respondió, pero pasó un rato pensando y por la noche oí que hablaba con otros mulai sobre el tema, y esta mañana igual.

Día 1922

Vengo de escuchar al gaoshar. Ha empezado a incluir la llegada del árbol en sus historias. A veces intercala detalles, a veces sólo es algo que ocurre, una anécdota. Creo que, ahora que estoy a punto de irme, he producido por primera vez un cambio real, crítico, en la vida de los mulai.

Día 1936

Mis cálculos eran correctos. Me voy. Los del Rover que me está esperando fuera del domo han tenido la cortesía de permitirme escribir por última vez en este diario, que voy a dejar aquí, en el scriptorium.

Sobre la llegada del árbol: finalmente no he resultado crítico para los mulai. Primero tomaron la pregunta como un asunto serio, después se fue convirtiendo en un motivo, un tema de historias, chistes, historias que contaban como si fueran reales. Hace unos días advertí que yo mismo me había sumergido en esa tendencia e hice el esfuerzo de sustraerme para inquirir qué había sido del plan original, qué íbamos a hacer cuando llegara el árbol. Entendieron mi pregunta como un diálogo que formaba parte de algo más, de una historia; ya que no continuaba, alguien lo hizo por mí, y todos acabamos riendo. Creo que esta anécdota contiene todo lo que vale la pena saber sobre los mulai.

No hay palabra en su lengua para decir *adiós*.

27

SHEIPA

Circa *año 154 d. C.*

«Así son las cosas —pensó— Fluke nos mostró un camino y yo ahora padezco las consecuencias de apartarme de las huellas de sus tascas, de abandonar lo segmentado. En este papel —miraba el mapa —glifo de la Travesía— cada línea negra es única, se puede distinguir del resto por los codos, las junciones, los cruces y las circunvoluciones. Pero el espacio en blanco, lo que nunca vemos cuando miramos, es uno solo, es idéntico, da igual estar en un punto o en otro de lo que hay afuera, y ahora yo estoy afuera, soy afuera.»

No sabía cuántas lunas chicas llevaba en el domillo del brabat. La alimentaba puntualmente, ajustaba la temperatura para que estuviera cómoda y recogía sus excrementos con regularidad. La dejaba salir y no la vigilaba, pero, cuando Sheipa estaba fuera y miraba al desierto rojo e ilimitado, era más consciente que nunca de que no tenía adonde ir, de que aquello era puro espacio en blanco, la zona muda de un mapa, el laberinto perfecto.

Le sorprendía el control que el otro tenía sobre el domillo. Con un gesto de la mano o un sonido ancestral era capaz de hacer que dispensara agua encerrada o comida de un compartimento que se abría en el suelo, o podía regular la humedad y la temperatura, así como oscurecer o aclarar las paredes. También —habría jurado Sheipa — daba órdenes a los lobos que iban y venían tocándolo todo, haciendo sus comprobaciones.

Cada vez que ella cagaba o meaba, él la miraba como se mira a un bárbaro o a un niño. La mierda no parecía importarle tanto, pero era evidente que el pis era un elemento preciadísimo para él, que siempre orinaba en un estrecho conducto de reciclaje ubicado junto a la puerta del domillo. Sheipa perseveraba en esa actitud a modo de desafío.

Alguna vez intentó hablar con el brabat; invariablemente, esos ensayos provocaban su huida.

Sheipa repelió los primeros intentos del otro de follar con ella.

Sabía que el sexo podía atraer la radiación ionizante en las circunstancias adecuadas, pero no tenía claro si con un brabat funcionaría igual y, además, cuando entraba en el domillo, el otro se quitaba los andrajos y se quedaba completamente desnudo, con el pene al descubierto, lo que a Sheipa la asqueaba y aterrorizaba a partes iguales.

Salvo follar, el brabat no le pedía nada. Cada tanto le ofrecía un extraño plato cocinado y se señalaba el cuerpo para indicarle lo que era. Sheipa tardó en comprender que para el otro la carne de un mulai es lo mismo que la de un brabat y que lo que le ofrecía era la carne guisada de Doren, Calta y quién sabe si de otros. «Aunque la idea es absurda —pensó Sheipa—, tal vez para él somos de algún modo la misma cosa.»

Se negó a comer carne de mulai.

Un día o una noche Sheipa tuvo ganas y quiso follar con el otro. Era sif y el domillo estaba oscuro. Tomó la iniciativa. En la oscuridad todo era rico, tan rico como siempre mientras no pudiera ver el pene del otro. No tardó en darse cuenta de que follar con un brabat era parecido a hacerlo con un mulai y se imaginó que estaba con Doren o Calta, o con los dos juntos en un solo cuerpo; así apartó la idea de que estaba negando el número tres y se sintió más cómoda, aunque en el fondo sabía que sus compañeros estaban más bien en el guiso que el brabat guardaba quién sabe dónde.

Al principio fue bien. Ella le chupó la polla largo y luego se lo hicieron mutuamente; después él se lo comió a ella largo y también el culo, y todo bien hasta que intentó hacerle el amor. Ella susurró que nada de amor, que sólo follar, y le reorientó el pene hacia el lugar correcto y el otro le apartó la mano y casi casi le hizo el amor, casi la sacó del flujo de la radiación ionizante y la condenó a Dog sabe qué. Sheipa forcejeó, gritó «¡No!», y el brabat se apartó con un terror sacramental. Sheipa se retiró a un rincón del domillo, lloró y, al oír que el otro también lloraba que—dito, se preguntó qué significaba el llanto para un brabat.

Después de aquel día, lo único que el otro quiso fue repetir. Le suplicaba con los ojos y se tapaba el pene con un gesto de concesión que ella nunca aceptaba. Luego empezó a tratar de tomar lo que quería con violencia o con subterfugios. Más de una noche se despertó y él la estaba acariciando o arrimándole el pene adonde no debía, y ella lo espantaba rezando las seis plegarias.

Quién sabe cuántas novenas u ochentaiunas de lunas chicas e incluso grandes pasaron así. Sheipa comprendía que su captor le iba perdiendo el miedo a las palabras, que cada vez estaba más cerca del amor que ella evitaba a toda costa. En su cabeza las cosas comenzaban también a confundirse: ¿y si ya había perdido toda la radiación

ionizante? ¿Y qué tal si comía guiso de Calta y Doren? ¿Y si huía sin dirección hasta que la vida se le acabara?

Cuando las palabras dejaron de asustar al brabat, Sheipa echó mano del papel con el glifo de la Travesía, que renovó sus horrores. Pronto eso tampoco sirvió y finalmente hicieron el amor. La primera vez Sheipa se esforzó por zafarse del abrazo, pero cuando él se corrió dentro ella pensó que ya fue, que todo estaba perdido, y en los días o meses que siguieron se entregó a todo lo que el brabat quería de ella: cazó, comió mulai, alacranes y culebras e hizo el amor porque —pensaba— ella no era ya una mulai e hiciera lo que hiciera estaba condenada a vivir fuera de la radiación ionizante.

El mundo seguía su curso. El sol iba y venía, y Sheipa se preguntaba si aquello era la vida a la que todos los mulai se consagraban. Al otro no lo odiaba ni lo despreciaba; hacía como si no existiera y sólo de vez en cuando se preguntaba en qué medida eran la misma cosa. Buscaba signos, encontraba unos lunares idénticos en el antebrazo de ambos y vomitaba del asco o de la vergüenza. Cuando le faltó la primera sangre, temió lo peor; cuando le faltó la segunda, supo lo que había pasado y gritó de desesperación. Iba a portar una criatura a la que no podría llamarse *mulai*.

La tarde en que descubrió que estaba embarazada, el otro andaba trabajando en la granja de culebras. Lo esperó vestida y cargada de víveres, lista para partir. Cuando el brabat llegó, la miró sorprendido y ella se preguntó qué habría supuesto para él aquello, si tan siquiera se le habría pasado por la cabeza que se lo había arrebatado todo. Le explicó con gestos que lo retaba a un combate justo y dejó el atado con sus cosas en el suelo.

No sabía de dónde brotaba, pero sentía el deseo de hacerle lo que él les había hecho a Calta y a Doren. Era como un géiser. El brabat no entendió o fingió no entender hasta que ella le asestó el primer golpe, más un aviso que un ataque.

El combate duró poco. Sheipa era una gran luchadora (en el domo había logrado que la designaran para enseñar a los niños la disciplina del bastón defensivo, entre otras cosas). Castigó al brabat para encenderlo y esperó a que cometiera un error. Cuando él se abalanzó, ella se hizo a un lado y le clavó el talón en la rodilla desde el lateral, hundiéndole la articulación hacia dentro. El otro gritó de dolor y Sheipa perdió la noción del tiempo y la capacidad de contener el géiser.

Cuando volvió en sí, le estaba arrancando las bocales a dentelladas. «Es equilibrio —pensó—. Que alimente a la criatura y la sangre que me ha quitado.» Reparó en que hacía muchas lunas chicas que no pensaba con palabras. Se incorporó y así, toda ensangrentada, se adentró sin rumbo en el crepúsculo, repitiendo en voz alta una frase

para asegurarse de que aún podía hablar.

El sol no cruzó muchas veces sobre su cabeza antes de que llegara, errando, al templo. No pudo contener una carcajada primero y luego una sonrisa cuando, al cruzar la puerta principal, oyó que alguien hablaba al fondo, que una voz la llamaba desde allí, desde un lugar adonde nadie iba nunca, desde más allá del sistema experto y del módulo de reproducción.

28

FLUKE

Año 0 d. C.

El día que Fluke aparcó el módulo del parlante los mulai se congregaron para recibirla. Dejaron lo que estaban haciendo para arremolinarse en torno a esa cosa extraña, a esa estructura que no tardó en revelarse como un peligro en cuanto alguien hizo notar que estaba hecha de los mismos materiales que el templo. Exhalaron y se apartaron unos pasos porque el templo —así constaba en el *Códice libertario*, capítulo primero sección cuarta— era la fuente de vida de los mulai al mismo tiempo que el mayor de los peligros que los acechaban.

Fluke protestó y extrajo de la cámara bebidas y alimentos que recordaban (al menos a los mayores) a los suministros celestiales que descendían en los containers y que tanto extrañaban. Muchos dudaron y Fluke aprovechó ese instante, esa breve grieta en la unidad de pensamiento de los mulai, ese atisbo de individuación, de ruptura, para sugerir que tal vez era Dog quien hablaba por el parlante o, mejor, que los seis ciclos (tres y tres, lo que apoyaba el argumento de Fluke) eran el camino o el mapa que conduce a Dog, es decir: a los containers.

Alguien preguntó qué carajos era un mapa, y Fluke mostró su vientre y en él lo que más adelante habría de convertirse en el glifo de la travesía. Los otros retrocedieron cegados por su propia incapacidad para comprender. Alguien adujo que el *Códice libertario* (capítulo uno sección primera) informaba de que la idea de Dog no se refería a nada que existiera y, lo más importante, que podía destruir una comunidad en modos que los mulai eran incapaces de imaginar. Fluke respondió que eso eran estupideces y que el árbol, algo de cuya existencia ningún mulai dudaba (porque si dudaran no tendrían una razón para seguir respirando) tampoco se había visto nunca. «Y sin embargo —dijo Fluke con voz potente—, el árbol viene.» Y eso nadie lo cuestionó.

* * *

Las conversaciones se repetían, como un eco más débil de la anterior, cuando Fluke tenía ganas de hablar, lo que ocurría cada vez con menos frecuencia. Se la pasaba en el scriptorium o en el parlante (cada vez más allí y menos aquí, ya que había memo—rizado los seis ciclos). Apenas interactuaba con los mulai, a quienes tanto había extrañado. Ni siquiera charlaba con sus compañeras de trinomio, Luhen y Raura.

En las conversaciones, aprendió a sentir las señales que indicaban que las certezas de los otros comenzaban a tambalearse. Aunque todavía no la comprendieran, la emisión cíclica era algo tangible y repicaba, incesante, como una palabra que no terminamos de entender y sin embargo no podemos dejar de oír. Algunos creyeron ser capaces de interpretar los ciclos y lo cierto es que Fluke sentía que aquella lengua era la suya, que lo sorprendente no habría sido entenderla, sino precisamente no entenderla, porque era su lengua, la lengua mulai, solo que algo desordenada. Esa idea cundió en la comunidad. Fluke también notaba que el agua y la comida que todos habían sabido prohibirse de pronto los tentaba, y alguna vez le pareció que faltaban víveres, que alguien había dado cuenta de ellos cuando los demás no miraban.

En el scriptorium, trataba de pergeñar un método que le permitiera reproducir de forma fiable lo que oía en el parlante. Notaba cómo se alejaba de los otros y se preguntaba si es posible dejar de ser uno de ellos, un mulai, y sobre todo qué sería entonces, si un lobo o un alacrán o una culebra o qué. No compartía esos pensamientos con nadie; sabía que no estaban preparados. «Las creencias —razonaba Fluke acariciándose el vientre—, nos imponen un límite que también es un mapa del mundo. Yo he llegado a ese límite y no sé si tengo el valor para continuar ni si es posible volver.»

* * *

En una de aquellas conversaciones lánguidas a las que muchos ya no asistían, Fluke puso en palabras una idea que la rondaba y convirtió el descontento que la comunidad sentía hacia ella en una forma de hostilidad que terminaría desembocando, por inercia, en un destierro. Ella misma sentía el prurito de lo aberrante y probablemente ni siquiera estaba del todo de acuerdo con lo que proponía. Acaso buscaba tantear hasta qué punto las palabras pueden suponer un peligro.

Propuso lo siguiente: reunir y organizar todos los textos del

scriptorium en volúmenes como se hacía con el *Códice libertario*. Llegó a insinuar que cada mulai podía inventar un glifo y trazarlo en cada uno de los textos que escribiera para distinguirlo de otros escritores. «Niña, has mirado largo y tuerto la luna», dijo una anciana mulai que se contaba entre sus seguidoras más fieles. Y le dio la espalda.

Fue consciente de su error y no trató de defenderse. Era mulai y por eso sabía que las objeciones de la comunidad eran sus propias objeciones puestas en otras bocas y que defenderse de uno mismo carece de sentido. Casi no le hacía falta escuchar los reproches, que le llegaban como pedradas; en su fuero interno estaban teniendo lugar batallas idénticas. Organizar el scriptorium sería cercenar el gozo lector de quien une las hojas al azar y negar la relación que une al compilador —en mulai, *ordenador*— con la lengua. Más grave aún: establecer una jerarquía textual sentaría un precedente para la constitución de una jerarquía social. En cierto modo, adujo alguien, lo que Fluke proponía atentaba directamente contra el espíritu del *Códice libertario*. Y era verdad.

No hubo más reuniones. Fluke se fue diluyendo en una presencia cristalina, incorpórea. Algunos niños mulai bromeaban con que tal vez ella misma fuera una de las voces del parlante, pero lo cierto es que era más bien lo contrario. No hablaba y solamente leía (se había impuesto no escribir), meditaba y hacía ejercicio como si se preparara para un viaje. Supo con nitidez que su destino era la barbarie, que había traspasado una línea que sólo se cruzaba en una dirección y que no podía seguir en el domo. Una tarde hizo un esfuerzo enorme y le contó todo a Luhen. No sus planes, porque Fluke ya no planeaba: se limitaba a vagar y tararear la canción del ciclo cuatro del parlante a la espera de algo, no sabía qué, acaso el momento en el que la comunidad la repudiara, pero la comunidad apenas notaba ya su presencia (no así la del parlante, que se había convertido en una suerte de templo fuera del templo: producía la misma atracción y el mismo rechazo). Luhen no entendió a Fluke, no comprendió por qué le costaba tanto hablar, por qué era incapaz de escribir siquiera el glifo de sus nombres en la arena, algo que en el pasado les había producido a ellas y a Raura un placer intenso. Fluke tembló y dejó escapar una sola lágrima, la lágrima de quien se encuentra a una distancia infinita de la persona que tiene al lado, de alguien a quien ama, y Luhen la capturó en el aire y se la llevó a los labios.

Se alejó. Sentía impotencia, pero también sabía que tenía una misión y que la había cumplido. Al atardecer, se apostaba en una de las barras estructurales del domo y miraba desde arriba a algunos mulai acercarse al parlante tratando de descifrar sus ciclos o de reproducir su música con violas y tambores. Sabía que era cuestión de tiempo que aceptaran la existencia de Dog y el camino que les

mostraba hacia la radiación ionizante. Revisando el *Códice*, observó que en el pasaje que sancionaba los modos de acceder al templo ya estaba Dog implícito, escondido entre los glifos, acechando entre las normas; que está en todas las cosas prohibidas, quizá también en esa cosa terrorífica que llamamos *humor*.

Los últimos días que pasó en el domo las palabras empezaron a abandonarla. Rompió su silencio jeroglífico y consagró toda su energía a poner por escrito las palabras que más adelante se convertirían en el anexo i al *Códice libertario*. Alguien quiso destruir las hojas que había usado, pero otro alguien las salvó con un gesto extraño que Fluke interpretó como el triunfo de una persona que ella ya no era más.

Poco se sabe de lo que pasó después. Fluke no hablaba y apenas respondía con un sonsonete que recordaba vagamente a la canción de los parlantes. Quedó en la memoria mulai con el título de Fluke la Procuradora porque les procuró el parlante que constituiría el centro de su vida espiritual durante lunas y lunas, y hasta la escritura de este relato. Quizá la piedad llevó a los mulai a olvidar que también fue la primera brabat, la fundadora de una casta de renegados que comían alacranes y se refugiaban en los domillos; una casta varada en el límite de lo que llamamos *vida*.

Con el tiempo, llegaron a aceptar que Dog era como el árbol. Las palabras de Fluke se deterioraron con el viento incesante que azotaba el domo y nacieron costumbres nuevas, como la de dejar toda la comida posible en el templo para que, como sucede con las plantas que vuelven a la tierra, se multiplicara. Multiplicar la vida es la forma de operar de Dog. En la comunidad, jamás nadie propuso reparar la pérdida de la Procuradora; fue su cuerpo el que se hundió en el desierto y su cuerpo era un cuerpo mulai. Flagelarse por esa pérdida habría sido como castigarse a uno mismo por una amputación.

29

EMMA

Extracto del diario de uno de los primeros mulai
Traducido al mulai, inventado o ambas por Faida
Retraducido del mulai por el arqueólogo
Circa *año 220 antes del fin de los cajones de suministros*

En aquel momento no supe qué fuerza me llevó a esconder el libro y la radio, pero ahora lo sé, ahora sé que quiero conservar algo de lo que fuimos. Llevamos aquí treinta años y no reconozco a nuestros hijos ni a nuestros nietos. Nosotros mismos no nos reconocemos. Me cuesta mucho recordar el viaje o qué vinimos a hacer. Me esfuerzo por leer algo cada día: las letras son mi ancla; me da la impresión de que, si no abro los manuales o el libro, los alacranes se van a escapar, que ya no estarán ahí la próxima vez. Sé que no vinimos a esto, desde luego, pero ¿a qué? ¿A colonizar este lugar?

También utilizo la radio casi a diario. La tengo guardada en un cofre que está cerrado con llave (de cualquier forma, ya casi nadie entra aquí —han empezado a llamar a este lugar, como una broma, *el templo*, y les asusta—, así que no corro peligro). Está conectada al sistema del *templo*, de modo que puedo transmitir mensajes a casa, pero nadie responde. Eso me preocupa.

Cuando llegamos, prometimos deshacernos de todos los vestigios del pasado, y se hizo hincapié en las radios. Era parte de la misión. De nuestra misión, digo. Nuestra casa ya no es nuestra casa y no tiene sentido mantener el contacto, o eso dijeron. Y yo lo creí, yo participé como una más en la redacción del *Códice libertario* y en la elaboración de la nueva lengua, que hemos llamado simplemente *la jerga*, pero que nuestros hijos y nietos llaman ya de otra manera que no sé cómo transcribir. Por favor, si alguien encuentra estas hojas, no quiero que me vea como una traidora. Yo también creí —y dentro de mí hay algo que aún cree— en la misión que nos impusimos.

Redactando estas notas me viene a la mente la entrevista que nos hicieron antes de venir. Dijeron que nuestro bienestar psicológico era

lo más importante, por encima de nuestro estado físico o nuestras capacidades técnicas. La estabilidad emocional, la capacidad de tomar decisiones. Me dan ganas de reír, ahora.

Alguien propuso resignificar la palabra *misión* para referirse a nuestro proyecto: construir algo nuevo y diferente y mejor. Nunca tuvimos un líder, no sé quién tomó esa decisión. Creo que se fue deslizando sola porque nadie la miraba, porque nadie la buscaba en el diccionario ni la repetía, porque no veíamos la tele ni leíamos libros ni conversábamos con desconocidos ni nos sometíamos a los carteles publicitarios que en casa lo inundaban todo ni esperábamos a que el semáforo se pusiera en verde ni cumplíamos ninguno de los millares de ritos que, sin darnos cuenta, ejecutábamos todos los días. Tengo para mí que todo lo que fuimos se fue degradando lentamente. Es raro, porque también diría que fue un proceso rápido, rápido y natural.

No debería reírme. El mismo error que cometieron con nosotros lo hemos cometido con nuestros hijos, con nuestros nietos y con su posible descendencia. El *Códice libertario* no es diferente de los exámenes psicológicos que nos hicieron antes de partir, es un intento de que todo siga igual, y eso aquí es imposible. Es extraño, pero me parece que los otros, los de la misión original, los que vinieron conmigo, ni siquiera son conscientes de que esa escritura geométrica que ahora practican nuestros niños no es la misma que nosotros inventamos. Todo cambia y ellos se dejan cambiar sin darse cuenta del cambio. Pero yo estoy en el *templo*, en la única casa que no se ha dejado llevar por la crecida.

Dejaré esta nota en el *scriptorium*, una mesa larguísima que han colocado en el domo y en la que, según el nuevo dogma, debe sentarse todo el que quiera escribir. Quiero consignar, por si alguien lo encontrara, que he hecho todo lo que he podido por mantener el contacto. Ha sido esta mañana, mirando a uno de mis compañeros que se pasa el día llorando y contando extrañas historias, cuando he perdido cualquier esperanza de volver a casa. Ni siquiera creo que ninguno de ellos sea ya capaz de entender estas letras. Dejaré la llave del baúl de la radio en un agujero de mi colchón, y el único libro que me queda, entre el colchón y la pared. En cuanto a estas notas, sólo puedo abandonarlas en el scriptorium; que el destino decida si deben salvarse.

30

FAIDAY SHEIPA

Circa *año 154 d. C.*

Faida despertó en la cama del libro y la llave, que ella llamaba *la cama de Dog*. Notó que tenía algo en la cabeza y se lo quiso quitar, pero apenas pudo moverse. Alguien dijo unas palabras que no entendió. Volvió a quedarse dormida.

* * *

La siguiente vez que se despertó vio a la mulai portante sentada en uno de los dos sillones con su traducción en las manos. Leía y la miraba cada tanto. Cuando vio que estaba despierta, se acercó a ella y le dijo que no se preocupara, que todo estaba bien. Faida se preguntó por qué le decía que todo estaba bien e intentó formular la pregunta en voz alta, pero vomitó y empezó a convulsionar.

* * *

Ya no estaba en la cama, sino en el módulo de reproducción. Le entró pánico y trató de zafarse, pero estaba amarrada. Se desmayó del esfuerzo.

* * *

Cuando recuperó la conciencia, la otra le estaba acariciando el pelo. Supo que eso era lo que había notado la primera vez que se despertó y comprendió que no pensaba con lucidez. Antes de que pudiera preguntar nada, la portante dijo algo. Faida tenía la visión borrosa y al principio no entendió. Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz blanquecina, vio que aquella mulai era Sheipa, la que siempre estaba con los niños, a la que vio partir en el último matrinomio. Sheipa

repitió lo que quiera que estuviera diciendo y esta vez Faida entendió: que no se preocupara, que el trono sanaba, que no había sido fecundada. Inconscientemente dirigió la vista a la barriga abultada de Sheipa y luego a su cara, y sonrió, pero la otra no sonreía. Se quedó dormida mientras le soltaba las amarras.

* * *

Los primeros días hablaron sobre todo de la traducción de Faida. Le alegró que Sheipa no preguntara los porqués y se limitara a maravillarse de las arquitecturas imposibles de los domos que allí se describían. Sus conversaciones fueron derivando de la curiosidad o la descripción minuciosa hacia el entretenimiento sin pasar nunca por la desagradecida trascendencia.

En unas semanas, Faida estuvo plenamente recuperada y empezaron a pasar los días juntas, charlando sobre ciudades o sobre nada. Se estableció un juego entre ellas: elegían una ciudad y al día siguiente hacían como si vivieran en ella, bajo sus reglas, y de algún modo la hacían presente.

* * *

Un día tocó Zobeida. Sheipa persiguió a Faida por todo el templo, pero ésta lo conocía mejor y siempre encontraba un rincón en el que esconderse. La intensidad fue disminuyendo conforme Sheipa se iba cansando y al atardecer sólo se oían risas esparcidas que rebotaban por las galerías. Ya era de noche cuando encontró a Faida en la cama de Dog y se tumbó a su lado. Empezaron a acariciarse de forma automática, y Sheipa preguntó si ella era la mujer a la que buscaban quienes erigieron Zobeida. Faida mintió, le contestó que sí, y entonces Sheipa le preguntó dónde estaba la ciudad y dijo que quería verla. Faida se volvió para mirarla y no respondió. Sheipa también la miró y dijo que al encontrarla lo había arruinado todo, que ahora ya nadie erigiría Zobeida, sus galerías, sus escaleras. Faida dijo que mejor así y la besó.

* * *

Otra noche, después de follar, Sheipa se largó a contar su historia. No escatimó en detalles sobre hacer el amor, sobre el cautiverio, sobre el canibalismo. Esperaba que Faida la repudiara por haber hecho la única cosa que los mulai realmente aborrecían, pero, abrazándola con más fuerza, le preguntó si creía en Dog, a lo que Sheipa dijo «¿Qué?»,

y se echó a llorar, y Faida le lamió los ojos antes de repetir la pregunta, que si creía en Dog y, en caso afirmativo, qué cosa creía que fuera Dog, y Sheipa se apartó un poquito para mirarla con incomprensión y entonces fue Faida la que contó toda su historia y, llorando sin saber por qué, dejó que Sheipa la lamiera y le dijera, cuando hubo terminado de hablar, que no se preocupara, que ella la creía y que sería su baúl, su garantía, su scriptorium.

* * *

Faida decidió acabar de una vez su traducción. Desplegó los papeles sobre el panel con botones de la sala central y empezó a pasar ahí todo el tiempo que no dedicaba a hablar o jugar o follar con Sheipa.

Una mañana, comían juntas mirando por la cristalera y Faida quiso saber cuánto creía que faltaba para que viniera el bebé. «Pues ya casi», dijo Sheipa, y Faida le preguntó como al descuido cómo lo llamarían. Sheipa, mirándola fijo, largo, le dijo que no sabía, pero que llevaba tiempo pensando que aquello no podía estar bien, que habían formado un trinomio de dos personas y que algo malo iba a pasarles, máxime viviendo en el templo de Dog, comiendo sus alimentos y llevando sus ropas, y, como Faida la notó asustada, le dijo que sin ella era una pero con ella eran tres y que, además, daba igual porque Dog no existía o existía pero hacía mucho que se había marchado o quizá nunca llegó a marcharse, por lo que Dog eran ellas mismas, ellos mismos, los mulai, y Sheipa, que pareció entender, se calmó y le preguntó a Faida si sabía qué nombres tocaban según el código onomástico mulai, y Faida respondió que no, que no lo sabía, pero que podían ponerle un nombre nuevo. «¿Un nombre nuevo?», dijo Sheipa. «Sí, uno nuevo, por ejemplo, Mu, el árbol, el árbol que viene», respondió Faida, y ambas lloraron y, al no ser capaces de lamerse los ojos a la vez, estallaron en carcajadas.

* * *

«Traduciendo he aprendido cosas sobre nuestra lengua.» Faida cerraba los últimos detalles de su traducción y cada vez se permitía pasar más tiempo con Sheipa. «Es raro, pero al acercarme a otra lengua de este modo he observado cosas en las que nunca me hubiera fijado. Por ejemplo, el color verde, el color del árbol, de Mu. La palabra existe en la lengua de Dog, pero la usa indistintamente para describir los árboles, algunos pájaros o las plantas de tomates.» «¿Pájaros?», inquirió Sheipa. «Son como culebras que vuelan.» «¿Qué es volar?» Faida sonrió y dijo que daba igual qué cosa fuera *volar*, que lo que ella

quería decirle es que no había una palabra para el color yloni en la lengua de Dog y que se preguntaba si los árboles no serían, simplemente, del color que los mulai llaman *verde*, si el yloni no sería solo un color inimaginable, sino además uno imaginario, y si por eso nunca habían podido imaginar un árbol. «Si eso fuera verdad —dijo—, Mu, nuestro hijo, sería sin duda uno, un árbol.»

Sheipa la miró, desconcertada, y, abriendo mucho la boca de repente, saltó de la cama. Faida preguntó qué pasaba y Sheipa la tranquilizó diciéndole que la tapa del baúl se había cerrado de golpe. «Como el día que llegué al templo —añadió entre risas—, que casi me muero del susto.» Faida le preguntó por qué y Sheipa, como si cayera en la cuenta de algo, le explicó que desde el día que llegó cada cierto tiempo sonaban unas palabras en los parlantes, un mensaje corto que se repetía y venía seguido, en bucle, de las seis plegarias.

Faida se preguntó si eso había estado sonando siempre y dedujo que no, porque habría notado algo en los mulai que visitaban el templo. Pensó que lo tenía que haber activado ella. Le pidió a Sheipa que le describiera el mensaje y ella le preguntó cómo. Faida se mordió las uñas y pasó un rato callada. «¡Las plegarias!», gritó de repente, y le dijo a Sheipa que, si identificaban cuál de las lenguas de las plegarias coincidía con la del libro y deducían su significado a partir de las palabras que se parecían a su propia lengua, obtendrían un punto de apoyo para reconstruir el alfabeto alacranado de Dog. Sheipa la abrazó y ambas gritaron de pura alegría, y Faida propuso que empezaran a trabajar de inmediato, cosa que habrían hecho de no haber sido porque en ese mismo instante Sheipa rompió aguas.

* * *

La gestación de un mulai dura tres elevado a tres por tres lunas grandes. Después de nacer, al bebé no se le habla durante ese mismo espacio de tiempo. Se lo cuida, se lo limpia, se lo alimenta, pero no se le habla porque aún ha pasado menos tiempo dentro del mundo que fuera. Sheipa le rogó a Faida entre susurros que respetaran ese rito, no sabía por qué, pero lo necesitaba, y Faida aceptó, resignada al principio, pues quería llamarlo ya por su nombre, Mu, y cumplir así con la profecía, aunque también contenta, porque de ese modo tendría más tiempo para trabajar en la descodificación del abecedario.

* * *

A finales del primer mes, la traducción de *Las ciudades que no vemos* estaba completa. Faida se obsesionó entonces con terminar su otra

gran tarea antes de que Mu recibiera el nombre, antes de que viniera el árbol. Si había alguna posibilidad de que Dog volviera con los mulai, quería que su hijo fuera testigo.

* * *

Se empezaron a turnar para cuidar al anónimo Mu y para traducir o descodificar. En un momento dado, dejaron de permitir que los mulai pasaran más allá de la cámara de reproducción. «Nosotras adentro y el resto afuera», pensó Faida, que cada vez se asemejaba más —o eso creía ella— a Dog.

* * *

Al inicio del octavo mes, ya casi había culminado su tarea. Descubrieron que cada pequeño glifo correspondía a un sonido brevísimo. Esa forma de escribir le parecía curiosa e ineficaz. Ahora que llegaba al final no sabía qué hacer con la información que tenía.

* * *

Una tarde, a mediados del mes ocho, de pura desesperación Faida comenzó a pasear su vara por el templo. Había reparado en que una lucecita roja titilaba cerca de la base cuando se acercaba a la cámara central y se acordó de que la había encontrado en el baúl, enganchada al monstruoso aparato del interior. La volvió a colocar ahí, pero no pasó nada. Como sentía ansiedad ante la idea de que llegara el momento de nombrar al bebé y aún no hubieran invocado a Dog, hizo algo que llevaba mucho sin hacer: rezar. Cerró los ojos y empezó a entonar los ciclos en voz muy baja.

Iría por la mitad del primero cuando una mano la sacudió. Sheipa, enfadada, le pedía que se callara. Al principio no entendió. Sheipa le explicó que su voz estaba retumbando por todo el templo y que Mu podía oírla. Faida la miró sorprendida y comprendió que al fin había encontrado a Dog, que su propia voz podía ser la voz de Dog, y su asombro se convirtió en felicidad y bailó en silencio hasta que cayó rendida.

* * *

Pasaron los siguientes quince días preparando el mensaje que enviarían a través de la vara. Sentían cómo la radiación ionizante les erizaba el vello de un modo inédito. Decidieron hacer coincidir el rito

del nombre con su llamada: querían que su plegaria fuera lo primero que Mu oyera.

* * *

Llegó el día y los tres se acercaron a la vara. Faida y Sheipa miraron los enormes ojos de Mu y Faida se preguntó si el verde no sería precisamente aquello, el color de sus ojos, pero también aquella sensación de plenitud o incluso aquel momento preciso. Se miraron la una a la otra y arrancaron a la vez. Primero recitaron las seis plegarias de los mulai y luego repitieron lo que sonaba por los altavoces del templo. Sólo después, al unisono, leyeron el texto que habían preparado: «Dog, tu domo es el cielo. Eres el tres y Fluke es tu profeta…».

31

EL ARQUEÓLOGO

Extracto de la entrevista de Pierre Wei al doctor Nahum Cordonero
Realizada el año 182 d. C., tres años antes de su desaparición;
revisada para la publicación de este libro

PIERRE WEI: […]

NAHUM CORDOVERO: Porque no se me permitía conceder entrevistas antes de que el informe se desclasificara. De todos modos, no me considero una autoridad en la cuestión mulai —ahora hay quien los llama *kirai*— y además temo que algunas de mis afirmaciones se malinterpreten.

P. W.: […]

N. C.: Prefiero no responder a esa pregunta. Me limitaré a recordar las graves acusaciones que se han vertido contra mí.

P. W.: […]

N. C.: Sí, pero la misión se envió antes de las Grandes Guerras y después se olvidó durante más de un siglo. Se siguieron enviando víveres porque el envío estaba programado, pero nadie sabía de su existencia. Lo explico en el primer capítulo del informe.

P. W.: […]

N. C.: ¡Fue un éxito! Quiero decir: desde luego los mulai no eran parte del plan, pero en términos, digamos, físicos, la misión fue un éxito. El domo se desplegó como se esperaba, los orbitales más o menos también, los lobos, perdón, los robots, hicieron su trabajo. Digamos que del cráneo de los viajeros para fuera todo fue según lo esperado, o casi [ríe].

N. C.: Buena pregunta. Para los mulai no hay tal cosa como la fe; sólo existe lo que existe, pero esto incluye, por ejemplo, todo lo que se narra, las palabras. Los mulai no especulan sobre lo que no existe.

P.W.: […]

N. C.: Claro que el árbol existe.

P. W.: […]

N. C.: Por supuesto. La idea de que Fluke fue la primera brabat la encontré en el scriptorium y no tengo pruebas que la fundamenten. La he incluido en este tomo porque he trabajado con los textos mulai como fuente. En cualquier caso, no está de más aclarar que el personaje al que llaman Fluke pudo haber sido más de una persona. Recuerde que reciclan los nombres.

P. W.: […]

N. C.: Es difícil de explicar, pero desde luego los símiles tienen cierta fuerza. Por ejemplo, ellos entienden que hay una continuidad natural entre los tronos (el del módulo de reproducción y el del sistema experto) y los alacranes porque los tres tienen aguijones. Pero uno da vida, otro cura y otro mata.

Hay cuestiones que son tan sutiles que tardé mucho tiempo en percibirlas. Por ejemplo, para ellos no hay una idea que englobe los domillos y las habitaciones oscuras. No hay un concepto como *casa*. La geometría pesa más que la función, y cualquiera de nosotros podría hablar con uno de ellos durante años sin caer en ese detalle. Lo mismo sucede con los conceptos que, digamos, faltan. En una nota que no he incluido en este libro Faida trata de comprender uno de los cambios que sufre al traducir *Las ciudades invisibles*: ha empezado a sentir fascinación ante lo que prolifera. Sin esa nota yo nunca me habría dado cuenta de que para los mulai es banal que una planta salga de una semilla que a la vez da más plantas, cosa que a nosotros nos fascina.

P. W.: […]

N. C.: Claro, hay que destruir ciertos vicios que tenemos al pensar. Por ejemplo, es razonable considerar que los lobos son distintos de los alacranes porque un lobo no se podría comer aunque se quisiera, pero por otra parte es evidente que los tronos tampoco son comestibles y, sin embargo, se parecen más a los alacranes que a los lobos porque tienen aguijón.

P. W.: […]

N. C.: Sí, claro, eso es cierto. Según el dicho popular: «Si vas a emprender una línea de fuga, no olvides llevar pistola».

P. W.: […]

N. C.: Me parece bien, volvamos al tema. ¿Qué quiere saber?

P. W.: […]

N. C.: No, no, el sexo vaginal está mal visto, pero no se considera peor porque se haga entre *hermanos*. Me recuerda usted a mí mismo cuando llevaba poco tiempo allí. Les pregunté si no les preocupaba que naciera algún hijo discapacitado. Me preguntaron qué quería decir con *discapacitado* y, cuando logré explicárselo —tardé semanas— me preguntaron qué significaba *hijo*. Eso fue más difícil. Y luego quisieron

saber qué era *hermano*. Cuando llegaron a comprender esto último, ya se habían olvidado de lo que significaba *discapacitado*. Nunca obtuve una respuesta, pero de aquello salieron algunas buenas historias. Creo que a los mulai mis inquietudes les resultaban divertidas.

P. W.: […]

N. C.: Sí, efectivamente. Ya tiene usted una exclusiva [ríe]. No quise decir explícitamente que Faida era lo que llamamos *sorda* por dos motivos. El primero es que habría faltado a mi propia experiencia, ya que tardé mucho en comprender que aquella persona no podía oír, y cuando lo comprendí ya me daba absolutamente igual. Quería tratar de replicar esa forma de mi descubrimiento. El segundo motivo es que los mulai carecen de un concepto como *sordo* y de una palabra para designarlo.

P. W.: […]

N. C.: Yo pienso que no es casualidad; si Faida hubiera podido oír quizá se habría obsesionado con la representación fonética de nuestra lengua; sin embargo, para ella el sonido del castellano era tan ajeno como el del mulai. Tal vez por eso fue capaz de llevar la traducción a término.

P. W.: […]

N. C.: Claro. Yo puedo o pude escribir mulai, pero no habría valido la pena. Debe usted hacerse una ¡dea de cómo es leer un texto mulai. Imagine que en vez de publicar el informe tal como lo publiqué lo hubiera desencuadernado, hubiera lanzado las cuartillas al aire y las hubiera reordenado según el más riguroso azar. ¿Qué se habría podido extraer de ahí?

P. W.: […]

N. C.: ¡No! Sin duda se habría podido extraer algo. Ahora imagine que otra mano hubiera escrito en las cuartillas, quizá correcciones, ideas personales, añadidos, modificaciones o simplemente notas personales. Y que después hubiéramos quemado un diez por ciento del texto. Y luego hubiéramos rasgado parte de lo que quedaba. Algo quedaría, ¿verdad? Siempre se puede entender algo. Eso es la lengua mulai.

N. C.: Me tomo esa pregunta como un fracaso personal.

P. W.: […]

N. C.: No, por favor, no he querido ofenderle, precisamente quería decir que deploro mi incapacidad para comunicar mi experiencia. No hay una diferencia estricta entre su lengua y su mundo, pero eso no quiere decir que aquélla sea una representación de éste. Usted y los lectores deben saber una cosa: yo no entendía todo lo que pasaba allí. Encontré indicios claros, más que claros, de lo sobrenatural. Circulaban historias sobre algunos mulai que eran capaces de

intercambiarse con otros o con objetos. También de otros que percibían el dolor de otro mulai que estaba a una gran distancia. O las notas de Faida, según las cuales estuvo en las ciudades del libro de Calvino. Al principio pensé que debía tratarse de malas traducciones, pero luego descubrí que no era el caso y lo atribuí a una mitología emergente; aun así, las historias no iban a más, circulaban, se transformaban, a veces desaparecían. Más tarde pensé que eran estructuras mentales que no entendía y hablé con un mulai que aseguraba que él había visto a otro desvanecerse en el aire. Traté de convencerlo de que eso era imposible, claro, pero ni siquiera me entendió. Le pregunté si aquello era una metáfora o una exageración, y me dijo que por supuesto que no y me llevó a ver al hombre invisible. El tipo estaba de pie en medio del domo y de repente mi acompañante me agarró del brazo pegando un grito de sorpresa: «¡Te lo dije». Pero el otro seguía ahí, de pie, sin más, así que deduje que se estaban riendo de mí o que yo aún no estaba preparado para aquello.

P. W.: […]

N. C.: ¿Me creería si le dijera que sí?

P. W.: […]

N. C.: [Ríe.] Prefiero no entrar en eso. Había una ¡dea recurrente de que mirar a las lunas en una configuración concreta de su danza podía hacerte enloquecer, hacer que creyeras que había cosas que te pertenecían. No sé de dónde sacaron eso [ríe], pero desde luego se parecía mucho a la idea de propiedad privada. Como curiosidad: conservaron la palabra *lunático*.

P. W.: […]

N. C.: Sí, yo mismo traté de elaborar un registro de todas las historias. Tenía que escribir en el scriptorium, pero me podía llevar luego los papeles adonde quisiera; les hacía gracia verme cargar con aquellos montones de hojas. Un día se incendió el scriptorium. Recorrí el domo gritando, pero nadie me hizo caso. Hasta que traté de llevar agua para apagar el fuego; entonces me detuvieron. Un mulai que se había encariñado conmigo me ayudó a hacer una especie de cortafuegos. Salvamos más o menos la mitad de los documentos. Después de aquello, dejé de registrarlo todo.

P. W.: […]

N. C.: Utilizan lápices y portaminas: allí los bolígrafos funcionan muy mal. No se les ocurre la posibilidad de que se les terminen. De todos modos, en los primeros containers se les enviaron grandes cantidades de instrumentos de escritura. Y para la caligrafía hacen pinceles de su propio pelo y tinta con distintos minerales.

P. W.: […]

N. C.: Piense usted que los primeros mulai datan de la época en

que nuestras civilizaciones sufrían un grave colapso ecológico. Por eso durante mucho tiempo nadie se preocupó por ellos.

P. W.: […]

N. C.: Sí, lo he oído. Es de Takver, ¿no?, como la teoría del disidente. Ambas me parecen brillantes.

P. W.: […]

N. C.: No, no la conozco personalmente. Pero la leo desde hace tiempo y la admiro. La diagonal que traza desde la ausencia de algo parecido al dinero entre los mulai y el hecho de que no se maquillen para distinguirse me parece genial. Es interesante cómo desarrolla la idea de que no necesitan diferenciarse porque, en un nivel muy profundo, no se sienten mercancías.

P. W.: […]

N. C.: Claro, sí. Yo compuse el primer diccionario mulai. Su lengua es frenética; no se parece a ninguna de las nuestras. No cambiaba de generación en generación, sino de una hora a la siguiente. Les daba igual no entender lo escrito. Decían que lo escrito siempre se entiende. Un mulai escribe un texto, lo relee y lo que lee ya es diferente a lo que ha escrito. De algún modo a nosotros nos pasa lo mismo; ése es el destino de cualquier lengua. La diferencia es que los mulai lo viven con gozo y nosotros con desesperación.

P. W.: […]

N. C.: Hmm… sí, algunas de las narraciones son mías, pero son tan *ficcionales* como el informe. Otras son traducciones libres de textos del scriptorium. Se trata de relatos en todos los casos. Cuando se desclasificó el informe, pensé en publicar mis notas de campo, pero no fui capaz. No las entiendo. Desde que viví con los mulai sólo sé transmitir información en forma de historias.

N. C.: No sólo eso. Hay numerosas injerencias; yo recomiendo que los lectores tomen todo lo que les resulte extraño como una intervención mía. La más violenta es, sin duda, la imposición del género gramatical. En la comunidad mulai el género no existe, no produce sentido. He encontrado en la literatura un modo de aproximarme a lo que me es completamente ajeno. Sé que no lo he logrado. También sé que ha valido la pena.

P. W.: […]

N. C.: Para mí lo más interesante es que el descubrimiento de los mulai resucitó nuestra etnografía. Coincido con Takver en que eso se puede interpretar de una sola manera: los extraterrestres que hemos buscado con tanto esmero éramos, finalmente, nosotros. Disfrutamos o sufrimos imaginando la posibilidad de otros mundos; deberíamos pensar más bien que son inevitables, porque este mundo ya es otro mundo que, como el árbol, viene, que está por llegar siempre y en

todas partes.

32

LAS CIUDADES INVISIBLES

Notas del doctor Cordonero sobre la traducción de Las ciudades invisibles *de Falda*

Con los mulai aprendí que no somos otra cosa que una sucesión de encuentros con lo ajeno; por eso las notas que Faida tomó sobre *Las ciudades invisibles* tal vez nos hablen más de ella que ningún otro documento.

Me obsesioné con esas notas. No entendía cómo había sido capaz de descifrar el libro. Es cierto que la lengua de los mulai está hecha de vestigios de las nuestras, pero aquél no era un libro cualquiera. El volumen de Calvino, admitámoslo, acusa la vacuidad y los excesos de su época. Aunque no se ha encontrado el tomo sobre el que Faida elaboró su versión, está claro que no era el original, sino una traducción al castellano. Así pues, debemos sorprendernos de que fuera capaz de comprender algo así:

> En vez de hablarte de Berenice, ciudad injusta, que corona con triglifos ábacos metopas los engranajes de sus máquinas trituradoras de carne (cuando los encargados del servicio de pulido asoman la barbilla sobre las balaustradas y contemplan los vestíbulos, las escalinatas, las pronaos, se sienten todavía más prisioneros y menguados de estatura), debería hablarte de la Berenice escondida […].

Yo mismo no soy capaz de leer el pasaje anterior sin un diccionario, y he hablado con lingüistas que me han asegurado que muy pocos castellanoparlantes contemporáneos a Calvino habrían sido capaces de hacerlo.

F. Lodrüm ha sugerido en un reciente ensayo que tal vez fuera ése el motivo por el que Faida logró descifrarlo. Por otra parte, Benzita ha señalado que la lengua mulai no desconoce del todo el sistema de relaciones fonéticas de las raíces del árabe, y Cassolli ha apuntado que

quizá hemos dado por hecho muy a la ligera que Faida comprendió *Las ciudades*, ya que probablemente sólo entendió algunos retazos (o mejor: lo comprendió todo, pero no de la misma manera en que lo comprendemos nosotros).

Si nos detenemos un instante a pensar y no nos dejamos llevar por nuestros prejuicios observaremos que los obstáculos más graves que pudo encontrar no serían, sin duda, palabras como *triglifo*, que al fin y al cabo no designa —aparte de consideraciones históricas concretas— sino un conjunto de tres glifos. Yo me pregunto: ¿qué hay más natural para los mulai que un conjunto de tres glifos? Cosa muy diferente es la palabra *prisionero*, que para Calvino era natural y para Faida probablemente resultaba un profundo misterio. «Bueno —pensaría cuando encontró la definición de la palabra (hecha de otras palabras que ya era capaz de comprender)—, de acuerdo: un prisionero es alguien a quien se priva de libertad por cosas que ha hecho. Pero ¿por qué no expulsarlo? ¿Por qué no acabar con él si la cultura de Dog era tan sanguinaria?»[16] La palabra más rebuscada del castellano sería más comprensible para Faida que algo así.

Recuerdo el pasaje que le dedica a la palabra *amante*, que le parece críptica debido a los dispositivos que la rodean (el matrimonio, el engaño, los secretos). Fue al leer aquello cuando decidí que dedicaría el resto de mi vida al estudio de los mulai. Por primera vez entendí que el interés que Faida sintió por nosotros iguala y a veces incluso supera al que nosotros sentimos por ella.

Es cierto que le llamaba más la atención la geometría que las abstracciones. Si bien en una primera traducción ensayó, torpe, un volcado del original a la lengua mulai, más adelante se dedicó a eliminar todo lo que le resultaba accesorio. Así, el oneroso pasaje de arriba quedaba —vertido por mí otra vez desde el mulai—como sigue:

> En vez de hablarte de Berenice debería hablarte de la Berenice escondida […].

En ese sentido Faida era implacable, aunque probablemente su mano sólo estaba motivada por la búsqueda del placer. No pocos académicos o lectores hedónicos han señalado en la actualidad que mi traducción de la traducción de Faida de la traducción al castellano de *Le città invisibili*, a pesar de constar apenas de unas treinta y cinco páginas, supera con mucho el original. Como sea, Faida regresaba siempre a las ciudades que podía imaginar: la tela de araña, la ciudad hecha de hilos, y casi nunca a las ciudades a las que Calvino dedicó un esfuerzo de orden puramente intelectual.

Como curiosidad señalaré que uno de los principales obstáculos con los que la traductora se encontró fue con las cursivas. Dado que el

diccionario sobre el que trabajaba no incluía ese tipo de letra, y dado su perfecto desconocimiento de nuestra tipografía, pensó durante mucho tiempo que los pasajes en cursiva (todos los relativos a las conversaciones de Marco Polo con Kublai Kan, por ejemplo) estaban en otra lengua (con su escritura correspondiente) y que por lo tanto jamás sería capaz de descifrarlos. Resolvió el problema gracias a una feliz casualidad: tratando de comprender el significado de *Italia* llegó, por error, a *itálica*. En cualquier caso, el descubrimiento importa más por lo que supuso para ella que por lo que supone para nosotros, ya que en la versión final eliminó todos los interludios de Marco Polo.

Se ha discutido si Faida consideraba que las ciudades del libro eran reales. Lo cierto es que quienes hemos consultado las notas de Faida, quienes conocemos la cultura y la lengua de los mulai, no tenemos ninguna duda: sí, ella creía que nuestras ciudades eran así. Los mulai desconocen la distancia de la ficción y durante mucho tiempo nos consideraron seres divinos. Probablemente Faida pensó (y, si se me pregunta, el razonamiento es prístino) que no había nada de maravilloso en que unos seres capaces de privarse de libertad los unos a los otros construyeran ciudades bajo tierra o en las nubes. Lo cierto es que seguramente le habría sorprendido más la visión de Pekín o de Varsovia que la de una de las ciudades del libro.

Aunque su interés fuera geométrico, cuando Faida criticaba las ciudades casi siempre señalaba lo cuestionable del diseño conceptual, y no del urbanístico. El lector ya habrá comprendido que he ido intercalando sus notas con el relato de su vida mientras traducía *Las ciudades*; le recomiendo ahora volver a visitar las reflexiones que les dedica a Zaira, a Laudomia o a Eutropia. En algunos momentos concretos, sin embargo, sus dudas sí son de orden físico; se sorprende, por ejemplo, con la relación que Marco Polo hace de Venecia mucho más que con cualquier otra de las maravillas del libro.

Antes de terminar, quiero señalar que en la empresa de Faida hay casualidades que llaman la atención. Por ejemplo, deduce que un camello ha de ser una suerte de caballo por la variación fonética. Me remito otra vez el artículo de Benzita: el momento en que señala que esa forma de razonar sobre el lenguaje es perfectamente natural para un arabófono (para quien *kitab* [libro], *maktaba* [biblioteca] o *miktab* [escritorio] no son sino variaciones de una misma forma k, t, b) es especialmente brillante. En castellano las palabras *camello* y *caballo* no están emparentadas (salvo tal vez alguna remota filiación indoeuropea), y sin embargo me resisto a considerar que el descubrimiento de Faida obedezca del todo a las leyes del azar.

Cierro esta nota con un pasaje que me conmovió porque al leerlo sentí —y aún siento— que hay un secreto vínculo que me une a ella:

Releyendo estas notas sobre *Las ciudades que no vemos me doy* cuenta de lo lejos que estoy ya de los demás mulai. He dedicado grandes glifos a conceptos que, como *tráfico* o *reloj*, se alejan mucho de nuestra experiencia cotidiana, y creo que he conseguido traducirlos. Otras ideas, como *muerte* o *robar*, sin embargo, son tan complejas que ni siquiera yo estoy segura de entenderlas. Tengo miedo de que cuando Dog vuelvan no nos lleven consigo, de que seamos incapaces de comunicarnos o de que la única forma en que podamos hacerlo pase por la entrega de los cajones de suministros.

33

EL ARQUEÓLOGO

Informe del doctor Nahum Cordonero (editado)
Encargado en el año 159 *d. C.*
Desclasificado en el año 183 d. C.

Se me ha pedido que emita una valoración inequívoca sobre lo que se debe hacer con la comunidad mulai. Para un arqueólogo eso siempre es problemático, pero este caso es especialmente conflictivo. Desde luego, no abogo por confinarlos a una reserva. La comunidad mulai es como un cuerpo vivo que asimila todo aquello con lo que entra en contacto, lo que en principio indica que no necesitan ninguna protección. Por otra parte, entiendo que nuestra cultura es o ha sido durante mucho tiempo incapaz de relacionarse con otras desde la horizontalidad, que somos incapaces de un *encuentro*. En cualquier caso, estoy en contra de la xxxxxxxxxxx; de hecho, me opongo de un modo frontal e informo a esta comisión de que haré todo lo que esté en mis manos por evitarlo si al final se decide continuar por esa vía. Por eso, mi propuesta final es xxxxxxxxx xxx xxxxxxxxxxx xxxxxxxx xxx xxx xxxxx.

34

FAIDA

Notas de la travesía por el desierto
Circa *año 154*

«La vida es un gusano que serpentea por el interior de la tierra o por los cuerpos mientras nos afanamos en nuestras repeticiones. Uno, gusano, dos, gusano, tres…, así pasa el tiempo. Gusania es la ciudad trazada por esos surcos. La viajera llega allí esperando encontrar una explosión de árboles y frutos, pero la vida nunca es como una la imagina, un camino que recorrer, un camino ya excavado, sino más bien un corredor que colapsa tras nuestros pasos y nos ahoga. Vivir en Gusania es estar en perpetuo movimiento, seguir al gusano, a los gusanos que son un solo gusano, acomodarse a los caprichos de Gusania y morir, finalmente, en un descuido y esperar ocho o nueve lunas grandes a que el viento del desierto haga su trabajo y esconda nuestros cuerpos, a que el mundo nos devore y reclame lo que es suyo.»

* * *

«Ayer la viajera pasó un mes en la ciudad de Weinonia, a media jornada a pie al noroeste del templo. Weinonia es el testimonio de un fracaso. Quizá sea un ensayo del domo o quizá ambas ciudades sean ensayos de otro lugar que no conozco. El dios de Weinonia es una máquina destinada a la preservación. Aunque murió hace mucho, la ciudad sigue en marcha; sus habitantes son cuerpos insuflados con copias erradas del cerebro de Dog. Recuerdan vagamente sus obligaciones o sus aficiones y repiten tareas o conversaciones cuyo sentido se ha erosionado. Entre ellos caminan algunos lunáticos o desheredados, mulai o brabat que llegaron a Weinonia por casualidad y acabaron por perderse en su laberinto, que está hecho de la cáscara de las palabras que alguna vez alguien pronunció. La viajera está a punto de convertirse en uno de ellos cuando ve su cara por accidente

en el cristal de un reloj de pared, su rictus aterrorizado, y logra escapar a tiempo.»

* * *

«La viajera se pregunta "¿Qué es esta tierra calcinada?" y empieza a hacer frases con las manos. ¿Esta luz que crepita al tocar las piedras rojas y frías? Quisiera estar consigo misma, no con Faida, con un yo que no fuera yo, ella. Piensa en la muerte, en el zumbido eléctrico del sol, en que al desierto no le importa si lo que se desploma es ella o su cuerpo. La viajera respira y al respirar traga gusanos; la vara, la vara la salvará. No la puede abrir, pero si la abriera sabe que sería el único sitio del mundo en el que no hay gusanos. Se arranca los que tiene en las pestañas, *caro data vermibus*, leyó en alguna parte, la vara tiembla, llegará al templo, "Hoy no", dice en voz alta, firme, y sigue de rodillas en la arena.»

* * *

«El dios de Eva sólo deja entrar a quien no alberga ningún pensamiento impuro. En los tres años que la viajera pasó intentando acceder a la ciudad, no vio a nadie que lo consiguiera. Con el tiempo, alrededor de Eva se ha ¡do formando un inmenso campamento de personas que desean entrar a la ciudad, que la imaginan perfecta. La viajera, como el resto, buscó un hueco en el que quedarse, armó una chabola, ayudó en las tareas comunitarias de recogida de víveres, cultivó, amó, jugó, folló, bailó, lloró, rio con los otros y trató de demostrar, como todos, que su espíritu era puro. Algunos se marchaban y otros venían, todos con la misma idea, y cada cual encontraba su lugar en el campamento. Si la viajera acabó por irse únicamente fue porque quería visitar otras ciudades y porque tenía algo que pertenecía a Dog. Después recordaría sus años en Eva (en los alrededores de Eva) como los mejores de su vida.»

* * *

«La diosa de Laudomia es implacable. Franquea el paso a cualquiera que desee entrar, pero antes calcula su futuro en la ciudad, organiza todas las variables, comunica al solicitante cuál es su destino y le permite decidir si desea pasar. Cuando alguien cruza el umbral, la diosa invariablemente dice: "El mundo es infinito; Laudomia no".

»Así, sorprende que en Laudomia no vivan sólo aquellos cuyo destino es ser ricos y poderosos. En la ciudad los pobres son mayoría y

conservan la convicción de que la diosa está equivocada, de que pueden subvertir el orden establecido. Son conspiradores que fracasan constantemente. Nadie sabe qué les dijo a los demás la diosa y, aunque al zapatero que quiere ser gerifalte lo sentenció a ser zapatero, al carpintero que quiere ser concejal le prometió que sería concejal. En consecuencia, este último ve en sus pares una oportunidad para ascender: finge que conspira con ellos y los traiciona en el momento decisivo, lo que le vale su concejalía. La viajera conoce a otros, más abstractos o ingenuos, que calculan detalles, texturas, longitudes, pesos y medidas en busca de una mínima variación impredecible que acabará por alterar el futuro de Laudamia. También hay quienes buscan no hacer nada, no hablar, ni pensar, ni trabajar para negar cualquier futuro que la diosa hubiera podido asignarles. La viajera intentó quedarse porque la diosa le había dicho que su destino era marcharse. Fracasó.»

* * *

«La viajera piensa en las cosas, en cómo son las cosas, en sus manos, en si sus manos también son cosas. “Las cosas —piensa— son como barcos." Las olas van lamiendo sus manos, olas cobardes, olas traicioneras que quieren desgastarle la piel, olas pacientes y ladinas, y la viajera las golpea con todas sus fuerzas, golpea el desierto calcinado y frío. Las cosas son casas, y en las casas a veces llueve y, cuando llueve, la fosa séptica se inunda y el olor a mierda sube por las cañerías. El padre dice “Funciona mal", pero Faida responde que no, que por una sola vez funciona bien, que todo se pudre, que el agua se lleva el barco, los aleja de la orilla, “Es normal —le dice la viajera al padre— las cosas—casas se mueven”. “Todo va a estar bien.”»

35

EL ARQUEÓLOGO

Diario de la segunda visita del arqueólogo a los mulai, después de su desaparición
Circa *año 189 d. C.*

La idea de una cosa que deviene otra que es ella misma y se sustituye en su doble nos atrae, y por eso producimos imágenes.

Me asalta un recuerdo: decían que nosotros somos los primeros mulai, que el proyecto fracasó. Decían que los mulai nos habíamos vuelto religiosos, usaban la palabra *espurio*. Decían que el miedo al templo fue la causa de todo, que un rezo siempre es íntimo, algo arrancado a los mulai. No, no, no. No se puede forzar el desierto de esa manera. Dog no es un dios, el proyecto no ha fracasado, el rezo siempre es coral, es un coro que tenemos dentro y que canta nada en el desierto. ¿Cómo se lo explico? Tengo que terminar el informe, tengo que contárselo a Faida, hablarle de un mensaje que no se pronuncia, que es un viento, una voz que no tiene cuerpo. ¿Fracasó la misión? ¿Hubo una misión?

Estoy a las puertas del templo. Fin del diario, final del juego, final de mí. Cuando entre, buscaré un lugar en el que esconderlo y dejaré de ser yo y seré desierto. Al doblar la colina, vi la nave al completo y volví de golpe a mi planeta, recordé todo lo que estoy por dejar atrás, esa violencia. Vista así, Futuro me pareció un ejercicio pueril de tecnología, la vanidad de un niño que quiere demostrar lo que es capaz de hacer; como edificación consagrada a Dog, sin embargo, resulta de una inutilidad magnífica.

AGRADECIMIENTOS

Como nos enseñan los mulai, escribir es siempre un acto colectivo. Este libro lo han escrito conmigo: Tiff, que siempre está y a quien le debo todo; Olalla, escatóloga que me ayudó a salir de mí mismo; Guido y su inteligencia; Lorite, que si no lo escribió él mismo fue por casualidad; Eli, a quien se lo plagié; Julio, con quien pasamos horas al teléfono revisando cada línea; Guille y su generosidad, infinita como un desierto; Roberto, que supo leerme de otra manera, y Paco, que hizo realidad la caligrafía de los mulai. Gracias por ayudarme a ensayar estos glifos en el aire.

NOTAS

1 Después del fin de la llegada de los containers (en adelante «d. C.»).

2 Nota de los editores: este libro está conformado por fragmentos del informe que Nahum Cordovero escribió, historias que inventó o tradujo, reflexiones, algunos cuentos, una entrevista, una nana… En definitiva: el libro es obra del doctor Cordovero, también la ordenación en capítulos, la ficción y las sustracciones. Todas las ediciones que se han publicado hasta el momento son idénticas a ésta y comprenden desde el segundo capítulo hasta el penúltimo. En esta nueva edición, sin embargo, nos permitimos añadir dos fragmentos que se han recuperado hace poco del diario de la segunda visita del doctor a los mulai. Ahora que ya no está, no podemos pedir su consentimiento, pero estamos seguros de que le habría parecido bien.

3 Como en la lengua de los mulai raras veces se diferencia entre el singular y el plural, se podría traducir como «Dog, vuestro domo es el cielo», etcétera. Así, no está claro si el dios mulai es un individuo, muchos o más bien una estructura, una institución. Para recoger esta ambigüedad he preferido utilizar en general la palabra *mulai* para «dios», o «dioses», o lo que sea: Dog.

4 Es la primera vez que utilizo la palabra *vida* en este informe en el sentido que le dan los mulai. El concepto de vida es central en su cultura y en su sistema de creencias, y es extremadamente complejo. Me siento del todo incapaz de abordar una definición, pero tengo la esperanza de que durante la lectura de este volumen el lector pueda formarse una idea. No aspiro a que todo el mundo llegue a la misma; sí, al menos, a que nadie piense que *conservar la vida* corresponde a una noción tan pueril como la que nos evoca a nosotros.

5 Llaman *violas* a una suerte de violoncelos de nueve cuerdas con unas bisagras que los mulai abren y se abrochan al cuerpo. Sigue un boceto.

6 Me refiero con *penetración vaginal* a lo que tradicionalmente se ha llamado coito; penetrar o penetrarse una vagina con los dedos, con la

lengua o con objetos no comporta un problema en la cultura mulai.

7 Se ha señalado que la palabra china y la japonesa son la misma, pero basta con prestar algo de atención para darse cuenta de que el carácter *ku* en japonés no corresponde al del chino gü, que equivaldría a *kodo*.

8 Hay quien ha sugerido que *lobo* viene del nombre castellano del animal. Aunque es improbable, tal vez esa palabra magnetizara la coreana por las similitudes que hay entre el comportamiento de los lobos y el de los lobos.

9 En lo sucesivo, siempre que en este informe se haga referencia a la literatura o la poesía de los mulai se debe entender que se utiliza esta acepción de la palabra.

10 Downey, de la Universidad del Cono Sur, ensayó un experimento interesante. Observó que las fábulas mulai no pasan muchas de las pruebas estadísticas que sirven para detectar lo que es una narración producida por una persona de la que produce una máquina, así que utilizó una inteligencia artificial para fabricar historias al azar, aunque sintácticamente lógicas. Ninguno de los resultados se asemejaba a los cuentos mulai ni reproducía sus distribuciones estadísticas. Así pues, repitió el experimento utilizando una fábula mulai (la *Historia del alacrán y la culebra*) como semilla, operando variaciones aleatorias sobre ella. El resultado fue idéntico.

11 En lengua mulai ambas palabras comparten la misma raíz.

12 La velocidad a la que un mulai pierde el lenguaje ha hecho conjeturar a S. Cabba que, en ausencia de instituciones que la fíjen, una lengua puede ser, al mismo tiempo que dúctil, peligrosamente volátil.

13 Según el reciente estudio de Wen *et al*. los alacranes que comen los brabat podrían ser una forma de vida especialmente nutritiva, un superalimento.

14 La traducción es propia y libre.

15 El nombre me desagrada. Mejor habría sido *alterlingüística*. Estudiar la lengua mulai, de hecho, se parece más a hacer arqueología de nuestro futuro que de un supuesto pasado mítico.

16 En una nota especialmente reveladora, Faida queda fascinada por el hecho de que alguien se privara de su propia libertad para asegurarse de que otro no pudiera escapar, y plantea que probablemente al carcelero también lo condenaron y que todo el sistema de vigilancia no fue sino una estratagema sutil para que éste no se diera cuenta de que el trabajo que desempeñaba también era una forma de prisión.